



ANT

XIX

1435

EL GODOFREDO R. 22.683

6

LA JERUSALEN RESTAURADA,

POEMA ÉPICO

DEL Sr. TORQUATO TASO.

TRADUCIDO DEL ITALIANO A VERSO CASTELLANO

POR D. MELCHOR DE SAS.

TOMO II.



BARCELONA:
EN LA IMPRENTA DE TOMAS GORCHS,
AÑO 1817.



EL CODICILLO

LA JERUSALEN RESTAURADA

POEMA HEROICO

DEL SR. TORQUATO TASSO.

TRADUCIDO DEL ITALIANO A VERSO CASTELLANO

POR D. MEXICOR DE SAs

TOMO II.



EN LA IMPRINTERIA DE TOMAS GONZALEZ
AÑO 1810

LA JERUSALEN RESTAURADA.

CANTO UNDÉCIMO.



El General de la cristiana gente
Como pensase solo en el asalto;
Iba aprontando máquinas de guerra
Cuando á él se llega el Ermitaño Pedro,
Y llevándole aparte, estas palabras
Circunspecto le dijo y venerable:
»Mueves armas terrenas gran Caudillo,
Y comenzar por ellas no conviene;
Empieza por el cielo; ántes invoca
Con devotas y públicas plegarias
De ángeles y de santos la milicia
Para obtener victoria por su influjo:
Preceda el clero en hábitos sagrados,
Y en armonía entone humildes himnos,
Y de tí ejemplo, y de tus gefes tome
De devoción el pueblo que os siguiere.”
Así le dice el rígido Ermitaño;
Y aprueba el sabio aviso el buen Gofredo.
»Siervo de Dios amado, le responde,
Tu consejo seguir mucho me place.
Mientras los gefes á este fin convido

Busca tú á los pastores de los pueblos
Guillermo y Ademaro; y vuestro séa
Todo el cuidado de la sacra pompa.”

Junta el Anciano en el siguiente dia
Clérigos varios con los dos Obispos
En el valle, dó en lápidas sagradas,
Los divinos oficios se celebran.

De albas largas los unos se revisten,
Y de doradas capas los pastores
Sobre las albas puestas, y en el pecho
Aseguradas; y corona abierta.

Pedro delante; al viento vá tendida

La insignia que los ángeles acatan;

El coro sigue á paso lento y grave

En dos muy largos órdenes formado,

Que alternando entonaban uno y otro

Cánticos sacros con el rostro humilde,

Y cerrando á la par en pos venian

Los príncipes Guillermo y Ademaro.

Despues iba Bullon con uniforme

De general sin compañero al lado,

Muchos gefes seguían; y con orden

El campo armado en su defensa viene.

Andando de este modo, saliendo iba

Del atrincheramiento el pueblo unido.

No trompas se oyen, no feroz estruendo,

Voces sí de piedad, de ruego voces.

»Á tí, ó eterno Padre, á tí su hijo,

Y á tí que del amor procedes de ambos;

Y á tí de hombre y de Dios Vírgen y Madre,

Que propicios oigais sus votos piden,
Vós que en gefe mandais las resfulgentes
Tropas del cielo en triplicados giros.
Ó Divo, y tú que la divina testa
En la fuente lavaste al Verbo Humano.
Á tí claman tambien, piedra y apoyo
De la casa de Dios ya edificada,
Donde tu nuevo sucesor ahora
De gracia y de perdon las puertas abre,
Y á los enviados del celeste reino
Á publicar la vencedora muerte;
Y á los que sus verdades confirmaron
Con pruebas de su sangre y su martirio.
Tambien aquellos cuya pluma ó lengua
Del cielo el buen camino han enseñado.
Y á la Doncella fiel de Cristo amada
Que el bien de noble vida elegir supo;
Y á las Vírgenes castas que elegidas
Fueron de Dios esposas en el claustro;
Y á las que despreciando el mundo y cetros
No faltó en los tormentos resistencia.
Con esta devocion cantando todos
Formado habian procesion muy larga,
Y el paso lento al Olivete guian,
Monte á que dan el nombre los Olivos,
Y es conocido por sagrada fama:
De la ciudad se mira hácia el oriente,
Y de ella solamente le divide
El valle Josafat que se halla en medio.
Vá pues allá el egército canoro;

Resuenan al pasar los hondos valles,
Y los collados altos, y sus grutas,
Y de partes sin fin éco responde,
Que ocultarse parece en bosque y peñas
Un selvático coro numeroso,
Tan claramente repetir se oía
De Cristo el grande nombre, y de la Virgen.

Entretanto admirados en los muros
Sin movimiento estaban los paganos,
Al ver el canto humilde, y tanta pausa,
Estraño rito, y desusada pompa:
Pasada, empero, la primer sorpresa
De aquella novedad; los miserables
El grito alzando, resonar hicieron
De execrables blasfemias valle y monte:
Pero la santa dulce melodía
No se interrumpe del cristiano pueblo,
Ni á los gritos se vuelve, ni hace caso,
Cual si cantar los pájaros oyese.
Ni por que dardos tiren él recela
Que lleguen á turbar su fiesta santa,
Tan lejos siendo; y adelante siguen
Con los sagrados himnos que empezaron.
Adornan el altar en la alta cima
Que de gran cena es mesa al sacerdote,
Y en ambos lados brilla luminosa
Lámpara sacra ardiendo en oro puro:
Tomando ántes Guillermo otros muy ricos
Ornamentos, y orando de secreto;
Después la voz en alto levantando

Dijo la confesion y á Dios dió gracias.

Los que están allí cerca humildes oyen,
Los que lejos están la vista fijan;
Mas despues que del puro sacrificio
Celebró los misterios: ídos, dice;
Y á los guerreros pueblos en la frente
La mano alzando los bendijo á todos.
La hueste pía se volvió con esto
Por el camino aquel que habia traído,
Y llegados al valle, ya deshecha
La procesion, Gofredo se retira
De numeroso pueblo acompañado,
Que hasta el pavellon regio en pos de él viene,
Donde hácia atras volviendo le despide,
Convidando á comer los gefes todos;
Y frente á sí en la mesa hizo sentarse
Al buen anciano Conde de Tolosa.

Ya el apetito natural saciado
Y la sed importuna en todos ellos,
El General les dijo: »Estareis prontos
Para el asalto á la primera aurora.
Dia es mañana de sudor y guerra;
El de hoy de aprestos séa y de descanso.
Ahora cada cual vaya al reposo
Y apróntese despues, y á sus guerreros.
Despidiéronse pues, y los heraldos
Á voz de trompa la órden comunican,
De que al romper el alba prevenidos
Para tomar las armas estén todos.
Así, del dia se pasó una parte

En prepararse; en meditar la otra,
Hasta que á la fatiga nuevas treguas
La noche amiga del reposo trajo.

Aun dudosa la aurora, y prematura
En el oriente el parto era del dia;
Ni surcos en la tierra el arado abre,
Ni el pastor á los prados vá saliendo;
Seguro el pajarillo está en su rama,
Y en la selva no se oye ni un ladrido:
Cuando á cantar la matutina trompa
Comienza al árma en voz que al cielo sube.
Al árma, al árma súbito repite
De muchos escuadrones la voz junta.
Se alza el fuerte Bullon, y ahora no toma
La gran coraza que úsa ó la lóriga;
Que otra se pone, y un peón parece
En las livianas espeditas ármass.

Ya tan á la ligera estaba armado
Cuando á buscarle el buen Reimundo vino;
Viéndole armado pues de tal manera:
»¿Dó está, le dice, el grave coselete?
¿Dó el otro arnes, Señor, forrado en hierro?
¿Por qué tan poco armado? Con defensas
Tan débiles no apruebo yo que vayas.
Que á gloria adocenada aspirar quieres
De estas señales sin dudar colijo.
Que es lo que buscas? El privado premio
De asaltante del muro? Á otro deja,
Que un alma esponga ménos digna y útil
Y para el riesgo en las batallas propia.

Vuelve á cargar, Señor, tu usado peso;
Por nuestro bien, consérvate á tí mismo.
Tu alma, mente y vida de este campo
Resérvese por Dios con gran prudencia."

Calla: y responde el otro: »Saber debes,
Que cuando en Claramonte el grande Urbano
Me ciñó aquesta espada; y caballero
La omnipotente mano quiso armarme;
Hice promesa á Dios tácitamente,
No como general de obrar tan solo,
Si no emplear cuando llegase el caso
Cual soldado mis armas y mis fuerzas.
Luego pues que mi gente prevenida
Y en movimiento esté contra la plaza,
Y que hubiere llenado los deberes
Que al comandante en gefe corresponden;
Razon será, y no repruebes creo,
Que en la batalla al muro me aproxime,
Cumpliendo el voto al cielo prometido,
Y que él mis dias, si le place, guarde."

Así concluye: y los franceses héroes
Le incitan, y los dos otros Bullones;
Y arneses mas ligeros tambien visten
Todos los otros príncipes cristianos.

Los paganos entanto ya se hallaban
En la parte del muro que á occidente
Vá desde el septentrion; y es este lado
El ménos fuerte de la plaza toda.
Pues la ciudad no teme en lo restante
De un asalto enemigo ofensa alguna.

No solo junta allí el Rey impío
El fuerte vulgo, y los soldados todos,
Si no es niños y ancianos tambien llama
Del último estermínio á libertarse,
Y estos á los robustos van llevando
Cal, azufre, betun, dardos, y piedras.
Y ántes de máquinas llenaron y armas
Todo aquel muro que domina el llano,
Donde á manera de hórrido gigante
Sale el Soldan de la cintura arriba.
El furibundo Argante entre merlones
Mucho abulta y de lejos se descubre;
Y sobre la Angular torre elevada
Clorinda escelsa á todos sobrepuja:
Á la espalda pendiente el goldre lleva
De saetas agudas muy cargado:
Impaciente en la mano el arco toma,
Y aplicada la flecha ya le tiende,
Y ansiosa de poder herirle al paso
La bella Arquera aguarda su enemigo.
Tal de Delos la Diosa figuraban
Del cielo en alta nube lanzar flechas.
Mas abajo á pié corre el Rey canoso
De unas puertas á otras; y en los muros
Las órdenes que ha dado vé si guardan.
Al defensor ánima y dá firmeza:
Acá refuerza gente; allá provée
De mas ámas y en nada se descuida.
Las afligidas madres van al templo
Á orar á falsos númenes é impíos:

»De usurpador frances el asta rompe,
Señor, con tu potente y fuerte mano,
Y á él, que tu gran nombre tanto ofende
Hazle caer al pié de nuestras puertas."
Así decian: mas ni oídas fueron
Si no en la eterna muerte sus plegarias.

Mientras que así en la plaza se aperciben;
Bullon su gente y ármass desplegando,
Fuera sacó su egército de infantes
Con órden mucho y con destreza suma,
Y contra el muro que asaltar intenta
Oblicuo le divide en sus dos lados;
Directa en medio la balista pone
Y otras terribles máquinas de guerra,
Que á manera de rayos despedian
Piedras sin fin y dardos de continuo.
De los infantes pone á retaguardia
Los de á caballo, que el contorno baten.

Dá despues la señal de la batalla
Y los flecheros tantos son y honderos,
Y el lanzar de ármass máquinas volantes,
Que en las almenas los sitiados menguan:
Unos son muertos, fugitivos otros,
Y no es tan densa en ellos la corona.
La gente franca impetuosa y rauda
Los pasos acelera cuanto puede,
Y unos escudo con escudo uniendo
La Tortuga formaron que los cubre;
Y otros bajo de máquinas ocultos
Del diluvio de piedras se libraban.

Al foso llegan; y cegar procuran
 Su gran profundidad y hacerle llano.
 De cenagoso limo no era el fondo
 Que no lo dá el terreno, ni era de agua;
 Y así aunque es ancho lléñanle de piedras,
 De terrones, y de árboles y de hazes.
 El arrojado Adrasto ya el primero
 La cabeza descubre; y una escala
 Arrima, y sube, sin que cruda lluvia
 Le detuviera de betun ferviente.
 En alto se veía el fiero Elvecio,
 Y á la mitad de la carrera aérea
 Ileso á mil saetas ser el blanco,
 Sin que el paso atrevido le obstruyesen,
 Cuando una piedra esférica y enorme,
 Veloz cual de bombardas despedida,
 Le dió en el yelmo y le derriba abajo;
 Y el fiero Argante es quien lanzó la piedra.
 El golpe no es mortal; pero es muy fuerte
 Y al salto unido sin sentido cae.

El Circasiano entonces en feroz tono:
 »Cayó el primero ¿quien vendrá el segundo?
 ¿Porque no os presentais al descubierta
 Escondidos guerreros si yo lo hago?
 No han de valeros las estrañas cuevas
 Que en ellas morireis cual fieras bravas.»
 Así les dice: y por sus dichos, estos
 No dejan de ocultarse en sus reparos,
 Y bajo sus escudos muy unidos
 Saetas resistiendo y pesos graves.

Ya junto á la muralla está el Ariete
Desmesurada máquina, que en hierro
De carnero el testuz tiene forrado:
Su choque temen puertas y altos muros.

Gran mole entanto arriba rodar hacen
Cien manos prontas que á la urgencia acuden,
Y sobre la tortuga la desploman
Que un monte derrocarse parecía:
La union de los escudos desbarata,
Y mas de un yelmo y de una frente rompe,
Y esparcido y sembrado el suelo queda
De huesos, armas, sangre y sesos muchos:
Ya el egército franco mas no pára
Al abrigo de máquinas que opone,
Y á cuerpo descubierto se presenta,
Queriendo el riesgo ver, que así no teme.

Por escalas que arriman trepan unos,
Otros el muro baten á porfía
Que ya se tambaléa, y amenaza
Ceder ruinoso al ímpetu del franco:
Y á los horrendos golpes bien cayera,
Que en él redobla el topador Ariete;
Mas desde arriba le defiende el pueblo
Con un ardid del arte conocido;
Y es que interpone al descargar el golpe
Sacos de lana que el estrago evitan
Por ser materia elástica y que cede.

Mientras con valor tanto se afanaban
Batiendo el muro las feroces tropas,
Siete veces Clorinda encogió el arco,

Y le tendió y lanzó siete saetas:
Y otras tantas tambien teñidas fueron
No en la plebeya si en la noble sangre;
Pues toda otra desprecia aquella altiva:
El primer caballero á quien acierta
El hijo menor es del Rey Britano.
De sus defensas la cabeza al punto
Que hubo sacado, recibió la herida
En la derecha mano, sin que baste
El acerado guante á defenderla;
Y del combate se retira inhábil,
Muy mas que del dolor bramando de íra.
El buen conde de Ambusa al foso junto,
Y en la escala despues Clotario el franco;
Muere pasado aquel de pecho á espalda,
Y este tambien del un costado al otro.
Del Señor de flamencos, que el Ariete
Suspendía, fué herido el brazo izquierdo:
Y aunque para seguir, la flecha quiso
Sacarse; el hierro entre la carne queda,
Al incauto Ademaro, que de lejos
El ataque feroz está mirando,
Llega fatal saeta y da en la frente:
Á dó el golpe sintió llevó la diestra
Cuando otra voladora llega al punto
Y la mano le clava al rostro mismo:
Cáe; y en sacra sangre baña el arma
De mano femenil áspera y cruda.
De las almenas cerca, á Palamedes,
Mientras desprecia osado todo riesgo,

Y vá trepando por las altas gradas;
Con la séptima flecha dá en un ojo,
Que por su asiento cóncavo pasando
Y entre sus nervios, sale enrojecida
Por la nuca; y abajo lo despide
Muriendo al pié del muro que asaltaba.

Godofredo entretanto á los sitiados
Con un ataque nuevo está oprimiendo.
Junto á una puerta conducido había
De sus máquinas todas la mas alta:
De madera es la torre, y tanto sube
Que llega á dominar el muro todo;
De hombres y de armas vá cargada mucho
Y sobre ruedas muévese tirada.

Viene arrojando la voluble mole
Lanzas, venablos, y acercarse intenta:
Como á nave otra nave en guerra suele,
Así abordar procura al muro opuesto;
Mas quien le guarda, y de impedirlo cuida
Por el frente y costados la rechaza;
Con lanzas la repele, y tira piedras,
Ora á las ruedas, y ora á los merlones.
Tantas de acá y de allá piedras y dardos
Se arrojaban que el cielo se oscurece,
Y dos nubes chocandose en el aire
Rechazadas tornaron á su origen.

Cual del agua en granizo congelada
En las ramas las hojas sacudidas
Van cayendo, y el fruto prematuro;
Así del muro caén los sarracenos

Que el daño en ellos es tanto mas grave
Cuanto están menos de armas guarnecidos.
De los que vivos quedan, unos huyen
De la gran mole al fulminar pasmados:
Solo el que fué Tirano de Nicéa
Queda y hace quedar los mas valientes.
Con una viga corre el fiero Argante
Á hacer la guerra á la enemiga torre:
Apártala del muro y la sujeta
Cuanto es largo aquel tronco y fuerte brazo:
Y la escelsa Doncella tambien baja
Á entrar en parte de tamaño riesgo.

Las cuerdas entretanto que suspenden
Á la pendiente lana el franco corta
Con largas hoces, y cayendo al suelo
Dejó á los choques la muralla espuesta;
Así, la torre en lo alto, y el Ariete
Impetuoso abajo la combaten;
Y ya horadada, y quebrantada empieza
Á descubrir las interiores vías.

Cerca de allí se hallaba Godofredo
Mirando el muro quebrantado y roto,
Cubierto bien con su mayor escudo,
Que rarísima vez solia usarlo;
Cuando vé á Soliman bajar corriendo,
Y en defensa ponerse dó se abría
Entre ruínas paso peligroso;
Y quedar combatiendo en el adarve
Á la par de Clorinda el Circasiano.
Esto miraba, y ya sentía el pecho

De generoso ardor todo inflamarse;
Y volviéndose dice al buen Sigerio
Que otras armas y escudo le traía:
»Esa armadura dame mas ligera,
Que la brecha á montar voy el primero;
Y es tiempo ya que alguna noble hazaña
De mi valor hoy llegue á descubrirse.”
El escudo cambió, y así decía,
Cuando vino volando una saeta
Que taladró su pierna en lo nervioso
Donde el dolor es siempre mas agudo.
De tu mano, Clorinda, el golpe vino
Segun cuenta la fama: es tuyo el lauro
Si esclavitud ó muerte en este dia
No llegó á darse á tu pagana gente.

Mas cual si no sintiera el Héroe invicto
De aquella herida el gran dolor acerbo,
Por sobre escombros trepa sin pararse,
Y á los demás convida á que le sigan:
Pero la pierna al fin vé que flaquea;
Que apoyarse sobre ella es imposible;
Es con la agitacion mas la fatiga,
Y á dejar el asalto es obligado.
Llamando, pues, por señas al buen Güelfo,
Así le habló: »Preciso es retirarme:
De comandante en gefe el mando toma
Y ocupa mi lugar mientras mi ausencia,
Que separado estar poco confío,
Voy, y volveré pronto.” Dijo: y fuese;
Y en un caballo corredor subiendo

No llegó al valle sin que visto fuera.

Con su partida la fortuna vária

Tambien abandonó el latino campo.

Crece el vigor en la contraria gente;

Renace la esperanza y fuerzas cobran

Los ánimos de Marte protegidos:

Falta ya el ímpetu al cristiano esfuerzo;

Ya lento el hierro á las heridas corre,

Y hasta el son de sus trompas descaece.

Ya las almenas vanse coronando

De los fugaces que el temor lanzaba;

Y á imitacion de la gallarda Jóven

Al bello sexo armaba el amor patrio:

Correr á las murallas se ven todas

Suelto el cabello y recogido el trage;

Dardos lanzar, y no mostrar pavora

Por sus amados muros de esponerse.

Pero lo que á los francos mas desmaya

Y á los sitiados en extremo ánima,

Es, que el valiente Güelfo á la presencia

Del un pueblo y el otro cayó herido.

Por su desgracia de distancia larga

Vino á hallarle una piedra entre tal turba:

Y al mismo tiempo un golpe semejante

Por tierra derribó al gran Reimundo;

Y herido entonces fue muy de peligro

En la orilla del foso el bravo Eustaquio.

Ni en tan feliz momento los infieles

Sin efecto jamas tiraban golpe

Ora matando, ó malhiriendo alménos.

De tal prosperidad estimulado

El fiero Circasian su voz mas alza:

»Antioquía no es esta; ni tampoco

La noche que protege ardidés francos.

Ved claro el Sol; la gente ved despierta.

Distinto modo de guerrear es este.

¿Resto alguno no queda ya en vosotros

De amor de gloria, ó bien de la rapiña?

Seguid pues el asalto: ¿que os detiene

Franceses?... nó, francesas os dirémos,»

De este modo les habla, y mas se ensaña

El Caballero audaz entre sus íras,

Tanto; que el ancho pueblo que defiende

No es á sus furias suficiente campo.

Á grandes saltos vuela hácia la brecha,

Y ocupa su salida, y grita entanto

A Soliman que próximo tenía:

»Esta es la hora, Soliman, y el sitio

En que ha de decidirse el valor nuestro:

Qué te pára? ó qué temes? Allá fuera

Busque el que mas lo anhele escelso lauro.»

Así le dijo: y uno y otro entonces

Precipitados salen á porfía,

De furia uno aguijado, de honor otro

Y estimulado del feroz convite.

Cuando pensaban ménos, de improviso

Sobre los enemigos se arrojaron:

Los muertos fueron tantos, los escudos

Y yelmos destrozados y esparcidos,

Y las escalas rotas, y el Ariete,

Que hacinados formaban como un monte,
Haciendo ya la brecha impracticable.
La osada gente que montaba ha poco
Buscando el premio de mural corona,
Ya en la ciudad á entrar hora no aspira,
Que á su propia defensa no acertaba,
Cediendo al nuevo ataque; y deja en presa
Las máquinas tambien, á dos guerreros,
Que tanta falta harán para otro asalto.
Uno y otro Pagano enardecidos
Por su ímpetu feroz mas se adelantan;
Fuego piden al muro, y encendidas
Dos téas al momento les llevaron.

Tales salir por las tartáreas puertas
Suelen á consternar el mundo todo
Las ministras de Pluto impias hermanas,
Sus Sierpes sacudiendo y sus antorchas.
Mas Tancredo el invicto en otra parte
Que al asalto animaba sus latinos
Luego que vé el desorden increíble,
Y la llama descubre de las téas,
Sus voces suspendió; ligero mueve
Á contener la sarracena furia;
Y con denuedo lo hace tan horrendo,
Que al que vence y ahuyenta en fuga pone.

En este estado le batalla estaba
Tornándose propicia la fortuna;
Y el General herido en este tiempo
Á su gran tienda ya llegado había
Con su Sigerio fiel, con Baldovino,

Y de tristes amigos turba grande:
Mas Gofredo tan pronto sacar quiere
El dardo; que le quiebra por la caña;
Y quiere que la cura se haga al punto
Mas pronta y espedita séa cual fuere.

»Dilátese la herida de ambos lados
Y sin contemplacion abridla mucho:
Pronto enviadme al asalto, no se acabe,
Antes que vuelva allá, la luz del dia.”
Dijo: y la larga Encina de su lanza
Empuñando, la pierna ofrece al hierro.

Ya Erótimo el antiguo, que nacido
Fué del Pó á las orillas, vá á curarle.
Conocía muy bien de todas yerbas
El úso y la virtud, y de las aguas:
Amado es de las musas; pero gusta
De la gloria menor del arte mudo.
De sanar los enfermos cuidó solo,
Y pudiera inmortal hacer su nombre.
Se está con faz serena, y apoyado
El General sin dar del dolor muestras.
La ropa alzada el otro, procuraba
Con su brazo desnudo enteramente
Y grandes específicos de yerbas
Sacar la flecha, ó con su docta mano:
Con ella y la teneza bien la asía;
Mas sacarla no puede: es todo inutil.
Todo su arte no basta y al designio
Por lado alguno la fortuna ayuda;
Y el áspero martirio á tanto llega;

Que en peligro de muerte al Héroe pone.

Su Angel Custodio entonces conmovido
De aquel dolor, cogió dítamo en Ida:
Yerba cubierta de purpúreas flores,
Que gran virtud encierra en tiernas hojas,
Y se la enseña próvida natura
Aunque está oculta á las monteses Cabras
Cuando se hallan heridas, y les queda
La saeta alada en el costado fija.

Esta aunque de parage tan distante
En un momento el Angel lá ha traído,
É invisible en el agua preparada
Para bañarle, derramó su zumo;
Y de la fuente Lidia el humor sacro
Y la olorosa panacéa mezcla.

Baña el viejo la herida, y por sí solo
Sin trabajo ninguno sale el hierro:
Estáncase la sangre; y los dolores
Dejan libre la pierna y fuerzas cobra.

Clama Erótimo entonces: »No es del arte
Ni de mano mortal obra esta cura.

Mayor poder te sana; un Angel créo
Que médico por tí se ha hecho en la tierra,
Pues de celeste mano aquí hay señales.
Que te detiene ya? vuelve al asalto.»

De la batalla Godofredo ansioso

La pierna envuelve en púrpura y comprime;
Blande el asta disforme; y el escudo
Embraza, y cala y ata el duro yelmo.
El campamento deja, y se dirige,

Y en su pos mil, á la asaltada plaza.
Se les encubre el cielo sobre el polvo,
Bajo sus pies retiembla herido el suelo,
Y de lejos correr le vió el pagano
Del alto muro, y difundióse á todos
Frio temor que coaguló sus venas;
Y él tres veces al cielo alzó su grito:
La altiva voz conoce el pueblo suyo
Y el grito incitador de la batalla,
Y el ímpetu á tomar veloz volviendo
Árrójase de nuevo á la lid fiera.

Ya la feroz pareja de paganos
Tras de la brecha retirada estaba
Defendiendo obstinada el paso que hizo
El buen Tancredo con la gente suya.
Aquí indignado y fulminante llega
De armas cubierto el General de Francia;
Y á su primer arribo al fiero Argante
La herrada lanza furibundo arroja:
Ninguna mural máquina se jacte
De lanzar con mas fuerza arma ninguna;
Truena en el aire la nudosa viga:
Su escudo Argante impávido le opuso
Y al empuje del Fresno se vé hendido;
Ni la dura coraza le resiste
Que todas armas rompe, y finalmente
Viene á brotar la sarracena sangre:
Mas ni siente el dolor el Circasiano;
De la armadura y venas se la arranca,
Y á Gofredo la tira: »Á tí diciendo,

Te la envío y tus armas vuelvo á darte,
 La asta que iba á ofender, y á vengar viene
 Vuela, y revuela por la misma vía:
 Mas no á quien se dirige ofende ahora
 Que al golpe la cabeza huye ligero
 Y al fiel Sigerio coge, y le penetra
 Profundamente el hierro en la garganta;
 Mas ni este siente, en vez de su amo caro
 Muriendo, abandonar la luz del día.
 Entonces Soliman con gruesa piedra
 Hierre al duque Normando, que al gran golpe
 Estremécese todo y desmayado
 Abajo cae rodando cual peonza.

Sufrir no puede mas ya Godofredo
 Ofensa tanta, y empuñó la espada,
 Y sobre la escabrosa alta ruina
 Sube y mueve allí junto nueva guerra.
 Prodigios de valor estaba haciendo
 Y estragos mil, y mortandad horrible:
 Pero llegó la noche, y de sus alas
 Bajo la niebla espesa encubrió el mundo;
 Y su sombra pacífica interpone
 En las íras de míseros mortales.
 Retírase por tanto Godofredo,
 Y este fin tuvo tan sangriento día.

Pero Bullon el pío ántes que ceda;
 Los heridos al campo llevar hace;
 Ni deja ya en poder de los infieles
 Las máquinas de guerra que allí estaban;
 Condúcese por fin la grande torre

Primer terror de la enemiga gente;
Si bien de la tormenta que ha sufrido
Por algunos parages maltratada;
De grandes riesgos libre se volvía
Y á parage llegaba al fin seguro:
Como nave tal vez, que á todo trapo
Ólas desprecia en procelosas mares;
Luego á vista del puerto, ó en la arena
Ó en un falaz escollo se quebranta:
Ó cual pasó un fogoso el mal camino
Que junto al pueblo ya tropieza y cae.
De este modo la torre del costado
Que el ímpetu sufría de las piedras
Dos ruedas le flaqueán de tal modo,
Que inclinada á aquel lado se detiene:
La gente, al punto, que la vá llevando
La sostiene por bajo con puntales,
Y allí se está, hasta que obreros vienen
De sus heridas á curar el daño.
Así manda Gofredo; el cual deséa
Que al asalto se lleve al otro dia;
Y acá, y allá los pasos ocupando
Guardias ponen en torno al alta mole.
Pero de la ciudad claro se escucha
Del trabajo el ruido, y aun el habla,
Y luces se veian encendidas;
Y lo que están haciendo conocieron.

FIN DEL CANTO UNDÉCIMO.

Primer terror de la enemiga gente,
 Se dio de los tormentos que ha sufrido

Por algunos paños maltratados;
 De grandes riesgos libre se volvió

Y á parage llegada al fin seguro;
 Como nave tal vez, que á todo trazo

Olas desprecia en procelosas mareas;
 Luego á vista del puerto, è en la arena

Ò en un talaz escolla se quebranta;
 Ó cual padó un fogoso el mal camino

Que junto al pueblo ya tropieza y cae,
 De este modo la torre del costado

Que el tapeta arriba de las piedras
 Dos ruedas le lluevan de tal modo,

Que inclinada á aquel lado se detiene;
 La gente, al punto, que la va llevando

La sostiene por bajo con puntales,
 Y allí se está, hasta que obreros vienen

De sus heridas á curar el daño,
 Así manda Góveda; el cual desea

Que al asalto se lleve al otro día;
 Y así, y allí los pasos ocupando

Guardias ponen en torno al alta mole,
 Todo de la ciudad claro se escucha

Del traspaso el ruido, y aun el habla,
 Y luego se veian encendidas;

Y lo que están haciendo concierren,
 Y el que están haciendo concierren.

CANTO DUODÉCIMO.

Era alta noche, y aun no reposaba
 En quieto sueño la afanada gente;
 Antes velando en el fabril trabajo
 Los franceses están, y en su custodia.
 Los paganos sus muros destruidos
 Estaban reparando, y sus defensas;
 Y á mas curando heridos unos y otros.
 Habiéndose empleado en lo postrero
 De la noche gran parte, y aflojando
 En sus obras los otros; ya la sombra
 Mas callada y oscura llama al sueño.
 No empero duerme la Guerrera osada:
 De honores su alma hambrienta; cuando dejan
 Los demas el trabajo, ella lo busca.
 Cerca de Argante está; y entre si dice:
 »El Rey de turcos, hoy, y el Circasiano
 Maravillas han hecho desusadas;
 Solos salieron contra inmensas tropas,
 Y sus máquinas grandes maltrataron;
 Mientras que yo me jacto solamente
 Desde alto y encerrada el arco y flechas
 De haber con buen acierto manejado:
 Hazañas propias de mi sexo débil.

¿Cuanto mejor me fuera en la floresta
 Á las fieras lanzar flechas y dardos
 Que, dó viril esfuerzo muestran todos
 Cual doncella portarme en medio de ellos?

¿Á que es dejar los femeniles trages
 Si de ello no soy digna; y encerrada
 Tan solo en mi retrete estar debiera?

Así dice entre sí: piensa y resuelve
 Cosa al fin grande, y tórnase al Guerrero:

»Rato ha, Señor, que por mi mente rueda
 Un no sé que de audacia desusada
 Que me inquieta y conmueve: ó Dios lo inspira,
 Ó á su alvedrío el hombre cual Dios crée.

Fuera del valle mira aquellas luces:
 Allá iré sola con mi espada y fuego,
 É incendiaré la torre; y conseguida
 Esta empresa; del resto el cielo cuide:
 Mas si sucede que mi infausta suerte
 El paso me cortáre al retirarme;
 Del que me ama cual padre, y de mis caras
 Doncellas el cuidado á tí te encargo,
 Para que á Egipto encaminar procures
 Á esas desventuradas y al buen viejo.
 Hazlo por Dios, Señor, que bien son dignos
 Por su edad y su sexo de tu amparó."

Párase Argante, y siente herido el pecho
 De vehementes estímulos de gloria.
 »¿Tú allá irías, responde, y yo en la inercia
 Confundido entre el vulgo quedaría?
 ¿Y de segura parte el humo y fuego

Arder vería en plácido reposo?

No no, si fuí tu compañero en armas,

He de serlo en la gloria y en la muerte.

La muerte el corazon despreciar sabe

Y en cambio del honor perder la vida."

»De eso gran testimonio, le dice ella,

Con tu salida de hoy nos has dejado:

Mas yo que muger soy, nada se pierde

En la triste ciudad si yo perezco.

Mas si por desventura tú finares

¿A estas murallas que defensa queda?

Replicó el Caballero: »En vano buscas

Á mi resolucion pretestos falsos.

Tus pasos seguiré si tú me guías,

Pero delante voy si no me admities."

Acordes al Rey van, que entre los gefes

Y sabios los recibe y sentar hace.

Clorinda así empezó: »Gran Rey escucha

Lo que á pedirte voy, y no lo niegues.

Argante ofrece, y no es su oferta en vano,

Á esa máquina enorme pegar fuego.

Yo iré con él; y ya esperamos solo

Que alguna mas quietud el sueño imponga."

Las manos alzó el Rey; y un tierno llanto

Por sus megillas arrugadas corre:

»¡Bendito, esclama, séas, que á tus siervos

No abandonas y el reino me conservas!

Ni á ser vencido llegará tan pronto

Si ánimos tan invictos le defienden.

¿Pero que digno premio ú alabanza,

Admirable pareja, podré daros?
 Con voz de inmortal gloria llene el mundo
 La fama del preclaro nombre vuestro.
 La hazaña misma es premio, y si quisierais
 Os cedo de mi reino una gran parte.”

Así habla el Rey canoso; y en su seno
 A la una y otro estrecha tiernamente.
 El Sultan que allí estaba, y de la honrosa
 Noble ambicion de gloria muy henchido;
 Dijo: »¿Ciño yo en vano aquesta espada?
 Á la par vuestra iré, ó en pos un tanto.”
 »Ah! responde Clorinda, ¿hemos de ír todos
 Á esta empresa? si vienes quien se queda?”
 Así le dice: y con altivo tono
 Se preparaba Argante á recusarlo,
 Cuando el Rey que lo advierte, el primero habla
 Á Soliman con plácido semblante:

»En toda accion, magnánimo guerrero,
 Como quien eres siempre te has portado;
 Ni te arredran jamas grandes peligros,
 Ni holgar tampoco quieres en la guerra.
 Si tú salieses, obras sé que harías
 Dignas de tí; no empero es conveniente
 Que todos vais sin que se quede alguno.
 De los que sois tan fuertes en las armas,
 Ni aun consintiera que estos dos saliesen,
 Pues su sangre merece conservarse,
 Si lá empresa creyese ménos útil,
 Ó bien que egecutarla otros pudieran.
 Mas pues que en su defensa la gran torre

Todo en torno se vé con guardia tanta,
Que á pocos nuestros es inaccesible,
Y hacer salida grande no conviene;
Los dos que al grande empeño se convidan,
Y otras veces se han visto en igual riesgo,
Vayan felices, que ellos solamente
Mas que si fueran mil unidos valen.
Tú como es mas decente al real decoro,
Pronto estarás de tropas con un cuerpo,
Y cuando ya la máquina incendiada,
Que en esto no hay dudar, ellos se vengán;
Si los persiguen enemigas tropas,
Tú las atacas, y los pones salvos."

Así dice el un Rey: y el otro calla
A su decir; mas no muy satisfecho.
Dijo entonces Ismeno: »Que aguardaseis
Los que habeis de salir, quisiera un rato
Mientras que voy á componer un mixto
Que á la máquina hostile prenda y abraze:
Puede que entonces parte de su guardia
En hondo sueño yazga sumergida."
Así quedó tratado, y cada uno
Se fue á esperar en su mansion la hora.

De sus ropas despójase Clorinda
De plata recamadas, y del yelmo
Guarnecido, y las armas refulgentes,
Y otras viste sin pluma y sin adornos,
Y tomadas del móho, presagio infausto!
Por que andar de este modo quiere oculta
Entre los enemigos escuadrones.

Llega Arsete el Eunuco; el cual de niña
 Desde la cuna misma la ha criado,
 Y por remotas tierras sus pisadas
 Con ya cansados pies iba siguiendo:
 Vé sus trocadas armas, y aun el grande
 Riesgo prevé á que á esponerse iba.
 Se aflige; y por el pelo, que ya blanco
 Se tornó en su servicio, y por la tierna
 Memoria de cuanto ha hecho él en su obsequio
 Que desista le ruega; y ella insiste:
 Y así le dijo al fin:

»Ya que obstinada
 Tanto en buscar tu mal te has empeñado,
 Que ni mi edad cansada, ni el cariño,
 Ni mis ruegos ni llanto te conmueven,
 Noticias quiero darte; y sabrás cosas
 De tí misma, que hasta hora te se ocultan:
 Mi consejo despues sigue ó tu gusto.”
 Fija ella en él la vista, y él prosigue.

»Reinó ha tiempo en Etiopia, y reina
 Tal vez Senapo con feliz imperio;
 El cual la ley del Hijo de María
 Con sus vasallos negros sigue y guarda.
 Yo esclavo fuí, y fuí siempre pagano,
 Y destinado á femeníl oficio:
 Eunuco al fin me hicieron de la Reina
 Que á ser hermosa no obsta el ser etiope.
 Arde en su amor su Esposo, y á este fuego
 Tan solo el de sus celos igualaba:
 Tanto esta llama crece poco á poco

Que verla no permite á ningun hombre
Y en muy oculto sitio la recluye;
Ella humilde y prudente á quanto place
Á su Señor resígnase gustosa.
De pinturas devotas adornado
Su cuarto estaba y de una historia tierna:
Una hermosa doncella blanca y rubia
Junto á un dragon maniatada estaba;
Y un caballero al monstruo herido había
Que en su sangre nadando muerto yace.
Postrábase la Reina de contino
Ánte este cuadro lágrimas vertiendo.
»En cinta estaba; y cándida infantita
Á luz sacó, y tú esa niña fuiste.
De tu color tan albo se sorprende;
Mas porque al Rey conoce y sus furores,
Quiso ocultarle al fin aqueste parto,
Por que con tu blancura no pensára
Álguna ofensa de su etíope esposa,
Y quiso en tu lugar una negrita
Mostrarle que nacida era poco ántes.
Como en la torre que su prision era
Yo con sus damas habitaba solo,
Á mí que fuí su esclavo y la amé siempre
Te entregó sin que fueras bautizada,
Por que su rito allí no les permite
El agua echarles en edad tan tierna.
»Llorando te entregó; y á mí me dijo,
Que á criarte muy lejos te lleváse.
Su afan es indecible y sus lamentos:

¡Con qué ternura al seno te estrechaba!
 Bañó el llanto sus besos; y sus quejas
 Interrumpidas por sollozos fueron.
 Los ojos alzó al fin, y: »Oh Dios! esclama,
 Tú ves mi corazon y sus arcanos,
 Lo puro que él está sin mancha alguna,
 Y el lecho marital sin profanarse:
 No suplico por mí; culpas mil otras
 Habré yo cometido en tu presencia:
 Salva el parto inocente, á quien la leche
 Niega la madre del materno pecho.
 Viva; y en ser honesta que me imite:
 Que á ser feliz aprenda en otra parte.
 Tú celeste Guerrero que del diente
 La Doncella libraste de aquel monstruo;
 Si en tus áras ardió mi humilde antorcha,
 Y oro ofrecí, ó él oloroso incienso,
 Ruega por ella tú, que fiel y pura
 En todo trance pueda á tí acogerse.”
 Calló: y el corazon se le encogía,
 Y de pálida muerte se pintaba.

»Al tomarte lloré: y en un cestillo
 Cubierta te saqué de flores y hojas
 Sin que ninguno nada sospechase.
 Desconocido anduve; y en un bosque
 De hórridas plantas, y árboles sombríos,
 Véo una Tigre que encendida en ira
 Venia contra mí con torbos ojos:
 Tal terror me inspiró, que á un árbol subo,
 Sobre la yerba habiéndote dejado.

Llega la horrible fiera; y la cabeza
Feroz tornando, en tí fijó la vista:
Amansóse, y el ojo altivo y crudo
Dulcificó con ademanes tiernos,
Pacífica se acerca, con su lengua
Te acaricia, y tú ríes y la alhagas.
Contigo se acostó, y al fiero hozico
La tiernecita mano le estendias;
Su teta te alargó, y allá á su modo
De alimentar se adapta, y tú la tomas.
Yo entanto miro tímido y confuso
Al ver prodigio tan extraño y nuevo.
Cuando te vió la fiera de su leche
Satisfecha se fue para la selva.

Bajo, vuelvo á tomarte, y el camino
Que llevaba seguí: pero llegando
Á una pequeña aldéa me detuve,
Y ocultamente hice allí criarte.
Me estuve en ese pueblo hasta que hubiste
Cumplido de tu edad diez y seis meses,
Cuando con tierna lengua pronunciabas
Voces distintas y formabas pasos;
Viéndome ya cercano al postrer tercio
De aquella edad que á la vejez declina,
Rico con el mucho oro que tu Madre
Me dió con regia mano al despedirme,
Deséo de tornar hube á mi patria
Dejando aquella vida vagarosa,
Y allá en mi caro hogar con mis amigos
De mis dias vivir tranquilo el resto.

»Para Egipto partí, dó visto habia
Mi primer luz, llevándote conmigo.
Á un torrente llegué, é iba acosado
De una cuadrilla de bandidos grande:
Indeciso me hallé; pues no quería
Tu dulce peso abandonar, y al agua
Me arrojó á nado, y la corriente corto
Con una mano y te sostengo en la otra.
Rapidísima corre hácia su medio;
Pero donde hay mas agua un remolino
Forma terrible que me arrastra al hondo;
Te suelto entonces; mas el agua te alza,
Y ayudada del viento favorable,
Salva te puso al fin sobre la arena.
Anhelante llegué con mil trabajos:
Gozoso te tomé; y en alta noche
Cuando en silencio estaba el mundo todo,
Ví en sueños á un guerrero que iracundo
Me pone al pecho su desnudo acero,
É imperioso me dice; yo te mando
Que cumplas tú el precepto de su Madre
De bautizar la infanta: ella es amada
Del cielo, y su cuidado á mí me toca:
Yo la guardo y defiendo; yo á la fiera
Mansedumbre inspiré, y al agua instinto.
¡Mísero tú, si el sueño no creyeres
Que enviado te es del cielo! y calló en esto.
»Despierto, me levanto, y con el dia
Seguí el camino al despuntar sus rayos:
Mas por que mi fé cierta juzgué y falsas

Las sombras, no cuidé de bautizarte,
 Ni del materno ruego, y así fuiste
 Pagana, y te oculté la verdad esta.
 Creciste, y animosa en las batallas
 Superior fuiste al sexo y á natura,
 Imperios adquiriste y fama eterna:
 El resto de tu vida tú lo sabes,
 Y sabes que de siervo y padre á un tiempo
 En egércitos varios te hé seguido.

»Ayer ántes del día, cuando estaba
 En el reposo semejante á muerte,
 Ví en el sueño otra vez la misma imágen,
 Que con mas torba vista y voz mas recia:
 »Mira, dice, traidor, cerca está la hora
 De que Clorinda cambie suerte y vida;
 Mas será á tu pesar, y á tu despecho.»
 Esto dijo, y volando el viento sesga.
 Mira hora, pues, que el cielo te amenaza,
 Amada mía, con sucesos raros;
 Y yo no sé: mas tal vez desaprueba
 Que no sigas la ley de tus mayores:
 Será acaso la buena. Ah! yo te ruego
 Que ese denuedo deges y esas armas."
 Calla él y llora: párase ella y teme,
 Por que otro sueño igual la remordía.
 Ya estando mas serena al fin le dice:
 »Yo hé de seguir la fé que cierta juzgo;
 La que de la nodriza con su leche
 Mamar me hiziste, ¿y quieres que claudique?
 Ni dejaré la empresa ni las armas

Por un temor impropio de álmás grandes,
Ni aunque la muerte con el fiero aspecto
Que á mortales aterra ante mi viese."

Consuélele despues: y por que la hora
Llega mas bien de obrar que de jactarse;
Parte, y con el Guerrero se reune

Que al gran riesgo con ella salir quiere.

Úneseles Ismeno, estimulando

Un valor que se ánima por sí solo,

Y dos globos de azufre y de betunes

Les dá, y en cobre cóncavo dos velas.

Con sigilo salieron, y hácia el valle

Unidos van á paso largo y vivo,

Tanto que del parage cerca estaban

Dó la enemiga máquina se eleva.

Su espíritu se inflama y arde el pecho,

Ni el corazon caber dentro de él puede.

El furor los concita al fuego y sangre.

Grita y pide la seña un centinela;

Ellos abanzan siempre, y ya la guardia

Al árma al árma en alta voz repite.

No por eso se páran ni se ocultan

Los dos valientes; ántes mas veloces

Á manera de bomba ó rayo ardiente

Que al relámpago y trueno úne el estrago;

Correr, llegar, sobre la guardia echarse,

Romperla, y penetrar fue todo un tiempo,

Y por mas fuerzas y ármas que se unían

Impedir no es posible su designio.

Descubriéron la luz, y sus pavesas

En los mixtos prendieron que á la torre
Por varias partes fueron aplicando.
Imposible es decir cual sube y crece
La llama en toda ella; y cuán espeso
Sube á encubrir el humo las estrellas:
Llega el fuego hasta el cielo en densos globos;
El viento sopla, y fuerzas vá cobrando
El incendio que ya todo está unido.
Su gran luz con horror la vista hiere
De los francos, que se arman al momento.
La inmensa mole que infundió pavora
Cayó en un punto y se miró disuelta.

Dos escuadrones francos al parage
Donde ven el incendio van volando.
Argante con su sangre les ofrece
Aquel fuego apagar, y enviste hácia ellos;
Mas por bien de Clorinda poco á poco
Cede, y hácia la plaza se retiran.
Crece mas que un torrente en lluvia grande
La turba, y los estrecha y ciñe mucho.
La aurea puerta se abrió, y allí se hallaba
El Rey á quien circuye el pueblo armado,
Para acorrer á los guerreros fuertes
Al retirarse de tan gran proeza.
Llegan los dos al mismo umbral; y rauda
La gente franca los inunda y sigue:
Mas Soliman la ataca y la retira.
La puerta cierran y Clorinda no entra:
Sola quedó, por que en aquel momento
De cerrarse la puerta, iba furiosa

Persiguiendo á Arimon que llegó á herirla.
 Vengóse: y nada advierte el fiero Argante
 De que tanto se hubiera separado;
 Pues con la oscuridad y la refriega
 Ni atender pudo, ni pudiera verlo.

Despues que ella sació su encono y saña
 En la enemiga sangre, y en sí vuelve,
 Vió cerrada la puerta, y de enemigos
 Ella rodeada, y túvose por muerta.
 Viéndolo, empero, que nadie la miraba
 De salvarse le ocurre un nuevo modo:
 Fíngese de los francos, y en su tropa
 Se mezcla sin que nadie lo advirtiese.
 Luego; cual Lobo que se acoge al bosque,
 Despues del mal que hizo, y se desvia
 Al favor del tropel y de las sombras;
 Oculta con sigilo se marchaba,
 Tancredo no mas es quien la percibe,
 Que poco ántes allí llegado habia
 Al tiempo que Arimon murió á sus manos:
 La vió y la conoció, y en pos vá de ella,
 Que hombre la juzga, y vá á probar su esfuerzo,
 Por parecerle de su aliento digno.

Ella la alpestre cima va rodeando
 Hácia otra puerta por dó entrar dispone.
 Sigue él impetuoso; y mucho ántes
 De que llegase oyó sonar las armas.
 Se revuelve ella y grita: »Por que corres?
 Qué traes acá?» Responde él, guerra y muerte."
 »Guerra y muerte tendrás, dice, no niego

Dártela si la buscas:" Y lo espera.
Tancredo echa pié á tierra, por que ha visto
Que su enemigo á pié tambien estaba.
Uno y otro el acero agudo empuñan
Del orgullo aguijados y las íras,
Y al encuentro se van, no de otra forma
Que dos soberbios encelados toros.

Dignas de un claro Sol, de un teatro pleno
Sus obras memorables bien serían.
Noche que en el profundo seno oscuro
Cerraste, y en olvido hechos tamaños;
Que yo los saque plázgate á luz pura,
Y á edades venideras se los muestre:
Viva su fama y gloria, y en tus sombras
Fucile, y goze remembranza eterna.

Ni cubrirse, ni huir, ni retirarse
Quieren los dos, ni usar de su destreza;
Ni golpe falso tiran ó fingido,
De la noche y furor se valen solo.
De chocar las espadas el estruendo
Hórrido se oye: el pié le tienen firme,
Y en movimiento siempre está la mano.
Ni tajo en vano tiran ni estocada.
La vergüenza los corre y mas se enconan,
Y mas á la venganza los concita:
Así á los vivos redoblados golpes
Nuevo estímulo se une y causa nueva.
Más se allegan y estrechan por instantes,
Tanto que no pudiendo obrar la espada
Hierénse con los pomos, y con furia

Sus escudos y yelmos se entrechocan.
 Tres veces el Cristiano entre sus brazos
 Robustos la estrechó; y ella otras tantas
 De tan tenaces nudos se desprende:
 Nudos son de enemigo y no de amante.
 Retíranse por fin el uno y otro,
 Y treguas dan al anhelante flanco:
 Se miran; y del cuerpo casi exangüe
 De la espada en el pomo el peso apoyan.

La última estrella ya se iba ocultando
 Al primer brillo del flagrante oriente,
 Cuando Tancredo en copia mayor mira
 La sangre del contrario que la suya.
 Se goza y cobra aliento. Oh! ¡mente nuestra
 Que un viso de fortuna la envanece!
 Ah mísero! te alegras? Oh! cuán tristes
 Tus triunfos y tu gloria han de tornarse!
 Costar debe á tus ojos, si vivieren,
 De esa sangre una gota un mar de llanto.

Mirándose y callando estos guerreros
 Ensangrentados algo reposaban.
 Tancredo al fin rompió el silencio y dijo,
 Para saber de su contrario el nombre;
 »Desgracia es que se emplée valor tanto
 Dó el silencio lo encubra: mas supuesto
 Que el aplauso la suerte aquí nos niegue,
 Y el testimonio de las obras nuestras,
 Si el ruego lugar tiene entre las armas,
 Tu estado y nombre digas te suplico,
 Para saber vencido ó victorioso

De mi muerte el honor, ó mi victoria."
Responde la feroz: »En vano inquietas
Lo que no descubrir siempre acostumbro;
Mas séa yo quien fuere uno estás viendo
De los dos que incendiaron la gran torre."
El buen Tancredo en ira arde al oirlo,
Y: »En mal punto lo has dicho, le replica;
Tu callar tanto, cual tu hablar me alienta,
Bárbaro descortés, á la venganza."

Vuelven á enfurecerse transportados
Bien que débiles ya: ¡Oh fiera pugna
Donde no hay arte y es la fuerza débil!
Donde brecha sangrienta y espaciosa
Hace una y otra espada á donde llega;
Y si del cuerpo el ánima no sale
Es que el furor la tiene al pecho unida.
Cual ponto Egéo que aquilon ó el noto,
Aunque ya retirados, combatieron,
No bien tranquilo; el movimiento y ruido
Conservan aun sus agitadas ólas:
Tal por la falta de la sangre estotros
Aunque al moverse el brío aquel no tienen,
Conservan aun su primitivo imperio
Que los lleva á añadir al daño, daño.
Pero llegada es ya la fatal hora
En que cesase de vivir Clorinda.
Tira este al pecho hermoso una estocada
Que en él el hierro esconde y baña en sangre;
Y el jubon respunteado de oro fino
Que comprime sus pechos delicados

De humor caliente inunda: y ella siente
Morirse, y el pié lánguido le falta.

Sigue aquel la victoria, y la Doncella
Traspasada persigue amenazando.

Ella al caer esfuerza la voz triste,

Y estas palabras últimas pronuncia:

Palabras son de espíritu divino

De fé, de caridad, y de esperanza;

Virtud que Dios le infunde; y si rebelde

Vivió, en la muerte quiérela su sierva.

»Venciste amigo: te perdono; y pido

Perdones, si no al cuerpo, que no teme,

Al alma sí: ruega por ella, y dame

Á mí el Bautismo que mis culpas borre:»

En estas voces lángidas resuena

Un no sé qué de tierno y de suave,

Que le conmueve todo y desenoja,

Y apenas puede reprimir el llanto.

En el seno del monte no muy lejos

De allí un arroyo murmurando corre:

Fue pronto allá, llenó el yelmo en la fuente

Y al grande oficio pío tornó triste.

La mano tiembla al desatar los lazos

Y el rostro descubrir que aun no conoce.

La vió y la conoció; y quedó sin habla

Ni movimiento: Oh vista! Oh desengaño!

Mas no murió; que recojió sus fuerzas

Y en guardia al corazon las puso al punto;

Y el ánsia reprimiendo, á dar se vuelve

Vida con agua á quien mató con hierro.

Mientras él dice las palabras santas,
Ella en gozo bañada se sonríe,
Y en acto de morir ledo, parece
Que: »El cielo se abre, y voy en paz" decia.

Bella palidez pinta el albo rostro
Como violetas y azuzenas juntas;
Su vista eleva al sol y al firmamento:
Por su piedad al cielo se asemeja:
Alarga la desnuda y fria mano
Al Caballero, ya que hablar no puede
En signo de amistad; y en esta forma
Finó la hermosa como en dulce sueño.

Como la vió exhalar su ánima bella,
Suelta el vigor que recogido tiene,
Y rienda suelta dá al dolor acerbo,
Que al punto se hace impetuoso y loco;
Y de tal modo el corazon le oprime,
Que el sentido le embarga y las potencias,
Y desfallece, y queda como el muerto
Sin color, movimiento, habla ni sangre.
Bien su mezquina y enfadosa vida,
La débil cárcel suya quebrantando,
A la bella alma que voló siguiera,
Si una tropa de francos no llegase,
Que iban en busca de agua ú otra cosa,
Y al Caballero y ella no llevarán
Mal vivo el uno y la otra ya difunta.
El que los manda conoció de lejos
Por las armas al Príncipe Cristiano:
Corriendo fue, y halló tambien sin alma



Aquella hermosa; el caso le entenece,
 Y á los Lobos dejar no quiere espuesto
 El bello cuerpo, que pagano juzga:
 En brazos á los dos conducir manda
 De Tancredo á la tienda sin demora.
 Con movimiento suave y en lo llano
 No dá muestras de vida el Caballero:
 Pero un débil gemido al fin les dice,
 Que no ha finado su vital carrera:
 Sin movimiento el otro cuerpo y frio
 Dice bien que el espíritu le falta.

Á la tienda llegaron de este modo,
 Y en estancias distintas los colocan.
 Los escuderos diligentes cercan
 Al Caballero en cama y le socorren.
 Ya á los lánguidos ojos torna el dia;
 Hablar siente y las manos que le curan;
 Pero dudando de si en sí era vuelto
 No se asegura atónita la idéa;
 Mira estático entorno el sitio y gentes;
 Por fin conoce, y afligido esclama:

»Yo vivo! yo respiro! y los odiosos
 Rayos aun véo de este aciago dia!
 ¡Á servir de testigo á oculto crimen
 Que en cara están echándome mis culpas!
 Mano tímida y lenta ¿por que ahora
 No te mueves á herir, ya que herir sabes?
 Tú egecutora de una muerte impía
 De esta malvada vida corta el hilo:
 Traspasa ya este pecho; y fiero estrago

Haga en mi corazón tu acero crudo:
Pero en crueles hechos ya viciada
Juzgas piedad á mi dolor dar muerte;
Y he de vivir para escarmiento eterno
De un infeliz amor, mísero monstruo,
Á quien la indigna vida es solo pena,
Á la inmensa impiedad, justa y debida.
Viviré entre tormentos y pesares
Dado á las furias loco y vagaroso:
Las sombras temeré solas y negras
Que mi culpa traerán siempre delante;
Y del Sol que aclaró mis desventuras
Me ocultaré y tendréle horror eterno:
Me temeré á mi propio, y de mí mismo
Siempre iré huyendo y no podré apartarme.
»¿Mas donde, ay triste! donde se quedaron
Del casto hermoso cuerpo las reliquias?
Lo que de mi furor quedó en él libre
Será ya por las fieras profanado?
Ah pasto noble! presa dulce y cara!
Voy á ver donde están; y si quedáre
Algún despojo le tendré conmigo:
Pero si acaso sus hermosos miembros
Por las fieras han sido devorados,
Las bocas mismas quiero que me traguen,
Y que me encierre el vientre que los tiene;
Que tumba me será feliz y honrosa
Dó quiera que ella esté, si estamos juntos.”
Así hablaba el cuitado: y se le dijo,
Que el cuerpo por quien llora allí tenían.

Aclara el tenebroso aspecto un poco,
 Cual las nubes relámpago que pasa;
 Y del reposo alzó en el blando lecho
 Del cuerpo enfermo la pesada mole,
 Y á duras penas trémulo arrastrando
 Allá dirige el paso vacilante.

Luego que llega, y vé en el pecho hermoso,
 Obra fue de su mano, la honda llaga,
 Y cual nocturno cielo aunque sereno
 Sin resplandor la faz descolorida,
 Tal temblor le ocupó, que al suelo fuera,
 Á no haberle tan pronto sostenido,
 Y luego dijo:

»Oh rostro! que la muerte
 Dulce puedes hacer, mas no la vida!
 Oh diestra hermosa! que en suave muestra
 De amistad y de paz tú me alargaste!
 Cual hora os hallo! ay triste! y yo cual vengo!
 ¿No son los miembros pues estos gallardos
 De mi feroz y escelerado encono
 Vestigios miserables y funestos?
 Oh! á par de aquesta mano ojos impíos,
 La herida hizo ella, y la mirais vosotros!
 Enjutos la mirais: allá pues corra,
 Á dó el llanto no vá la sangre mia.»

Trunca aquí la palabra: y por el ánsia
 De morir conmovido y agitado,
 Las ligaduras rasga y las heridas,
 Y de ellas renovadas corre un rio;
 Y se matára: si el dolor acerbo

Sacándole de sí no le librase.

Puesto en el lecho; el ánima que huía

Fue llamada otra vez al triste oficio.

Mas la fama parlera ya no calla

Su negra angustia, su cruel estado.

Vá allí Gofredo y van amigos muchos:

Mas ni reconvenciones circunspectas,

Ni el dulce hablar, suavizan sus afanes.

Como en principal miembro mortal llaga

Que al tiempo de llegarle el dolor crece;

Así un consuelo dulce en mal tamaño

Mas exaspera el corazon herido.

El venerable Pedro que se duele,

Cual de Cordera enferma el pastor bueno,

Con palabras gravísimas reprende

Su largo delirar, y le aconseja.

»Ah! Tancredo, Tancredo! ay! y cuan otro

De tí estás, y lo estás de tus principios!

¿Qué te perturba así? qué espesa nube

Ciego te torna y nada ver te deja?

Esta desgracia viénete del cielo.

No lo vés tú? Lo que te dice no oyes?

¿Que te grita y reclama á la perdida

Senda, que ya pisaste, y te la muestra?

Del digno oficio á los primeros actos

De campeón de Cristo á tí te llama,

Que dejaste por ser ¡oh cambio indigno!

Galan de una Doncella á Dios rebelde.

Benigna adversidad; su pío enojo

Con leve azote tu estremada culpa

Castiga; y por ministro á tí te elige
 De tu salud ¿y ciego lo rehusas?
 ¿Rehuyes pues ingrato el don del cielo
 Saludable, y así contra él te enojas?

¿Á dó, misero, corres entregado
 Á tus crudos frenéticos martirios?

Junto estás ya, y pendiente, y propendiendo
 Al precipio eterno: y no lo miras?

Míralo pues, y ese dolor reprime
 Que á dos muertes á un tiempo te conduce."

Calla: y en él de la una muerte el miedo
 Pudo entibiar de la otra el ánsia grande;

Y confortar el corazon permite
 Ó desmenguar aquel dolor interno:

Mas no tanto que alguna vez no gima,
 Y que no suelte al lamentar la lengua,

Ora consigo hablando, ó con el alma
 Ya libre, que del cielo acaso le oye:

Á ella al nacer el Sol; á ella al ponerse
 Con voz cansada llama, y gime y llora;

Cual Filomena á quien robó el villano
 Sin pluma aun los hijos de su nido;

Que en triste canto solas y afligidas
 Las noches llora, y entristece el bosque.

Por fin al otro dia cerró un poco
 Los ojos; y entre llanto cogió el sueño;

Cuando se le aparece con ropage
 Estrellado su amiga suspirada;

Con esplendor celeste muy mas bella;
 Mas no por eso está desconocida,

Y con dulce piedad los tristes ojos
Parecía enjugarle, y que así hablaba:

»Mira cuan bella estoy, y cuan gozosa,
Amado mio; que esto te consuele.
Merced á tí: si del caduco mundo
Me quitaste engañado; á este reino
De divos inmortales me guiaste.
Aquí, beata, te amo; y aquí espero
Que halles lugar un dia preparado
Dó á toda luz, y en el eterno dia
Su belleza y la mia al fin contemples,
Si no te envidias á tí mismo el cielo,
Y con delirios de él no te estravías.
Vive y sabe que te amo, y te lo digo,
Cuanto á un mortal amar me es dado ahora.»

Así diciendo; no como en la tierra
Se acostumbra, sus ojos fulguraban.
De sus radios al centro se retira;
Desaparece: y le infundió firmeza.
Despierta consolado, y se somete
De los que le curaban al esmero;
Y entanto sepultar hace los caros
Miembros que honrâran vida tan preciosa;
Y si no fue de la mas rica piedra
El túmulo, y por Dédalo labrado,
Fue escogida la piedra, y el tallista
Cuanto lo pudo ser en aquel tiempo.

Allí con noble pompa y muchas hachas
Acompañada fue por gente mucha;
Sus armas suspendidas en un pino

En forma de troféo estender hace:
Mas luego que alzar pudo al otro dia
Su lastimado cuerpo el Caballero,
Movido de piedad y reverencia
Á ver pasó los huesos sepultados.
Junto á la tumba, dó prision doliente
Á su espíritu vivo le dió el cielo:
Pálido, hierto, mudo y casi inmovil
En el mármol aquel fijó los ojos;
Y al fin rompiendo en muy copioso llanto
En un lánguido ay! prorrumpe, y dice:
»¡Oh piedra amada tanto y acatada!
Que tienes mi ardor dentro el llanto fuera,
No eres de muerte albergue, si es de vivas
Cenizas donde mora el amor tierno.
Sí: bien siento de tí aquella llama,
Si nó tan dulce, alménos tan ardiente.
Mis suspiros admite, y estos besos
Que con doliente humor cstoy bañando:
Dáselos tú, pues yo no puedo ahora
Á las dulces reliquias, que allí albergas.
Dáselos, sí; que aunque sus ojos torne
El alma hermosa á sus despojos lindos,
Ni tu piedad la ofende ni mi audacia,
Que no hay odio ni enojos allá arriba:
Perdona ella mi error; y solo alienta
Con esta idéa el corazon doliente;
Sabe que impía fue solo mi mano,
Y no siente que amando viva y muera:
Y amando moriré: ¡felice dia

Quando este llegue! y mas mucho felice,
Si como voy errante de tí en torno
Fuere en tu seno entonces acogido.
Juntas estén las dos amigas almas,
Nuestras cenizas una tumba encierre,
Y en muerte goze lo que no en la vida.
Oh! si esto fuera así! suerte dichosa!"

Confusamente se contaba entanto
El triste caso en la cerrada tierra:
Despues claro se sabe, y se divulga
De la ciudad en los extremos todos;
Y grande lloro femenino se oía,
Como si la ciudad tomada fuese,
Y á sangre y fuego todo se llevara.
De todos la atencion por sus gemidos
Tristes llamaba Arsete y por su aspecto:
Como el de los demás su llanto no era.
Tiende y ensucia sus cabellos blancos,
Y se los mesa, y hiere el rostro y pecho.
Quando la vista en él la turba fija,
Llega allí Argante, y habla de este modo:

»Yo quise al punto que advertí que afuera
La esforzada Doncella se quedaba
Buscarla en el momento, y fuí volando,
Para los dos correr la misma suerte.
¿Qué no hice, y no dije, y qué plegarias
Al Rey para que hiciese abrir la puerta?
Mas todo en vano fue, todo fue inutil,
Negolo con el mando que aquí tiene.
Ah! si yo entonces salgo; ó del peligro

A la Guerrera aquí traido hubiera;
 Ó donde ella el terreno ha enrogecido
 Fin tubieran glorioso allí mis dias.
 Mas qué pude yo hacer? no así les plugo
 Á los hombres, ni plugo así á los Dioses.
 Murió de fatal muerte; y yo no olvido
 Lo que conviene ahora por mi parte.
 «Oye Jerusalem lo que promete
 Argante: oye tú cielo, y si te falto
 Sobre mí lanza rayos: la venganza
 En el franco homicida tomar juro
 Que me compete por la muerte de ella;
 Ni desceñir jamás aquesta espada
 Hasta que el corazon pase á Tancredo,
 Y á los Cuervos esponga su cadaver.”
 Dijo: y el aura popular seguia
 Con grande aplauso sus postreras voces:
 Y al pensarlo no mas, templó lo acerbo
 La esperada venganza en el que gime.
 Oh! vanos juramentos! cuan contrarios
 Fueron de la esperanza los efectos!
 Que en lid igual aquel dará la muerte
 Á este, que ya le tiene por vencido.

FIN DEL CANTO DUODÉCIMO.

CANTO DÉCIMOTERCIO.

No bien la inmensa máquina, del muro
 Espugnadora, fue cenizas hecha,
 Cuando escogita Ismeno un medio nuevo
 Con que se créa la ciudad segura:
 Y así á los francos impedir quería
 Que materiales tomen del gran bosque
 A fin de que otra torre no fabriquen.
 Alta selva se encuentra solitaria,
 Distante poco del cristiano campo,
 De horrendas viejas plantas muy espesa
 Que hacen funesta sombra en su contorno.
 Aquí en horas que el Sol mas resplandece,
 Luz hay incierta y pálida, y muy triste,
 Como en cielo entoldado verse deja
 Bien séa en el crepúsculo ó la aurora;
 Pero en no habiendo Sol, asombran luego
 La noche, nubes, niebla, y mil horrores
 Que infernales parecen, y los ojos
 Privan de ver y el corazon se aterra;
 Ni aquí ganado al pasto ó res alguna
 Guía el pastor jamas ni el gañan guía:
 Ni allí entra el pasajero, y de muy lejos
 Despavorido mucho, la contempla.

Allí hechiceras jùntanse y los magos
En el silencio de la noche oscura:
Sobre turbiones, como monstruos unos,
Y en forma de Cabrones vienen otros,
Conciliábulo vil, que falsa imágen
Suele animar de deseados bienes,
Con pompa á celebrar inmunda y sucia,
Y convites impíos y profanos.
Así se crée: y habitante alguno,
De tal bosque jamas cortó una rama.
No así los francos que de allí tomaron
Cuanto al caso á sus máquinas hacía.

Aquí pues viene el Mago en el silencio
Del alta noche que siguió inmediata:
Forma un círculo y hace allí sus señas;
Puso en el centro de él su pié descalzo,
Y murmuró palabras muy terribles.
Tres veces al oriente volvió el rostro;
Ótros tres veces á dó el Sol declina,
Y tres la vara sacudió, que suele
De las huesas alzar á los finados;
Y tres veces hirió su pié desnudo
El suelo; y resonó su horrible grito:
»Oíd, oíd: vosotros que arrojados
Por el tonante rayo un dia fuisteis;
Vosotros que moveis las tempestades,
Habitantes del aire vagarosos;
Y de las almas réprobas ministros
Que las teneis en sempiterno llanto;
Ciudadanos de aberno: aquí os invoco;

Y á tí, Señor de la region del fuego:
Guardad bien esta selva, y estas plantas,
Que contadas muy bien aquí os consigno.
En cada tronco, de vosotros uno,
Como en el cuerpo el alma, ha de alojarse,
Para que huya el cristiano ó se contenga
En los primeros golpes temeroso."

Dijo: y tan fieras añadió palabras,
Que solo impía lengua las repite.
A su decir, la faz con que se adorna
El estrellado cielo se oscurece;
Empáñase la Luna, y una nube
Sus cuernos encubrió, y quedó oculta.
Torna él airado á repetir los gritos:

»¿Aun no venis espíritus que invoco?
Cómo tanto tardar? Quereis acaso
Mas poderosas voces y secretas?
Ni por usarlos poco se me olvidan
Del arte los auxilios eficaces;
Que con lengua sé aun de sangre inmunda
El nombre proferir grande y temido;
Al cual ligero acude el mismo Ditis,
Y Pluton sin tardanza es obediente.
Lo he de decir?....."

Mas nó; que ya conoce
Ser oido su encanto al mismo tiempo.
Espíritus venian infinitos;
Unos que errantes por los aires vagan,
Salidos otros de lo mas profundo
Tétrico y nebuloso de la tierra.

Temerosos llegaban por la orden
De no mezclarse mas en guerra alguna:
No empero les está venir prohibido
En troncos á albergarse y en malezas.

Cuando ya nada le faltaba al Mago
Á su designio, al Rey tornó contento:
»Nada temas, Señor, el pecho ensancha,
Que ya seguro está tu regio trono.
Renovar no podrá la franca hueste
Sus máquinas tremendas como juzga.»

Así le dice: y luego por estenso
El caso todo de la magia cuenta;
Y prosiguió despues: »Hora otra cosa
Diré que menos que esto no me agrada.
Sabe que pronto en el Leon celeste
En conjuncion serán el Sol y Marte,
Y no han de mitigar su ardiente fuego
Turbion alguno, el viento, ni el rocío:
Que cuanto el cielo muestra, anuncia todo
Misérrima aridez, y sequedades:
Como en la Nasamonia ó Garamancia
Igual calor aqui sentirse debe.
Ha de hacerse á nosotros menos grave
Con agua y sombras, y reparos tantos:
Mas los francos en tierra árida y seca,
Que perezcan es fuerza á sus rigores,
Ó estenuados alménos, facilmente
El egército egipcio ha de batirlos.
Tranquilo vencerás, y la fortuna
No créo que probar mas te convenga.

Y si altivo el Circasio, que reposo
Ninguno quiere en su valor fiado,
Te ostiga y te importuna, como suele,
De imponerle algun freno busca el modo;
Que no ha de tardar mucho sin que el cielo
Te dé á tí paz y al enemigo guerra.”

Oye esto el Rey, y créese seguro
Tanto que ya no teme á los cristianos.

Reparados están los muros casi
Que destruido habian los arietes:
No empero hasta del todo fornecerlos
El trabajo descuida y la fatiga:
El pueblo, y las mugeres y sirvientes
No dan paz á la mano en tal faena.

Bullon el Pío, entanto, no quería
Dar otro asalto á la ciudad en vano,
Sin que ántes la mayor de aquellas moles
Y algunas otras máquinas se hicieran:
Y al bosque envía que otras veces ántes
De materiales buenos los surtia.
Ván allá algunos al rayar el alba,
Y al llegar los detiene un temor nuevo:
Cual inocente niño no se atreve
Mirar á donde vé féas fantasmas;
Ó como en noche oscura imaginando
Espectros ver, se asusta y amedrenta;
Así temían sin saber que cosa
Séa la que les causa tal pavor,
Y el temor finge acaso á los sentidos
Esfinges y quimeras mas estrañas.

Despavoridos se volvieron todos,
Y los hechos y dichos tanto aumentan;
Que son de mofa objeto y de alta burla;
Y nadie en cuentos tales los creía.

De gente osada entonces y selecta
Un escuadron envia Godofredo,
Que á los otros escolte mientras tanto
Que las órdenes tuyas egecutan.
De prisa van á dó su asiento han puesto
En la horrorosa selva los demonios;
Así las negras sombras no miraban,
Y el corazon se huela al verlas cerca:
Siguen empero bajo audaz semblante,
Ocultando el temor que interior tienen;
Y tanto se adelantan, que muy poco
Del parage encantado ya distaban.
Sale de pronto entonces de la selva
Cual de temblor de tierra un son horrendo,
Y los austros crugir en ella se oyen,
Y el azotar las ólas los collados;
Como ruge el Leon, silva la Sierpe,
El Lobo ahulla, y brama el Oso fiero,
Y truenos espantosos se oye y trompas.
Tanto y mas espresaba un ruido solo.
Pálidos todos de repente quedan,
Y en sus rostros pintada la pavura:
Ni la razon, ni disciplina pueden
Hacerlos abanzar, ni contenerlos,
Que al oculto poder que los ataca
Son harto escasas las defensas tuyas.

Huyen al fin; y le habla á Bullon uno,
El hecho disculpando, de este modo:

»No hay ninguno, Señor, que séa osado
Á cortar planta alguna, por que créo,
Y lo jurára, que en cada una de ellas
Todo el infierno entero está metido.
Necesario es tener para mirarlas
Un corazon mas fuerte que diamante;
Ni hay sentido capaz de escuchar como
Tronando á un tiempo brama y dá silvidos.»

Así dijo: y Alcasto que lo oía,
Entre otros muchos que presentes se hallan,
Hombre arrojado y fiero, y de mortales
Despreciador, y de la muerte misma;
Que temor no tendría de una fiera,
Ni monstruo que asustase á un hombre fuerte,
Ni al terremoto, al rayo ni uracanes,
Ni cuanto el mundo hubiera mas terrible;
Con sonrisa meneando la cabeza
Dice: »Yo iré donde estos no se atreven,
Y hender intento solo en ese bosque
Que es de esos sueños nido turbulento.
No me lo impedirá fantasma horrenda,
Ni el crugir de la selva ó los ahullidos,
Ni aunque al fin se presente ánte mis ojos
Todo el infierno y su camino abierto.»

Tal arrogancia echó á Bullon presente,
Y el camino tomó con su permiso.
Llega, mira la selva, y luego escucha
Aquel son tremebundo que se oía.

No empero atras el pié atrevido vuelve,
Si bien firme como ántes le desprecia;
Y aun pisára aquel suelo defendido
Si al parecer no viera un fuego grande,
Que vá creciendo en forma de altos muros,
Y sus humeantes llamas estendiendo
Que el bosque circunscriben, y no dejan
Cortar á nadie un árbol ni arrancarle:
Figura tienen sus mayores llamas
De soberbios castillos y torreones,
Y de instrumentos bélicos guarnece
Estos nuevos peñascos el gran Ditis.
¡Cuantos monstruos de guardia se veían
Con aspecto feroz en las almenas!
Unos de ellos le miran de reojo,
Y le amenazan otros con sus armas.

Huye él al fin; y aunque es lenta su fuga,
Cual Leon que al oír cazar se aleja,
Pero es fuga con todo; y un afecto
Sentía de temor que no conoce,
Ni entonces advirtió que temor fuese,
Pero lo echa de ver cuando está lejos;
Y hubo vergüenza, y se indignó, y agudo
Diente de pena el corazon le muerde:
Y mudo, y de rubor confuso y triste
Torció el camino atónito hácia un lado;
Que aquella faz, poco ántes tan erguida
Ya no alzaba á mirar de nadie el rostro.

Llámale Godofredo; él tarda y halla
Á su tardar excusa: é ir no quiere.

Vá por fin, y sus labios no despega:
Luego le habló como el que está soñando.
Su fuga el General colige al punto
De una vergüenza en él tan desusada.
Despues dijo: »Qué es esto? son prestigios
Falsos, ó de natura altos portentos?
Si de tan noble aliento hubiere alguno
Que examinar por sí la selva intente,
Siempre que quiera emprenda esa aventura,
Y mas ciertas noticias traiga alménos."
Así dice: y los tres primeros dias
Los mas famosos fueron; y ninguno
Dejó de huir sus amenazas fieras.

Salido habia el Príncipe Tancredo
A hacer las funerales de su amiga;
Y aunque lánguido triste, y desmayado,
Y apto poco á vestir las duras armas:
Sabido el caso urgente no se escusa
Á la fatiga ó riesgo en modo alguno,
Que el vivo corazon vigor le infunde
Tanto que el cuerpo sano parecía.
Parte, en sí recogido el valeroso
Con silencio y recato al nuevo riesgo:
Sostiene el fiero aspecto de la selva,
Y el gran rumor del trueno y terremoto,
Y nada le acobarda; solo siente
Su fuerte pecho conmocion muy corta.
Sigue adelante, y álzase de pronto
La improvisa ciudad de llamas muchas.
Párase entonces algo vacilante,

Y entre sí dice: »Que valdran mis armas?
 ¿En boca de los monstruos, y en el fuego
 Devorador habré de ir á arrojarne?
 Despreciaré la vida que guarde otro
 Cuando ocasion lo exija útil y honesta:
 Pero pródigo ser de un alma grande,
 No es accion digna; y esta así la juzgo.
 ¿Mas qué dirá el egército si vuelvo
 De este modo? No hay selva otra ninguna;
 Y hará el último esfuerzo Godofredo
 Por vencer los obstáculos; y si otro
 Alguno al fuego abanza, y encontráre
 Ser de efecto menor que el que parece.....
 Mas séa lo que fuere:» Y diciendo esto
 Dentro saltó. Oh! memorable audacia!

No en las armas sintió calor alguno:
 Ni si las llamas, ó visiones eran
 Fantásticas ó ciertas juzgar puede
 Por que al ir á tocarlas se disipa
 Todo aquel simulacro; y nube densa
 Invierno esparce y noche, y esto todo
 En el momento mismo desaparece.

Aunque admirado, intrépido Tancredo;
 Despues que sosegado todo mira,
 En el profano suelo el pié seguro
 Pone, y registra de la selva todos
 Los secretos, y no halla desusadas
 Apariencias; ni obstáculos encuentra
 Mas que del bosque la espesura grande
 Que la vista y el paso algo le impiden.

Al fin de un largo trecho, á un claro llega
 Que en forma está de anfiteatro; y solo
 En medio de él se eleva un Cipres alto
 Que una hermosa pirámide figura.

Á él se dirige: y con cuidado advierte
 Que hay inscripciones en el tronco varias
 Semejantes á aquellas, que el Egipto
 Misterioso en lo antiguo usar solía.
 Caracteres para él desconocidos
 Habia muchos; y en asirio idioma
 Que él hablaba muy bien, distinguir pudo:
 »Ó tú: que en este claustro de los muertos,
 Guerrero, el audaz pié poner osaste;
 Ah! si no eres cruel cuanto esforzado,
 Este oculto retiro no perturbes;
 Almas de luz privadas no incomodes,
 Que á los muertos los vivos no hacen guerra.»

Así leía: y estudiando estaba
 De las breves palabras el sentido,
 Cuando silvaba de continuo el viento
 Con las ramas del bosque y con las hojas,
 Y aun imitaba lastimeros ayes
 De suspiros humanos y sollozos,
 Que un no sé qué confuso inspira al pecho
 De sentimiento, lástima, y temores.
 Saca por fin la espada, y con gran fuerza
 El alta planta hiere: Oh maravilla!
 Por la hendidura sangre se difunde
 Que toda en torno enrojeció la tierra.
 Se le eriza el cabello: mas redobla

El golpe; á ver resuelto, el fin de todo,
Cual de una tumba entonces salir oye
Un doliente gemido, aunque confuso,
Que en voz clara despues: »Bastante, ay! dice,
Me ofendiste, Tancredo: cesa, cesa.
Tú del cuerpo que un tiempo yo animaba
Salir me hiciste del feliz albergue:
¿Por qué el mísero tronco dó el destino
Impío me ha fijado hora maltratas?
¿Aun despues de la muerte á tus contrarios
Quieres, crudo, ofender en sus sepulcros?
Clorinda fuí; y no es mi alma sola
La que se alberga en estas plantas duras,
Que de paganos hay tambien ó francos
Que al pié espiraron de los altos muros;
En calidad de sepultura ó cuerpo,
Alma y sentidos tienen estos troncos,
Y homicida serás si alguno cortas.

Como enfermo que vé tal vez en sueños
Un Dragon, ó entre llamas mil prestigios;
Si bien sospecha ó piensa en algun modo
Que no séa verdad si no apariencia,
Deséa empero huír ¡pavura tanta
Le inspira el simulacro hórrido y fiero!
Tal el tímido amante, aun sin que crea
En los falsos engaños teme y cede,
Y en su corazon siente afectos varios
Que le conmueven, se estremece, y tiembla;
Y en el gran movimiento, de improviso
Suelta el acero, y se desmaya casi:

Fuera de sí se vá, y ver creía
 Que gime y llora su ofendida amada.
 Y mas mirar no osó la sangre aquella,
 Ni oír quejidos de doliente enfermo.

Así el que impávido arrostró la muerte,
 Y nada fue bastante á intimidarle;
 Como es tan solamente en amor débil
 Aparentes lamentos le fascinan.
 Su espada entanto que soltó, del bosque
 Fuera la lleva el viento impetuoso,
 Y él al camino cual vencido sale
 Donde encontró y volvió á tomar su acero.
 Mas no á inquirir de nuevo volver quiere
 Del bosque aquel recónditas las cosas:
 Y cuando á la presencia hubo llegado
 Del General; ya un tanto mas tranquilo,
 Así empezó:

»Señor: traigo noticias
 Que son por tan estrañas increíbles.
 Cuanto del espectáculo os han dicho,
 Y del ruido horrible es todo cierto.
 Despues se apareció fuego asombroso
 En un instante sin saber por donde,
 Que en forma de murallas se estendia
 De mil armados monstruos coronadas:
 Mas yo pasé; que ni quemome el fuego,
 Ni el acero esgrimir me fue preciso.
 Invierno al punto sucedió y la noche,
 Y al fin serenidad y luz tornaron.
 Mas diré: que á los árboles dá vida

Espíritu humanal que siente y habla;
Y por mas señas, yo su voz he oido,
Que en triste lloro ahun me está sonando.
De heridas en los troncos sangre corre,
Cual si de muelle carne cuerpos fuesen.
Por vencido me doy: no podré nunca
Ni ramas desgajar, ni herir los troncos."

Así decia: y Godofredo entonces
De mil dudas en ólas fluctuaba.
En ir á ver por sí ya está pensando
El encanto; que de él le juzga digno,
Ó bien enviar por materiales quiere
Á otra selva distante, y no es difícil:
Pero de tan profundos pensamientos
Le saca el Ermitaño que asi dice:

»Deja ese osado intento: á otro conviene
El encanto vencer del bosque umbrío:
Ya de la inculta arena estoy mirando
Cerca la fatal nave henchir las velas:
Ya el Guerrero anhelado, las infames
Cadenas rotas, libre huye la playa.
No está muy lejos ya la hora prescrita
De tomar á Sion la franca hueste."

Así dice: y su rostro es llamas vivas,
Y mas que si hombre fuese el habla suena.
De ideas muda Godofredo el Pío.
Que no queria mantenerse ocioso.

El Sol llegado entanto ya al celeste
Cancer, lanzaba ardores desusados,
Que á los guerreros insufrible hacia

Toda fatiga que es precisa en guerra.
Del cielo desaparecen los benignos
Astros, y quedan los crueles solo
Que la atmósfera impregnan de unos miasmas
Pútridos y malignos en extremo.
Crece este ardor nocivo, y siempre quema
Con intencion mayor en todas partes;
Noche mala sucede á un dia malo,
Y otro peor despues le sigue siempre.
Ceñido el Sol y salpicado sale
De un sanguino vapor por dentro y fuéra,
Y en ominosas fases siempre anuncia
Dias aciagos infelices dias;
Ni hay parte en él de rojas manchas libre
Que al ponerse no anuncie iguales daños,
Que por los ya sufridos son mayores,
Y otros futuros temen de contino.

En cuanto el Sol sus rayos de alto bibra,
Por el espacio que la vista alcanza,
Secas las flores, pálidas las hojas
Se miran y marchita toda yerva;
Y abrir simas la tierra y agotarse
Las fuentes, y abrasarlo todo el cielo;
Y por el aire las escasas nubes
Esparcidas cual llamas se mostraban:
La faz del cielo parecia un horno;
Ni cosa hay que á los ojos les dé alivio,
Ni aun Zéfiro en sus cuebas se movía,
Y en reposo total están las auras.
Sólo soplaba cual de hoguera ardiente

Viento que envia mauritana arena,
Que displicente con espesos soplos
Hiere continuamente el rostro y pecho.
Ni refrigerio dan nocturnas sombras,
Que del ardor del Sol estan caldeadas;
Y formaran su velo exalaciones
Y ardientes leños ú otras cosas tales.
Ni á la mísera tierra le concede
La avara Luna sus rocíos frescos,
Y apetecen la flor y yerva en vano
Los humores vitales que les faltan.
El dulce sueño en las inquietas noches
Huye lejano; y lasos los mortales
Conciliarle procuran y no pueden.
La sed que es insufrible los aflige;
Pues de Jerusalen el Rey nefario
Con tósigo mortífero y venenos,
Mas que la aberna y aquerontia Estigia,
Nociva y turbia puso toda fuente.
El riachuelo Siloe puro y limpio
Que al franco sus tesoros ofrecia,
Hora de espeso limo el fondo apenas
Árido cubre y dá socorro escaso.
Ni el Pó, que en Mayo mas copioso corre
Con tal cauce á saciarlos alcanzára;
Ni el Gang ó el Nilo cuando no contento
Con siete madres el Egipto inunda.
Si entre frondosas márgenes alguno
Un líquido cristal vió resbalarse,
Ó bien precipitarse algun torrente

Por los Alpes, ó manso ír entre yerba;
Viva pintura de él le hace el deséo
Y mas y mas aumenta su martirio;
Que aquella imágen húmeda y helada
Siempre hierbe en la idéa y mas le seca.

Vense los miembros de guerreros fuértes
A quien ni áspera senda impracticable,
Ni de férrea armadura el grave peso
Domó, ni aspecto de la muerte horrible,
Yacer lánguidos hora; y abrasados
Por el calor negarse al movimiento,
Fuego en sus venas circulando oculto
Que lento los devora y los consume.
Si ántes feroz el corredor fogoso
Ledo pastaba la frandosa yerva,
Hora en tierra mestal le causa tedio:
Tiembla su débil pié, y al suelo pende
Su humillada cabeza ántes erguida;
De sus antiguos lauros se ha olvidado,
Ni ya de gloria noble amor le inflama;
Y los ricos adornos vencedores,
Como una carga vil hora desprecia.
Lánguido el Can leal, todo cuidado
De su amo ya abandona y caro albergue;
Yace estendido, y en su ardor interno
Renueva el aura su jadear contino;
Mas este arbitrio que le dió natura
Para templar el abrasado pecho
De corto refrigerio hora le sirve.
¡Tanto el aire está denso y ardoroso!

Sufre la tierra así: y en tal estado
 Todo mortal se aflige y acongoja.
 Ya en vez de la victoria el franco pobló
 Espera y teme sus postreros males,
 Y en todas partes resonar se oía
 Lamento universal en tales voces:

»¿Qué espera ya Gofredo? en que se pára?
 Ver querrá que perece el campo todo?
 Ah! ¿Con qué fuerzas superar espera
 Los altos muros del contrario bando?
 De donde aguarda máquinas? en tantas
 Señales él no vé la íra del cielo?
 Prueba son evidente, y nos lo afirman
 Mil estraños espectros, mil prodigios,
 Y el Sol abrasador que nos sufoca
 Mas que en su clima al indio y al etiope.
 Él sin duda no tiene en mucha estima
 Que nosotros cual turba despreciable
 Como álmás bajas á la dura muerte
 Corramos con tal que él su cetro empuñe.
 Suerte tan elevada se figura
 Aquel que reina, que apoyarse intenta
 Sobre el daño y ruína de su pueblo.
 Estas son las idéas del que tiene
 El renombre de Pío: ¡Accion humana
 Despreciar la salud de sus vasallos
 Por adquirir honor vano y dañoso!
 Y el rio viendo seco y nuestras fuentes:
 Se hace él traer desde el Jordan el agua,
 Y en mesa alegre dó se sientan pocos,

Fresca la mezcla al buen vino de Creta.”

Así los francos dicen: mas el griego
Que sus banderas de seguir se cansa:
»¿Por qué aquí morir; dice, ni mis tropas
Por qué razon han de venir á ménos?
Si Godofredo es ciego en su locura;
Que en perjuicio lo sea de sus francos:
Qué nos importa?” Y sin tomar permiso
Su marcha emprende oculta y por la noche.
Cunde este mal egemplo así que el dia
Le descubre; y seguirle hay quien intenta.
Los que con Ademaro y con Clotario
Vinieron, y otros gefes que no existen;
Viendo que ya la fé que á ellos juraran
Disuelta está por quien disuelve todo;
Trataban de fugarse: y aun alguno
Al favor de la noche oculto vasa.
Todo lo oye Godofredo y bien lo advierte
Y mas duro remedio le pusiera
Si no lo aborreciese: y con fé viva
Que de los rios detuviera el curso,
Al Rey del mundo humildemente pide
Que le abra ya las fuentes de su gracia.
Sus palmas junta, y encendida en celo
Su vista al cielo y su rogar eleva:
»Padre y Señor: si en el desierto hiciste
Dulce maná llover al pueblo tuyo,
Si le diste virtud á mortal mano
Para, hiriendo un peñasco, que un arroyo
Corriera al punto: esos egemplos mismos

Hora renueva, y suple con tu gracia
De mérito la falta que aquí hubiere:
Que tus guerreros son, les valga alménos."

Sin detencion alguna estas plegarias,
De un deséo emanadas santo y justo,
Livianas vuelan al superno cielo,
Cual pajarillo alado, y á Dios llegan.

El Padre Eterno las acoge; y torna
A su egército fiel la vista pío;
Y de riesgos tan graves y fatigas
Hubo lástima; y dijo dulcemente.
»Crudas adversidades ha sufrido
Y en gran riesgo se vé mi campo amado;
Contra él con ármass, y artes no sabidas
Se armó el infierno, y se arma el mundo entero.
Comience pues un nuevo órden de cosas;
Séales todo próspero y felice:
Llueva; y al campo vuelva el fuerte jóven,
Y á que él mas brille egipcia hueste venga."

Así diciendo la cabeza inclina;
Y el ancho cielo y astros retemblaban,
La reverente atmósfera, y llanuras
Del Océano, y montes, y hondo abismo.
Flagrar se vió el relámpago incendiado
Y un claro trueno se oye al mismo tiempo.
Al relámpago y trueno acompañaba
Con leda voz la gente, y grita mucha;
Cuando súbita nube, y no de tierra
Por la virtud del Sol subida á lo alto,
Si no del cielo que las puertas todas

Abrió de par en par, veloz descien-
do. Noche improvisa envuelve el claro día
Entre sombras que estiende todo en torno;
La lluvia sigue impetuosa, y crece
El río, y fuera de su alveo sale.

Como tal vez en el estivo tiempo,
Si cae del cielo deseada lluvia,
Ánades graznadoras en la orilla
De un seco arroyo alegres la reciben;
Al fresco humor tienden el ala, y todas
Deseando bañarse al agua corren;
Y donde en mayor copia se reúne
Zambullen; y el ardor y sed apagan:
Así con voces la abundante lluvia
Que el todo Poderoso les envia
Gozosos la saludan, procurando
Los mantos desplegar y cabelleras:
Beben unos en vaso, en yelmos otros:
Quien la mano sumergue en la fresca agua,
Quien baña el rostro; y quien no mas las sienas:
Quien cauto vasos llena á mejor uso.

Ni son tampoco solamente humanos
Los que gozan y encuentran refrigerio,
Que la tierra afligida ántes y enferma
De hendiduras estando llena toda;
En sí la lluvia que recibe absorbe,
Por sus internas venas la reparte;
Y en abundancia humores nutritivos
Suministra á las plantas, yerva, y flores.
Á la semilla enferma, cuyo suco

Vital estaba seco, reverdece,
Y la ocasion faltando de los males,
Y de alimento henchidos ya sus miembros
Se refocila al punto y se restaura;
Como en florido Mayo se presenta;
Y sus pasadas penas olvidando
Nuevos adornos y guirnaldas viste.
La lluvia cesa; el Sol á la fin sale;
Pero templado y dulce el rayo estiende
Con máscula virtud como acostumbra
Hácia fines de Abril ó entrando Mayo.
Oh confianza heróica! El que á Dios honra
De todo mal el aire purifica;
De estaciones el órden mudar hace,
Y supera el furor de infaustos hados.

ZIN DEL CANTO DÉCIMOTERCIO.

CANTO DÉCIMOCUARTO.

Del blando y fresco seno iba saliendo
 De su gran madre ya la oscura noche,
 Leves auras trayendo, y copia mucha
 De un precioso rocío saludable;
 Y al sacudir del velo húmeda franja
 Florecillas rociaba y verde yerva;
 Y las álas batiendo el vientecillo
 El sueño conciliaba en los mortales
 Que sumergidos en olvido dulce
 Tienen los pensamientos que dá el día.
 Sentado en luz eterna vigilando
 Su inmenso gobernar el Rey del mundo
 Desde el cielo tornaba al franco Gefe
 La favorable y apacible vista,
 Enviándole sueño muy tranquilo
 Que sus altos decretos le revele.
 Cerca del aurea puerta dó el Sol nace
 Hay otra en el oriente cristalina,
 Que por costumbre suele ántes abrirse
 Que el nuevo día de su encierro salga.
 Salen por ésta los benignos sueños
 Que Dios envia solo á mentes puras.
 Por ella pues, el que á Bullon descende

Tendió hácia él ambas doradas alas.
 Nunca vision mas bella ofreció á nadie
 Como la que á este Gefe hora presenta;
 La cual abiertamente saber le hizo
 Del cielo y las estrellas los secretos,
 Y como en un espejo descubria
 Cuanto en ellas habia realmente.
 Estar le parecia trasplantado

Á un éter de oro cándido y brillante.

Mientras admira este lugar escelso,
 Su inmensidad, sus astros, y armonía;
 De rayos circuido y fuego vivo
 Para él un caballero se acercaba;
 Y con voz muy mas dulce que acá abajo
 Jamas se há oído, escucha que le dice:

»¿No me miras, Gofredo, ni me hablas?
 Á Ugon tu amigo ya tú no conoces?"

Y él le responde: »Este aspecto nuevo,
 Que está adornado como Sol radiante
 Tus antiguas facciones tanto muda,
 Que harto en reconocerte he estado tardo."

Y los brazos de amigo por tres veces
 En torno de su cuello le estendia,
 Y fue en vano tres veces; que la imágen
 Cual sueño leve buía ó aire vago.

Con sonrisa le dice: »No cual piensas
 De terrenal materia estoy vestido:

Esto que vés espíritu es tan solo
 De un morador de la mansion celeste
 Del gran templo de Dios: aqui hay asientos

Para los que defienden su ley santa,
Y entre ellos hallarás tambien el tuyo."

«Cuando será? replica: el mortal lazo
Suéltese ya, si me obsta á tal ventura."

«Muy pronto, Ugon le dice, transferido
A la gloria serás de los triunfantes:

Que derrames, empero, ántes conviene
Sangre mucha y sudor en crudas lides:

Primero á los paganos el imperio

De Tierra Santa deberás quitarles

Y en ella establecer cristiano solio,

Donde reinar despues tu hermano debe.

Pero para aumentar mas tu deséo

De subir acá arriba: considera

Este brillante albergue, y estas llamas

Que mente eterna las anima y rige:

Y en angélicos coros las sirenas

Divinas oye, y su celeste lira.

«La vista al hondo vuelve, y vé aquel globo

Tan distante allá abajo y tan pequeño.

¡Qué vil objeto el que á virtud humana

Puede ser allí premio ó recompensa!

¡En qué pequeño círculo, y desnudas

Soledades se cifran vuestros fastos!

Un islote parece en mares anchas,

Y ese que allá llamais océano grande,

Distante mucho está de ese renombre

Laguna corta ó breve estanque siendo."

El uno dice así: y el otro mira

Desdeñoso hácia abajo, y se sonríe,

Viendo en un punto el mar, la tierra, y ríos
Que acá tan diferentes nos parecen:

Y se admiró de ver que á sombras y humos
Nuestra loca ambicion tuviese apego;

Y un servil mando amase, y fama oscura,
Sin ver que el cielo nos convida y llama;

Y así, responde: »Pues que á Dios no place
De esta carcel terrena hacerme libre:

Del camino seguro que en el mundo
Debo seguir, infórmame te pido.»

Y le responde Ugon:

»El verdadero

Camino és el que sigues; no lo pierdas,
Solo que llames del destierro largo

Al hijo te aconsejo de Bertoldo.

Si de esta empresa á tí supremo gefe

El alta Providencia te há elegido;

Preclaro egecutor de tus mandatos,

Que el fuese al mismo tiempo, amas dispuso,

La primer parte á tí, á él la segunda

Le és concedida: tú cabeza, él brazo

Es de esta hueste; ni ocupar su puesto

Otro podrá jamas, ni hacerlo puedes.

Los encantos, á el solo es concedido,

Vencer que hay en defensa de este bosque.

Por él tu campo, que parece inhabil

Por ser tan poca gente á empresa tanta,

Y obligado está casi á retirarse,

Para hechos nuevos cobrará mas fuerza;

Y los fornidos muros; y el disforme

Ejército de oriente vencer debe."

Calla y Bullon responde: «Oh! cuán plausible

Me fuera que tornase el Caballero!

Los que leéis en las ocultas mentes

Bien sabéis cuanto es cierto que le amo:

Mas dí: ¿Con qué propuesta, ó hacia donde

Al mensajero debe dirigirse?

¿He de mandar, ó he de rogar? y cómo

Podrá serme legítimo y decente?"

Dijo entonces el otro: «El Rey Eterno

Que tan inmensas gracias te dispensa,

Quiere que aquellos, cuyo gefe te hizo,

Te honren y acaten reverentes todos.

Tú no lo has de pedir: ni el pedir fuera

Sin desdoro tal vez del sumo imperio,

Mas rogado; concede cuando pidan

Los otros el perdon del Héroe invicto.

Inspirado de Dios rogará Güelfo

Que del error se absuelva al feroz jóven

En que cayó, por ser nimio en sus iras,

Y al campo y sus honores volver pueda.

No obstante que hora lejos, delirante

Por el ocio y amor está embargado;

Que en breves dias venga no lo dudes.

El ermitaño Pedro, á quien el cielo

Altos secretos suyos le revela

Encaminar sabrá donde noticias

Ciertas los mensajeros tener deben,

Y el modo ha de enseñarles y artificio

De conducirle libre hasta vosotros.

Así tus vagarosos compañeros
 El cielo ha de traer á sus banderas.
 Darte tan solo quiero una noticia
 Por fin, y te será de placer mucho:
 Con tu sangre la suya ha de enlazarse,
 De dó gloriosa estirpe emanar debe."

Calló; y desapareció cual humo al viento,
 Ó como niebla al Sol enrarecida.
 El despertó, y dejó el sueño en su alma
 Confuso afecto de estupor y gozo.
 Los ojos abre ya Bullon el Pío
 Y entonces reparó que era alto día.
 Deja el reposo al punto, y de sus armas
 Los afanados miembros cubre pronto:
 Luego á su pavellon los gefes llegan,
 Y siéntanse á consejo, dó acostumbran
 Planes formar de lo que obrarse debe.
 El nuevo pensamiento allí el buen Güelfo
 De que infundido estaba é inspirado,
 El primero tomando la palabra
 Dijo á Gofredo:

»Ó Príncipe piadoso:
 Perdon vengo á pedirte; y ciertamente
 Es el perdon de una reciente culpa,
 Y parecer podrá por ello acaso
 Ser prematura ó pronta la demanda:
 Mas dirigiéndome á Bullon el Pío;
 Por el bravo Reynaldo suplicando;
 Y mirándome á mí que pido gracia,
 É intercesor no soy tan despreciable,

Facilmente impetrarlo me prometo,
 Y á todos sé que les será plausible.
 Ah! concede que vuelva, y que su sangre
 Derrame en favor nuestro y por su culpa.
 ¿Mas quien será si él no es el esforzado
 Que ose cortar las pavurosas plantas?
 ¿Quien riesgos, quien la muerte afrontar puede
 Con pecho mas intrépido y constante?
 Batir los muros, derribar sus puertas
 Vereisle, y solo sostener batallas.
 Vuelve á tu campo ya por Dios te pido
 Á quien es su esperanza y sus anhelos.
 Tórname á mí el sobrino valeroso,
 Y el guerrero mas fuerte tú recobra:
 No en vil reposo sufras se afemine
 Que de su misma gloria así le privas.
 Siga tu siempre victoriosa enseña,
 Y á su valor concédase este premio:
 Que á presencia de todos se distinga
 Por maestro teniéndote y por gefe."

Así rogaba: y todos este ruego
 Con favorable aplauso le apoyaban.
 Así pues; Godofredo, como cosa
 En que nunca pensára se doblega.
 »¿Cómo puede ser, dice, que yo niege
 Cosa que deseais y pedís todos?
 Ceda el rigor: que ley sea y justicia
 Lo establecido de comun acuerdo.
 Vuelva Reynaldo; en lo futuro imponga
 Con mas prudencia freno á su ira insana;

Q con sus obras la esperanza lleno
 P ue el deseo comun tiene de todos:
 Y ero, Güelfo, el llamarle á tí conviene,
 E que acelere créo su venida:
 A lige y encamina el mensagero
 "dó pienses que se halla el fiero jóven."

Calla: y en pié el Danés así decia:
 »Yo obtener solicito ese mensage:
 No rehusó camino incierto ó largo
 Por tal de hacerle el don de aquesta espada."

Él es de pecho firme y mucho esfuerzo;
 Y así al buen Güelfo le agradó la oferta,
 Y aceptola, y quiso con él fuese
 El ya canoso Ubaldo astuto y cauto,
 Que en juveniles años muy diversos
 Paisés y costumbres visto había,
 Peregrinando de los fríos polos
 De nuestro mundo á los etiopes mismos,
 Y como hombre sagaz y de talento
 Usanzas aprendió leyes é idiomas:
 Güelfo le acogió ya de edad madura
 Entre su gente, y mucho le estimaba.
 Á estos pues confirió el honroso cargo
 De ir á buscar el campeon escelso;
 Y los enviaba Güelfo hácia los muros
 Dó el regio solio Boemundo tiene,
 Que allí por fama pública, y segura
 Opinion se creía que estuviera.
 Pero el buen Ermitaño que conoce
 Que iban mal dirigidos, le interrumpe,

Y dice:

»Ó caballeros; si siguiendo
La opinion falsa vais del ciego vulgo;
Guia infiel seguireis y poco cierta.
Id de Ascalona á las cercanas playas
Donde en la mar vereis desagua un río:
Puede que allí un amigo se os presente;
Creédle como á mí en cuanto os diga.
Él prevé lo futuro; y mucho sabe
De vuestro gran viage, prevenido
De antemano por mí; vereis, que atento
No menos os recibe cuanto es sabio.»

Así les dice: y nada le replican
Carlos y el otro que con el marchaba,
Y á sus palabras fueron obedientes,
Que del cielo le créen inspirado.
Su partida apresuran; y tal ansia
Los aguijaba, que en camino puestos
Ligeros se dirigen á Ascalona,
Cuyas murallas bate el mar vecino,
Y con el resonar ronco, y el fuerte
Bramido de sus ólas no perciben
Estar cerca de un río, que de nuevas
Aguas de lluvia tan medrado estaba,
Que dentro de la madre no cabía,
Y rauda corre mas que una saeta.
Mientras están suspensos; un anciano
De venerable aspecto se aparece
Coronado de Haya; y largo trage
Sencillo de albo lienzo le cubría.

Sacude una varilla, y pisa el río
Con pié enjuto cortando la corriente.
Como suelen allá cerca del polo,
Cuando las aguas hiela el crudo invierno,
Zagalas muchas sobre el Rin seguras
Reptiles deslizarse á trechos largos:
Tal este viene sobre suelo instable
De aguas no congeladas ni compactas;
Y llega á donde estaban los guerreros
Fija la vista en él; y así les dice:

«Dura y cansada empresa, amigos míos,
Seguís; y es menester que alguien os guie.
El héroe que buskais está muy lejos
En tierra infiel en suelo inhabitado.
Ay! cuánto de trabajos aun os queda!
¡Cuántos mares correr; y cuantas playas!
Más allá debeis ir en busca suya
De los confines de este mundo nuestro.
Pero tened á bien en la escondida
Cueva entrar donde habito ocultamente,
Y cosas os diré de grande monta
Que es lo que mas saber os interesa.»

Dijo: y al agua paso hacerles manda,
Y ella al instante se retira y cede,
Y en forma de montañas de ambos lados
Pendiente queda y separada en medio.
Allá á lo mas profundo de aquel río
Por la mano los lleva, desde donde
Débil é incierta luz se descubría,
Cual de escasa Diana en bosque umbroso.

Ven muy provistas de agua anchas cavernas
De dó veneros á nosotros vienen
Que en fuentes brotan, ó en hermosos ríos
Corren, y estanques forman, ó bien lagos;
Y ver pudieron donde el Pó nació,
Y el Idaspe y el Ganges, y el Eufrates;
De donde el Tánais viene: ni allí oculta
El grande Nilo su ignorado origen,
Hallaron luego un río, y sus corrientes
Eran de vivo azufre y plata fina,
Las cuales por el Sol purificadas
Masa cándida son ó tormos de oro;
Y todo en torno miran del gran río
La márgen recamada en ricas piedras,
Que muy mas que hachas encendidas brillan,
Y el bosco horror de aquel lugar minoran:
Aquí con luz cerúlea centelléan
El celeste zafiro, y el jacinto;
Fucila allí el carbunco, y luce el duro
Diamante, y leda la esmeralda rie.
Pasmados los Guerreros ván, y tanto
Con estas cosas nuevas embebidos
Que no hacen movimiento: por fin rompe
La voz Ubaldo y suplicó á su guía:
»Dinos, ó Padre, donde nos hallamos,
Dó nos llevas, y quien eres declara;
Que ni sé si esto es cierto, ó sueño, ó sombra,
¡Tan admirado estoy de cuanto miro!»
Y él le responde: »Estais en el gran seno

De la tierra que todo lo produce;
Ni la espesura penetrar pudierais
De las vísceras suyas sin guiaros.
Mi palacio descubro, que bien pronto
De una admirable luz le vereis lleno.
Nací pagano; pero en agua santa
Regenerarme á Dios por gracia plugo.
Ni hago en virtud de espíritus estygios
Las maravillas estas que estais viendo:
Dios no me dege pronunciar palabras
Que á Flegetonte ó á Cocyto mueven.
Yo de natura los secretos busco
En las yervas, las fuentes, y en el cielo;
Y otros arcanos de ella aun ignorados
Contemplo en las estrellas y en su curso:
Por que no siempre en subterráneas cuevas
Del cielo lejos tengo mi morada:
Contino sobre el Líbano y Carmelo
En aérea mansion tambien habito.
Sin velo alguno allí se me descubren
Venus y Marte en sus diversas fases,
Y en toda rotacion veloz ó tarda
Buenos agüeros ú ominosos formo;
Y bajo de mis pies, tenues ó densas
Las nubes véo, ó las que pinta Iris;
Y engendrarse las nubes y el rocío
Observo; y cómo el viento oblicuo sopla:
Cómo se inflama la centella, y cuales
Son las tortuosas sendas por dó baja.
Tan de cerca estóy viendo los cometas

Que de alta vanidad me llené á veces.
Estuve de mi mismo tan pagado,
Que ya juzgué que mi saber medida
Fuese infalible y cierta de toda obra
Que hacer pudiese el arquitecto inmenso:
Mas cuando Pedro el vuestro en agua santa
Mi cabello lavó y ánima impura
Rectificó mi mente, y ver me hizo
Que ella de por sí sola está en tinieblas,
Y es, como al sol espuesta ave nocturna,
De la verdad á los primeros rayos,
»Reíme de mi mismo, y las sandeces
Que tan desvanecido me tenían.
Seguí empero despues, como él lo quiso,
Las artes mismas que estudié primero;
Pero otro hombre ya soy de aquel que era ántes,
A él me dirijo, de él estoy pendiente,
En él descanso, él manda, y él me enseña
Maestro siendo y soberano dueño:
Ni se desdeña obrar por nuestra mano
De las suyas tal vez cosas muy dignas.
A cargo mío está, que al campo venga
De su prision remota el Héroe invicto;
Él me lo mandó así: y ha tiempo mucho
Que por él prevenido os esperaba.”
Hablando así; llegaron al parage
Dó el Anciano tenia su reposo,
Que era como una gruta, donde había
Cámaras grandes, y espaciosas salas:
Y cuanto nutre en sus preciosas venas

La madre tierra de esquisito y rico
Brillaba allí; mas no era adorno puesto
Por mano artificiosa, nacido era.
Criados muchos van apresurados
Á servir á los huéspedes corriendo;
Y en magníficas mesas argentinas
De oro y cristal sirvieron grandes platos,
Que saciaron muy bien el apetito,
Y apagaron su sed; y despues de esto:

»Tiempo es, el Sabio á los Guerreros dice,
De que vuestros deséos satisfaga.

Bien de la impía Armida os son notorios
Los engaños en parte y los ardidés:

Cómo ella al campo vino, y de qué suerte
En pos de sí llevó guerreros muchos:

Sabeis tambien que infiel hospedadora
Duras cadenas arrastrar les hizo;

Y que á Gaza despues con gran custodia
Al remitirlos libertados fueron.

Pues hora os contaré, lo que en seguida
Ha sucedido, y lo ignorais vosotros.

»Cuando la infame Maga vió su presa,
Que hizo con arte tanto, quedar libre;

De cólera los puños se mordía,
É insana entre sí dijo y furibunda:

Ah! ¡nunca ha de jactarse de que libres
Ha osado hacer los prisioneros míos!

Si los libró, séa él esclavo, y sufra
Las penas á los otros destinadas.

Ni esto me basta: quiero que su daño

Séa trascendental al campo todo." Así dijo entre sí; y urdir intenta
El engaño que oireis tan vil é inicuo.
Vino al lugar donde vencio Reynaldo
A sus guerreros, solo, y mató á muchos.
Habiendo él dejado allí sus armas,
Toma las de un pagano y se las pone,
Por que incógnito acaso andar quería
Sin llevar sus insignias ya famosas.
La Maga las tomó; luego con ellas
Un busto cubre, y le dejó al encuentro
En la orilla de un río, por dó tropa
Previó de francos que pasar debía:
Y preverlo bien pudo; pues enviaba
Mil todo en torno espías de continuo,
Que del campo noticias le tragesen,
Y cuantos de él saliesen, ó á él volvieran:
Ademas de que hablaba veces muchas
Con espíritus malos largamente.
Colocó pues el muerto en un parage
Muy oportuno á su engañoso intento,
Y uno de sus sirvientes muy astuto
Cerca apostó con pastoriles ropas,
Impuesto bien en lo que hacer debía,
Y en sus dichos tambien; y así lo hizo.
Este habló con los vuestros, y sospechas
Sembró que la discordia produgeron,
Y sedicion y guerras intestinas,
Creyendo que Bullon al buen Reynaldo
Hizo matar, que esto ella se propuso:

Mas viendo siempre la sospecha incierta,
De la verdad creyose el primer viso.
Este de Armida fue primeramente,
Cual yo diviso, el artificio astuto.
Oireis ahora, como fue siguiendo
A Reynaldo, y demas que ha sucedido.
»Cual cauta cazadora Armida espera
Á Reynaldo en el paso del Oronte,
Donde una isla pequeña el río forma,
Y en su orilla al llegar vé una coluna,
Y un barquichuelo vé de allí no lejos.
Fija él la vista al artefacto hermoso
De albo marmol; y en letras de oro lee:
Ó tú cualquier que seas, que á esta margen
La suerte te guió peregrinando;
Mayor desde orto á ocaso maravilla
No hay que la que contiene aquesta isleta;
Pasa si quieres verla; y le persuade
Presto al incauto á atravesar las aguas;
Y por ser reducida la barquilla
Solo se embarca y deja su Escudero.
Luego que hubo llegado, codicioso
La vista en torno gira, y no vé nada
Mas que agua, grutas, plantas, yerba, y flores;
Y casi por burlado se tenia:
Pero el parage aquel es tan alegre;
Le agrada tanto, que se pára y sienta,
Y desarma la frente, y le complace
El dulce respirar del aura blanda.
El río borbotar oyó entretanto

Con extraño ruido ; hácia el cual mira,
 Y en medio de él moverse vé una ola:
 Tan pronto vé salir rubio cabello,
 Tan pronto de doncella un rostro hermoso,
 Ya la garganta y cándida pechera,
 Y hasta donde el pudor verse permite.
 Cual de nocturna escena, así en las tablas
 Ó ninfa ó diosa á pausas vá saliendo.
 Aunque en verdad Sirena ésta no séa
 Si no es mágica sombra, bien parece
 Una de aquellas, que en el mar Tirreno
 Engañoso vivieron algun dia:
 Ni es mas bella que dulce al escucharla,
 Y así canta y conmueve al cielo y tierra:
 »Jóvenes tiernos: cuando Abril ó Mayo
 De flores mil os cubren y verdores;
 De gloria y de virtud rayos falaces
 Las inespertas mentes os fascinan:
 Solo es Sabio el que sigue sus placeres,
 Y el fruto en su estacion de la edad coge.
 Esto natura clama: ¡Y que á sus gritos
 Tendreis el alma siempre endurecida?
 Locos! ¿por qué perder los dones caros
 En vuestra edad florida tan fugaces?
 Sin objeto son ídolos y nombres
 Lo que premio y valor el mundo llama:
 Con dulce son la fama que os convida,
 Y tan bella parece á los mortales
 No es mas que un éco, un sueño, ó bien su sombra,
 Y que al viento menor se desvanece.

Segura el alma goze, y en delicias
 Sacie el cuerpo tranquilo sus pasiones,
 El mal pasado olvide; y no apresure,
 Esperando desgracias, sus pesares.

Pena no tenga aunque retumbe el cielo,
 Y á su placer inflame y lance rayos.

Esto es saber: felice vida es esta;
 Natura así lo enseña y lo prescribe.

»La impía canta así: y á sueño al jóven
 Con sus cantares dulces convidaba,
 Que al fin le asalta, y poco á poco dueño
 De todos sus sentidos llegó á hacerse.
 Ni despertarle el trueno ya podía
 De aquella que es de muerte imágen quieta.

»De su emboscada la infiel Maga sale
 De venganza sedienta y le acomete:
 Mas cuando en él la vista fija, y mira
 Con qué plácido aspecto respiraba.
 Y en sus ojos reir las gracias todas,
 Esto es cerrados ¿qué si abiertos fuesen?
 Parada se quedó: luego se sienta;
 Despues se acerca, y su furor se aplaca
 Mientras le mira, y en su faz hermosa
 Cual Narciso en la fuente se contempla:
 Enjuga la sudor que el rostro baña
 Del Jóven levemente con su velo,
 Que suave le mueve, y los ardores
 Del estivo calor le vá templando.
 Así: ¿quien tal creyera? un fuego tibio
 De ocultos ojos derritió aquel hielo

Que cual diamante el corazón tornaba;
Y amante vino á ser de su enemiga.

»De alheña, y lirios y azuzena, y rosas
Que en aquel prado ameno florecían,
De un nuevo modo juntas, entretege,
Blandá sí, pero fuerte una cadena,

Que le echó al cuello, y á los pies y brazos.
Así le ató, y le puso entre prisiones,
Y sobre un carro suyo mientras duerme
Le hace poner, y rauda el viento sesga.

No de Damasco al reino se dirige,
Ni á su castillo en medio de las aguas;

Mas de tan cara presa ántes celosa,
Y avergonzada de su amor, se oculta

En el Océano inmenso, á dó algun leño
Muy rara vez ó nunca de acá llega,

Perdiendo esto de vista. Allí ésta tiene:
Para recreo suyo solitario

Una isla de nombre *Afortunada*
Con las otras que están á ella vecinas.

Aquí pues ella á una montaña sube
Desierta y llena de espantosas sombras,

Que por encanto cubre sus laderas
Y su falda de nieve: mas la cima

Libre de ella la deja hermosa y verde,
Y allí un palacio tiene junto á un lago,

Donde en eterno Abril, muelle amorosa
Vida pasa con ella el caro Amante.

»De prision tan remota y escondida
Sacar debeis al tierno y jóven héroe:

Y vencer de la tímida y zelosa
 Las guardias que custodian monte y cumbre;
 Pero no faltará quien os dirija,
 Y quien armas os dé para la empresa.
 Á la salida encontraréis del río
 Una muger de edad, que al verla es jóven;
 Y la conoceréis por el cabello
 Rizado y largo, y trage en mil cambiantes.
 Ésta por alta mar debe llevaros
 Muy mas veloz que el Águila ligera,
 Y aun mas que el rayo mismo: y será guia
 No menos fiel cuando querais volveros.
 Donde la Maga habíta, al pié del monte,
 Silvando estrañas Sierpes arrastrarse,
 Y Javalíes herizar su espalda,
 Y abrir gran boca los Leones y Osos
 Vereis: mas sacudiendo mi varilla
 Temerán acercarse á donde suene.
 Despues mucho mayor, si bien se juzga
 En la cima hallaréis otro peligro.
 »Nace una fuente allí de agua tan clara
 Que sed despierta en todo el que la mira:
 Pero entre sus cristales tiene oculta
 De un tósigo mortal virtud secreta.
 De sus aguas el mas pequeño sorbo
 Alegrementemente el ánima embriaga;
 Luego á reir obliga, y tanta risa
 Se apodera, que al fin á matar llega.
 Lejos huid la desdeñosa boca
 De tan malignas homicidas aguas.

Ni en verde yerba las viandas puestas
 Os tienten, ni doncellas engañosas
 Que os hablarán con voz tierna y lasciva,
 Y aspecto dulce que acaricia y ríe:
 Mas vosotros sus dichos y miradas
 Despreciando, en palacio entráos pronto.

»Éste está de murallas circuido
 Que forman calles mil incomprensibles:
 Pero un plano os daré tan bien marcado
 Que no podreis errar con solo verle.
 Un jardin hay del laberinto en medio,
 Dó respiran amor sus hojas todas;
 Y allí en lecho de blanda y tierna yerva
 Yacerán la Doncella y Caballero.
 Luego pues, que dejando al caro Amante
 Sus pasos á otra parte ella dirija,
 Os descubris á él; y un diamantino
 Escudo presentadle que he de daros,
 Para que en ese espejo su faz véa
 Y el trage afeminado que le adorna:
 Puede que á vista tal avergonzado
 El vil amor arroje de su pecho.

»Nada mas que añadiros ya me queda,
 Sino que podréis ír harto seguros,
 Y penetrar de la intrincada estancia
 Las mas internas y secretas partes;
 Que á mágico poder le es imposible
 Impediros el paso ó deteneros;
 Ni aun podrá (tal virtud ha de guiaros)
 Prever Armida la llegada vuestra.

Ni de su habitacion, menos segura
 Os ha de ser despues vuestra salida:
 Mas ya es de dormir hora; que mañana
 Debereis con el dia levantaros."

Así les dijo; y luego los conduce
 A dó reposo hubieran en la noche,
 Pensativos dejándolos y alegres;
 Y á su estancia el Anciano se retira.

FIN DEL CANTO DÉCIMOCUARTO.

CANTO DÉCIMOQUINTO.

Y a la naciente aurora convidaba
 Á los vivientes todos al trabajo,
 Cuando fue el Sabio á ver á los guerreros
 Llevando el plano, escudo y la varilla.
 «Aprestaos, les dice, al gran viage
 Antes que al orbe mas el dia alumbre.
 Lo que ofrecí aquí teneis; y basta
 De la Maga á vencer todo su encanto.”
 Salido habian ya, y á los robustos
 Miembros ceñido las brillantes armas,
 Y el camino tomado tenebroso,
 Al buen viejo siguiendo por las propias
 Pisadas que al venir ímpreso habian,
 Cuando al alveo llegando ya del río:
 «Á Dios amigos, dice, andad felices.”
 El rio los recibe, y en sus ólas
 Suavemente los suspende y lleva
 Como suele elevar hoja liviana
 Que al hondo con violencia fue impelida,
 Y blandamente los dejó en la márgen.
 Vieron allí la prometida escolta
 De la doncella que guiarlos debe:
 Largo tiene el cabello, y sus modales

Muy afables pacíficas y urbanas,
 Y á un ángel en su rostro se asemeja
 Segun la mucha luz y sus destellos.
 Ora azul ora rojo de su ropa
 Creyeras el color, tanto varía
 Cada vez que á mirarla un hombre vuelve:
 Como pluma tal vez que de galante
 Amorosa paloma el cuello ciñe,
 Del color que es en sí jamas se muestra
 Que el Sol la pinta de colores varios:
 Ya un collar asemeja de rubies,
 Ya la luz finge de esmeralda verde,
 Ya en fin los une á un tiempo, y varia, y bella
 En modos mil deleita al que la mira.

»Venturosos: entrad en esta nave,
 Dice, dó paso el grande mar segura;
 Todo viento es en popa; las tormentas
 Bonanza son, y leve una gran carga.
 Á llevaros me envia y dirigiros
 Mi Señor que en favores no es escaso.»

Así habló la muger; y sin demora
 El pino cóncavo atracó á la orilla,
 Y apenas los guerreros tiene á bordo
 Contra la tierra bota, y leva el áncla,
 Y las velas al viento habiendo dado
 Toma el timon, y el rumbo ella dirige.
 Tánto el río creció, que bien podria
 Sostener con su fondo un gran navío,
 Cuanto mas que esta nave es tan liviana,
 Que un corto arroyo sustentarla puede.

De hácia la playa el viento hinche las vela
Y la aparta veloz sobre natura.

Canosa espuma ya blanquea el agua,
Y atrás hendida murmurar se siente;
Llegando al fin á donde el río en lecho
Mayor reposa sus corrientes ólas,
Y en sumidero inmenso del mar vasto
Se confunde, se pierde, y desaparece.

Apenas toca la admirable nave
Del encrespado mar la primer agua,
Calma el noto y disípanse las nubes:
Que amenazaba todo gran tormenta;
Suaviza el aura las montuosas ólas
Y mueve un poco su ceruleo seno,
Y apacible y sereno el cielo ríe
Con claridad que nunca se habia visto.

Lejos vá de Ascalona; y á la izquierda
La navecilla anduvo hácia poniente,
Y á Gaza pronto se encontró inmediata:
Puerto suyo fue solo en tiempo antiguo,
Mas sobre sus ruinas fue creciendo
Y ciudad opulenta llegó á hacerse.

Tan llena estaba de hombres la marina,
Que á los granos de arena igualan casi.
Los navegantes ven mirando á tierra
Infinidad de tiendas de campaña,
Muchos ginetes, y peones muchos
Ir y venir de la ciudad al muelle:
De cargados Camellos y Elefantes
Ven la arenosa senda muy hollada.

Ancladas naves en el puerto miran;
Otras isar las velas; y á los remos
De otras tender los vigorosos brazos;
Y de remos y proas combatido
Acá y allá espumar el blando ponto.

La que los guia dijo: »Aunque tan llenas
Están la tierra y mar de estos infieles,
No tiene sin embargo todas juntas
Sus infinitas tropas el Tirano.
Del reino son de Egipto estas tan solo
Y espera muchas mas de lejas tierras;
Que hácia el oriente y mas el mediodia
Su vasto imperio mucho se dilata.
Mas yo espero que vuelta habremos dado
Ántes que mueva alguna de sus tiendas
Él ó el que en su lugar mandando fuere.»

Mientras dice esto: como entre otras aves
Suele pasar el Águila segura,
Y en alto vuelo al Sol tanto acercarse,
Que ya la vista apenas la distingue;
Así volar su nave parecía
Entre los demas buques sin recelo
De hallar quien la detenga ó le dé caza.
Lejos de ellos ya están, y en un instante
De Rafia á las murallas van llegando,
Ciudad primera que halla en el Asiria
El que viene de Egipto: pasan luego
Las estériles costas de Rioncera:
No muy lejos despues miran un monte
Que abanza sobre el mar su enhiesta cima,

El pié se lava en las instables ólas,
Y de Pompeyo las cenizas guarda.
Á Damietta ven luego: y cómo lleva
Al mar tributo del humor celeste
Por siete bocas anchas el gran Nilo,
Y por cien mas que son mucho menores.
Mas allá encuentran la ciudad que el magno
Griego fundó para habitantes griegos:
Despues á Faro, que otro tiempo isla
Era, mas ya está unida al continente:
Roda y Creta distantes hácia el polo
Se ocultan á su vista; y van pasando
El África, feraz hácia sus costas,
Y en lo interior produce solo monstruos.
La Marmárica pasan: luego en donde
Cinco ciudades hubo de Cirene:
Á Tolomita: y en durmientes aguas
Miran correr el fabuloso Lete.
Toman altura huyendo los escollos
De la gran Sirte infausta al navegante;
Y de Judéa atrás el cabo dejan,
Y el estrecho de Magra pasan luego.
Dan á Trípoli vista, y á otro lado
Oculta yace entre las óndas Malta:
Queda á la espalda con las otras Sirtes
Que habitaron leotófagos la Alcerbe,
Allá en una ensenada se vé Tunez,
Que una montaña tiene á cada lado;
Tunez mas rica capital que cuantas
Ciudades Libia en su distrito cuenta.

Miran hácia otro lado la Sicilia,
Y alza la frente el alto Lilibéo.

Aquí á los dos guerreros muestra el sitio
Su conductora donde fue Cartago.

Ya Cartago dió fin: señal apenas

En la playa se vé de sus ruinas:

Mueren los reinos, mueren las ciudades,

Su pompa y fastos yerba y tierra cubren:

¡Y de nacer mortal se indigna el hombre!

Oh! mente nuestra loca y orgullosa!

Á Biserta llegaron; y mas lejos

Ven la isla de Cerdeña al otro lado.

Los llanos pasan donde los numidas

Errantes anduvieron de pastores;

Y á Bugía, y Argel infames nidos

De corsarios; y á Oran mas adelante.

La Tingitania playa van costeando,

Que produce Elefantes y Leones,

Y hora es reino de Fez y de Marruecos;

Y al de Granada á su derecha dejan.

Llegan ya á donde el mar la tierra inunda

Por camino que dicen abrió Alcides;

Y acaso es cierto que seguido un monte

Fuese que algun trastorno dividiera,

Y rompiendo de océano las ólas

Ábila y Calpe donde están pusiese,

Y angosto foso hendió la Esperia y Libia.

¡Tánto el transcurso puede de los siglos!

Cuatro veces el Sol había nacido

Desde que navegando vá la nave,

Sin que arribado hubiera á puerto alguno
En tan largo camino como lleva.

Llega al estrecho y pásalo al instante,
Y engólfase en el piélagó infinito.

¿Si aquí es tan grande el mar donde la tierra
Lo circunscribe, qué será en su seno?

La fértil Gades ya y pueblos vecinos
Entre elevadas ólas desaparecen:

Huye la tierra toda, y toda playa,
Y el cielo y agua su horizonte cierran.

Dice entonces Ubaldo: »Tú que á este
Mar que no tiene fin nos has traído;

Dínos, si alguien jamas aquí ha llegado,
Ó si mas adelante en ese mundo

A donde vamos habitantes se hallan.»

»Después que Hércules, dice, todo monstruo
Mató de Libia y el país hispano,

Y que corrió y venció el suelo vuestro,
No osó arrojar al océano undoso;

Límites prefijó, y en corta esfera
El ingenio y valor dejó cerrados:

Mas de ellos fue despreciador Ulises
Que ver mas deseaba y saber mucho.

Las columnas pasó, y por el grande
Mar despelegó bogando su audaz vuelo;

Mas no le valió ser práctico insigne,
Por que la mar voraz llegó á tragarlo,

Y este gran caso con su cuerpo oculto
Quedó, que entre vosotros no es sabido.

Si otros tal vez los vientos arrojaron,

Ó perecieron, ó jamas han vuelto.
 Así el mar que surcais, desconocido
 Es, y lo son mil reinos y mil islas,
 Que de habitantes se hallan bien poblados,
 Y cual los vuestros son tambien muy pingües;
 Que un terreno ser árido no puede
 Dó la virtud del Sol influye tanto.

Pregunta Ubaldo entonces. »¿De ese mundo
 Cual es la religion? cuales las leyes?»
 Y ella responde. »En los diversos púeblos
 Hay varios ritos, hablas, y costumbres.
 Unos adoran bestias, al Sol otros,
 Otros la madre tierra, ó las estrellas;
 Y entre ellos hay quien de manjar horrendo
 Sangre humana sus mesas amancilla.
 En fin todo el que habita acuende Calpe
 Es hora infiel y bárbaro en costumbres.»

»¿Luego aquel Dios, replica el Caballero,
 Que descendió á dar luz á los mortales,
 Quiso encubrir sus rayos á este mundo
 Que del todo tan gran parte compone?»

»Nó, responde ella, que la fé de Cristo
 Les será conocida y vuestras ciencias;
 Ni este camino largo, ha de ser siempre
 Quien de veros los prive y de trataros;
 Fábula despreciable al navegante
 Las colunas serán del grande Alcides,
 Los mares que ahora están sin nombre y reinos,
 Famosos han de ser entre vosotros.
 Tiempo vendrá, que el mas osado buque

Cuanto circunda el mar registre y corra,
Y de la tierra, que la inmensa mole,
Del Sol en competencia, mida ufano.

»Uno de la Liguria tendrá aliento
De esponerse el primero al curso ignoto:
Ni el rechinar de vientos furibundo,
Ni el clima incierto y mar desconocido,
Ni el peligro mayor que hallarse pueda,
Por mas grave que sea y mas tremendo
Harán que el Ánimoso en los confines
De Ábila angostos su alma grande encierre.

Tú Colon, volarás á un nuevo polo
Tan remoto con nave venturosa,
Que el vuelo apenas seguirá la vista
De la fama que calza álas ligeras.
Cante ella á Baco, cante al grande Alcides,
Que á tu gloria es bastante el que la apunte;
Y eso poco dará materia larga
Para un digno poema y para historia.»

Así ella dice; y por undosa via
Corre á poniente, y hácia el sur un tanto;
Ante sí viendo el Sol cuando se acuesta,
Y por su espalda el dia cuando nace.
Al punto en que sus rayos y el rocío
La aurora bella iba sembrando en torno,
Un monte oscuro lejos descubrieron
Que su frente en las nubes escondia.
Mientras se acercan mas, le vén mas claro,
Que se iba disipando aquella niebla.
Y una aguda pirámide parece

Por medio gruesa, aguda hacia la cima,
 Y humo venle arrojar de cuando en cuando
 Como aquel que á Encelado está oprimiendo,
 Pues huméan de dia sus vapores,
 Y la noche sus fósforos alumbran.
 Otras Islas descubren y montañas
 Que no tan altas son, ni tan fragosas;
 Y estas las islas Fortunadas eran.
 Así á la antigüedad llamarlas plugo,
 Á quien hacian tan propicio cielo
 Que sin cultivo alguno ellos creían,
 Daba frutos la tierra muy copiosos,
 Que de Olivo la flor nunca engañaba,
 Y miel decian destilar el roble;
 De sus montes bajar grandes arroyos
 Con agua dulce y murmurar suave;
 El zéfiro y rocíos, los estivos
 Rayos templar sin que el calor moleste;
 Y aquí Campos Eliseos y morada
 De las beatas ánimas pusieron.

»Ya estais muy cerca, la Doncella dice,
 De terminar este viage largo:
 De la Fortuna estais viendo las islas
 De quien la incierta fama os mintió mucho:
 Fecúndas, es verdad: que son y hermosas,
 Pero á lo cierto mucho falso unieron.”

Hablando así; llegaban ya cercanos
 De la primera de las diez que se halla:
 Y asi habla Carlos. »Si la gran empresa,
 Doncella, á dó nos guias lo permite,

Déjame el pié poner en este suelo,
Y esas playas pisar desconocidas,
Sus gentes conocer leyes y ritos,
Y ver cuanto me envidie todo Sabio
Al oírme contar cosas tan raras,
Y decir: yo lo ví, yo mismo estuve."
Ella le respondió: «Digna es por cierto
De tí la pretension: mas no es posible;
Que el decreto del cielo inviolable
De tan bellos deseos es contrario.
El término que Dios prescrito tiene
Para el descubrimiento no es cumplido"
Ni del océano grande aun os es dado
Llevar noticia cierta al mundo vuestro.
Por gracia singular, por estas aguas
Navegar se os concede fuera de úso,
Y la tierra pisar dó esta el Guerrero,
Y conducirle al vuestro continente.
Contentáos con esto; que otra cosa
Fuera oponerse al hado, é irritarle."

Calló en esto: y mas baja parecía
La primer Isla, y la otra irse elevando.
Háceles ella ver, que hácia el oriente
Todas en larga fila están situadas
Á distancias iguales una de otra.
De habitadora gente, en siete de ellas
Se ven vestigios casas y labores;
Las otras tres desiertas, y á los brutos
Dánles espesos bosques sus guaridas.
De estas tres una tiene oculto sitio

Donde la playa una ensenada forma,
Que al abrigo la pone un gran collado,
Oponiendo hácia el mar el ancha espalda,
Donde las ólas á estrellarse vienen.

Á un lado y otro se alzan dos peñáscos
Que de señal al navegante sirven.

En silencio á sus pies reposa el agua
Entre selvas oscuras que la cercan;

Y en lo mas retirado hay una gruta
Con agua dulce entre la yedra y sombras.

Ni se gastan amarras, ni con fuertes
Nudós aquí jamas se aferró nave.

En tan tranquilo y solitario sitio
Velas arriando la Doncella entraba:

»Mirad ese edificio, despues dice,
Suntuoso que está en el alta cima;

Allí en banquetes, y ocio, y devanéos
Yace el invicto Campeon Cristiano.

Cuando os alumbre el nuevo sol naciente
Por esa cuesta arriba ireis subiendo.

Ni os moleste aguardar; por que sería
El lanze malogrado á toda otra hora.

Bien con lo poco que aun el dia alumbra
Llegar podreis al pié de la montaña.»

El consejo tomando de su guia
El pié pusieron en la ansiada arena,

Y la senda encontrando que les dijo,
Sin obstáculo alguno la siguieron:

Mas llegados al fin; del grande océano
Distante aun de Febo el carro estaba.

Por entre rocas miran, y entre escombros
Que á la elevada cima se subia;
Y que hasta allá de nieves, y de nieblas
Lleno estaba el camino; pero en lo alto
Prados ríen frondosos y apacibles,
Sin que el hielo marchite al lirio tierno
Ni á la rosa lozana: ¡tanto pueden
Sobre natura el arte y el encanto!
Los dos guerreros en lo mas fragoso
Se detienen y espeso al pié del monte;
Y así que el sol con nuevo rayo el cielo
Bañó en la eterna fuente de luz de oro:
Vamos esclaman ambos; y el viage
Tornaron á empezar con planta osada:
Mas se atraviesa, sin saber por donde,
Á defender el paso un monstruo horrendo;
De amarillas escamas la cabeza
Enhiesta llena, y de ira el cuello inflado;
Fuego sus ojos lanzan, y el camino
Ocupa todo el vientre; y venenoso
Humo respira: ya se vé encogerse,
Ya estenderse y lanzarse á todos lados.
Tal se presenta al paso que custodia;
Empero no detiene á los guerreros.
Carlos espada en mano al monstruo ataca;
Pero el otro le grita: «¿Qué es lo que haces?
¿Piensas con el valor, y con tu acero
La Serpiente vencer que te acomete?»
Y la vara inmortal aurea sacude
De suerte que el vestiglo bien la oyera;

Y á su cimbrar huyó despavorido
Á esconderse, dejando el paso libre.
Un poco mas arriba los asalta
Un rugiente Leon con torbos ojos,
La gueveja herizada, y de la boca
Voraz mostrando la caberna horrible;
Con la cola se azota, y su íra enciende:
Mas no bien se le muestra la varilla,
Cuando un temor oculto le congela
Su natural ardor, y huir le hace.
Su camino veloces los dos siguen,
Y á oponérseles viene horrenda hueste,
De animales guerreros con diversas
Voces y movimientos, y posturas.
Cuanto hay de mas feroz y monstruoso
Entre el Nilo y los términos de Atlante,
Aqui aparece junto, y cuantas fieras
Hay en ircanas selvas y en la Ercinia:
Mas ni tan fiero egército y tan fuerte
Tampoco los contiene ni resiste,
Y por nuevo prodigio es puesto en fuga
Con un corto ruido y breve vista.

Ya los dos victoriosos, del gran monte
Subido habian la anchurosa espalda
Sin mas estorbo que lo helado y crudo
De un camino tan áspero y quebrado:
Mas despues que las nieves traspusieron,
Las intrincadas breñas, y pendiente,
Templado cielo y primavera dulce
Hallaron en la cima, y ancho campo,

Dó el aura fresca, y olorosa siempre
Con soplo igual continuo se respira,
Porque jamas el Sol llega á alterarla;
Ni alternan, como suele en otras partes,
Frío y calor, serenidad y nubes,
Sino que el cielo de esplendor muy albo
Siempre se llena, y no de ardor, ó invierno:
Yerba los prados dan el año todo
Y las flores olor, y el árbol sombra.
Junto á un lago el palacio, por dó quiera
Los montes y los mares predomina.

Los caballeros fatigados algo
Por el camino estaban trabajoso,
Y así despacio por aquella senda
Deliciosa se mueven y se paran;
Cuando una fuente encuentran que les brinda
Á refrescar el ardoroso labio
Formando alta cascada, y por ocultas
Sendas regando la frondosa yerba,
Y reunida despues, por verde orilla
Forma un arroyo alegre y abundante,
Que por la sombra de perpetuas hojas
Fresca murmura, y deleitosa corre
Tan clara y transparente, que ni oculta
Belleza alguna del distante fondo:
Yerba y flores sus márgenes guarnecen,
Un mullido formando y fresco lecho.

»Vé aquí, dicen, la fuente de la risa
Y el arroyo que encierra eternos males:
Freno poner á los deseos nuestros

Conviene, y cautos ser en gran manera.
Cerremos el oído al dulce canto
De estas falsas Sirenas engañosas.”
Anduvieron así, hasta dó el río
Se ensancha mas y forma un lago bello.
Allí á su orilla, de preciosa y rica
Comida, mesas puestas encontraron;
Y retozando por el agua clara
Dos doncellas parleras y lascivas,
Ya el rostro se salpican, y ya apuestan
Á nadar mas veloz hasta tal sitio:
Zambullen; la cabeza y las espaldas
Al fin de la carrera descubrian.
Las nadadoras bellas y desnudas,
Los pechos fuertes de los dos guerreros
Movieron, y á mirarlas se detienen,
Sin que sus juegos ellas interrumpian.
Alzose en tanto la uva, y el pecho albo
Con cuanto puede mas cebar la vista,
Sacó del lago, descubierto al cielo,
Y el resto como un velo el agua oculta.
Cual de las óndas matutina estrella
En rocío bañada se levanta;
Ó bien como de espumas del Océano
Al tiempo de nacer de Amor la Diosa:
Tal pareció, su cabellera rubia
Mucho humor destilando cristalino.
Vuelve por fin los ojos, y aparenta
Ver á los dos; y al punto se recata.
Tenía en la cabeza el pelo atado

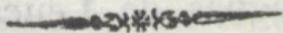
Con solo un lazo y le soltó al momento,
El cual muy largo abajo cayó libre
Cubriendo el marfil tierno en aureo manto.
¡De qué bello espectáculo los priva!
Mas quien los priva no es menos hermoso;
Con el cabello así, y agua encubierta,
Leda tornose, y ruborosa luego:
Á un tiempo se reía y sonroseaba,
Y es su reir mas lindo al sonrosearse,
Y mas es con la risa el color bello
Que estendido tenia en todo el rostro.
Su voz se oyó despues tan tierna y dulce
Que á cualesquiera otros conquistára:
»Peregrinos dichosos: á quien dado
Á esta mansion feliz llegar, ha sido;
Este es puerto del mundo, y dó el reposo
De sus pasadas penas se consigue
En el placer viviendo, que otro tiempo
Gozó libre en la edad de oro la gente.
Esas armas que hasta hora tan precisas
Os fueron, ya podeis dejar seguros,
Y en esta sombra al ocio consagrarlas;
Que aquí de amor sereis solo guerreros,
Y el campo de batalla os será dulce,
Que es blando lecho de frondosa yerba.
Á la real presencia os llevaremos
De la que hace á sus siervos venturosos,
Y del pequeño número escogido
Sereis, que ella destina á sus delicias:
Pero tened á bien ántes bañaros

En el lago, y comer en esta mesa."

Así dijo la una: y la otra acorde
Con miradas y acciones la acompaña;
Como al vibrar de las sonoras cuerdas
Lleva el compás el pié pausado ó vivo.
Mas de los caballeros, insensibles
Las almas son á pérfidos alhagos,
Y el lisongero aspecto y hablar dulce
Sus sentidos alhaga mas no interna:
Y si de tal dulzura alguna parte
Penetra á dó se sienten los deseos,
La razon al momento con sus armas
Arroja y borra su pasion naciente.
Quedan burladas y vencidas ellas,
Y ellos sin saludarlas se retiran,
Entran en el palacio; y en el agua
Despechadas las otras se zambullen.

FIN DEL CANTO DÉCIMOQUINTO.

CANTO DÉCIMOSEXTO.



Círculo grande el edificio forma
 Y un jardín tan hermoso hay en su centro,
 Que nadie que le iguale vió ninguno.
 En su circunferencia corredores
 Muy confusos han hecho los demonios,
 Y es preciso pasar por estas calles
 Incomprensibles para que á él se llegue.
 Por la entrada mayor, pues tiene ciento,
 Los Guerreros llegaron; y sus puertas
 Argentinas en quicios de oro fino,
 Por sus gravados la atencion les llaman,
 Que aun mas que el material es el trabajo.
 Solo el hablar les falta á sus figuras;
 Y ni éste falta si á los ojos créas.

Allí entre las criadas de Meonia
 Contar cuentos hilando se vé Alcides.
 Si el infierno domó, y sostuvo el cielo,
 Tuerce hora el huso: Amor le vé y se ríe.
 A Yola se vé con débil diestra
 Por mofa alzar las armas vencedoras
 Y del Leon la piel cubrir su espalda,
 Burdo vestido en delicados miembros.
 Á otro lado hay un mar, y en canas ólas

Vense espumando los cerúleos campos.
Dos escuadras en línea de combate
Se ven en medio y fulgurar sus armas:
Las fucilantes aguas de Leucate
Arder parecen en marcial incendio.
Augusto á un lado manda los romanos,
Á otro, Antonio, indios árabes y egipcios.
Las Cicladas nadando figuraban,
Ó bien de dos montañas fiero choque;
Tal el ímpetu es con que unos y otros
En torres de madera se acometen:
Volar dardos y flechas, y de infaustos
Estragos todo el mar se vé cubierto:
Y cuando la victoria está indecisa
Huir se vé la bárbara Cleopatra;
Huye Antonio, y renuncia del imperio
La esperanza del mundo que pretende.
Mas no huye, ni teme este animoso,
Tras la otra vá, que en pos de sí le arrastra;
Y se parece á un hombre que bramando
De amor á un tiempo, de íra y de vergüenza,
Alternativamente la lid mira
Que aun es dudosa, y el navío que huye;
Y aguardando aparece en brazos de ella
La muerte en lo que oculta mas el Nilo,
Y él contemplando su hermosura rara
Dulce hace en parte su mezquina suerte.
De historias tales las reales puertas
Adornadas estaban del palacio.
Cuando los dos Guerreros ya desvian

De este primor la vista, entraron dentro.
Como el Meandro por oblicuos rumbos
Ya mengua ó crece con inciertos giros,
Ya en una fuente, ya en el mar desagua,
Y sus corrientes topan las que vienen;
Tales, y aun mucho mas incomprendibles
Son estas calles; mas la carta y libro
Que aquel Sabio les dió los ilumina,
Y á la salida oculta los dirige.
Llegando al fin de las confusas calles
Aparece el jardin bello y alegre:
Estanques, arroyuelos, varias flores,
Plantas distintas, y diversas yerbas,
Collados que el sol dora, umbrosos valles,
Selvas y grutas, todo á un tiempo miran:
Pero el primor mayor de tan grande obra
Es que en toda ella el arte no se advierte,
Por que el trabajo unido vá al desgaire,
Y natural se juzga adorno y sitio,
Ó arte mas bien parece de natura
Que por juguete al artificio imita.
Á la Maga obediente el aura blanda
En flor siempre los árboles conserva,
Y con perpetua flor perpetuo fruto,
Que éste sazona cuando el otro brota.
En un mismo árbol y en la propia rama
Sobre un higo naciente se pasa otro.
La dorada manzana está en un ramo
Pendiente con la verde, añeja, y nueva.
La vid lozana su sarmiento estiende

Tortuoso cuando otro vá naciendo;
Juntos tiene el racimo agrio, y dorado,
Y el fresco y el nectar tiene juntos.

El pajarillo alegre entre las hojas
Sus amores gorgéa en canto dulce:
Con las aguas el zéfiro murmura
Las hojas sacudiendo blandamente;
Cuando callan los pájaros, responde;
Y suave las mueve al canto de ellos:
Arte ó acaso séa; él acompaña
Con los versos su música alternando.
Uno entre muchos vuela, con la pluma
De mil colores y encarnado el pico;
Es tan clara su lengua y espedita
Que voz humana y aun hablar parece;
Y en el momento aquel se esmera tanto
En su charlar, que admiracion causaba.
Callan los otros á escucharle atentos,
Y el susurro suspende el aire vago.

»Mira, cantó, como al abrir la rosa,
En su caliz modesta y recogida
Ya verse un poco deja, ya se oculta,
Y mostrándose menos es mas bella:
Ya lozana y abierta su corola
La misma no parece y se marchita;
Ni parece la que ántes codiciada
Fué de doncellas mil, y mil amantes.
Así en pasando un dia, los verdores
Y la flor pasan de esta mortal vida;
Ni aunque mas Abril torne reverdecen.

Cojamos pues la rosa entre las gracias
Matutinas de un dia que se nubla:

Cojamos pues de amor la tierna rosa,
Y amemos mientras somos aún amados."

Calló: y acorde el coro deavecillas
Como aprobando el canto le responde:

La Tórtola redobla el dulce beso;

Anímanse al amor los brutos todos:

Y hasta la dura Encina y Laurel casto,

Y toda la frondosa y verde planta,

Y la tierra, y las aguas parecian

El dulcísimo amor respirar solo.

Entre tan tierna melodia y tantos

Hermosos alicientes y atractivos.

Entran los dos Guerreros, insensibles

Del placer que los cerca á los alhagos;

Cuando al tender la vista, entre las hojas

Ven, ó ver les parece hácia adelante

Al Galan y su amada; y no se engañan.

El está en su regazo, ella en la yerba

Sentada, y por el pecho el velo abierto;

Destrenzado el cabello y suelto al aire.

Lánguida en tal gozar; el bello rostro

Mas y mas brilla en el sudor bañado;

Y cual sol en el agua, centelléa

Risa graciosa en sus lascivos ojos.

Hácia él esta inclinada, y en su pecho

Blando descansa la cabeza el jóven,

Su rostro al de ella vuelto; y sus miradas

Que en ella fija ardientes le consumen.

Con frecuencia se inclina, y dulces besos
 Ella en sus labios y sus ojos liba:
 En tal momento él lanza hondo suspiro,
 Y á unirse al alma de ella vá la suya.
 Todo ocultos lo observan los Guerreros.
 Del lado del Amante ¡arnés extraño!
 Un espejo clarísimo pendia:
 Álzase ella, y en manos de él coloca
 Este fiel confidente de sus gustos;
 Con ojos ella alegres, y él de fuego,
 Un solo objeto en dos objetos miran,
 Espejo suyo Armida al cristal hace,
 Y él hace espejos á los ojos de ella.
 Éste de esclavitud, la otra de imperio
 Jáctanse; en ella él, ella en sí propia.

»Ah! torna, el Caballero le rogaba,
 Torna esos ojos que hacen mis delicias;
 Y es, si tú no lo sabes, el retrato
 De tu hermosura el fuego que respiro,
 Muy mas claro mi pecho tus facciones
 Y hechizos que el cristal te representa.
 Mas ya que no me miras; si cuan bello
 Es almenos tu rostro ver pudieses,
 Que otro objeto no hay digno de tu vista,
 Mirándote á tí misma te gozárás;
 Mas no un espejo dá tan dulce imágen,
 Ni un paraiso cabe en cristal corto:
 Solo el cielo es tu espejo, en las estrellas
 Mirar podrás tu semejanza hermosa.”
 Armida se sonrie al escucharle,

Y á la ocupacion misma luego vuelve.
Sus cabellos trenzó, y aquel desórden
Voluptuoso de ellos acomoda;
Ensortijó rizado el que es mas corto,
Cual oro recamado, prendió flores,
Y en su precioso pecho estrañas rosas
Con sus lises unió, y compuso el velo.
Ni el soberbio Pavon haciendo alarde
Mas ufano despliega ojasas plumas:
Ni aun Iris es tan bella cuando el corbo
Y húmedo pecho espuesto al sol colora.
Sobre todo su adorno brilla el cinto
Que ni aun desnuda suele ella quitarse.
Cuerpo á quien no le tiene dió la magia
Para formarle y darle estraño temple.
Tiernos desdenes, plácidos desvíos,
Caros alhagos, y amorosas paces,
Sonrisas, palabrillas, dulce llanto,
Truncado suspirar, y suaves besos,
Todo en infusion puso, y lo unió todo
Al fuego lento de su ciencia maga,
Y formó de ello este admirable cinto,
Sin que jamas del cuerpo le descina.
Suspendiendo por fin los galantéos
De él se despide, bésale y se marcha.
Acostumbra á salir ella de dia
Para evacuar sus mágicos negocios:
Él se queda; que no le es permitido
Fijar el pié de aquel recinto afuera,
Y vaga entre las fieras y las plantas,

No estando ella, el Amante solitario.
Mas cuando ya la sombra entre el silencio
Á sus hurtos convida á los amantes,
Pasan nocturnas venturosas horas
Dentro de aquel jardin bajo de un techo.

Luego que atenta á ministerios graves
Dejó Armida el jardin y sus placeres;
Los dos que están entre el ramage ocultos
Pomposamente armados se presentan.
Cual corredor fogoso que arrancado
Del fatigoso honor de la victoria,
Y en el ocio lascivo y vil holganza
Vaga en el pasto y caballada suelto,
Si el brillador acero, ó son de trompa
Le despierta; se vuelve relinchando,
La batalla desea y bajo el dueño
Ser chocado y chocar á todo escape:
Tal el jóven se vió cuando en sus ojos
El fulgor de las armas dió improviso;
Su espíritu feroz, marcial y ardiente
Á su brillar al punto se conmueve,
Por mas que en los deleites sumergido
Y adormecido entre placeres fuera.

En tanto Ubaldo se adelanta y pone
Ante él el terso diamantino escudo;
Y él al escudo dirigió los ojos,
Y afeminado cuanto está se mira:
Todo olores lascivos exhalando
Su manto y cabellera; y solo tiene
De guerrero la espada, y no otra cosa,

Que afrentada parece en tanto lujo,
Y está tan guarnecida, que es inutil
Adorno, y no marcial fiero instrumento.
Como aquel que despierta de profundo
Sueño y de largo delirar cansado;
Tal en sí vuelve cuando á sí se mira,
Ni sostener su vista le es posible:
Los ojos baja, y tímidos de tierra
No le permite la vergüenza alzarlos.
Ocultarse quisiera entre las óndas,
Ó en el fuego, ó el centro del abismo.
Ubaldo entonces habla de este modo:

»Toda el Asia y Europa están en guerra;
Quien tiene honor, todo el que á Cristo adora
Hoy en la Ásiria la loriga viste:
A tí Hijo de Bertoldo de aquel mundo
Fuera te tiene el ocio en corto espacio;
Y el mundo todo en armas, á tí solo
No te mueve; que sirves á una Dama:
¿Qué sueño ó qué letargo asoporido
Tu valor tiene ó qué vileza indigna?
El campo te convida y Godofredo;
La fortuna te aguarda y la victoria.
A ser fatal guerrero ven; concluye
La empresa que empezaste; y la infiel secta
Que ya hiziste temblar, caiga oprimida
Al golpe inevitable de tu espada.»
Calló: y el noble jóven quedó un rato
Confuso y sin hablar ni menearse.
Cedió en fin al enojo la vergüenza;

Marcial enojo del honor nacido.
El color de su rostro un nuevo fuego
Mas enciende y abrasa. Los adornos
Vanos é indignos rompe y despedaza
De esclavitud por miserable insignia.
Su partida apresura, y del confuso
Laberinto intrincado salió fuera.

De la puerta real entanto Armida
Muerto yacer advierte el fiero guarda:
Cayó en sospecha, y vió ser harto cierto
Que su amado á partir estaba pronto:
Y le vió ¡fiera vista! al dulce albergue
Presuroso y fugaz volver la espalda.
Gritar quiere: »Cruel! ¿donde me dejas
Sola?" Pero el dolor le impide el paso.
Á la palabra triste, y mas amarga
Á resonar tornó dentro del pecho.
Á su adorado, mísera! le roba
Fuerza y saber mayor que el saber suyo.
Ella le vé, y en vano se propone
Por medio de sus ártes detenerle.
Cuantas palabras murmuró profanas
Tésala maga con su inmunda boca,
Lo que hace detener celestes astros,
Y álmás salir de la prision profunda,
Muy bien sabia, y nada lugar tiene,
Que á su hablar el infierno ni responde.
Deja encantos, y vá á probar si hermosa
Deidad humilde puede más que maga.
Corre: y de honor no cura ni decoro.

Ah! ¿dó están tus jactancias, dó tus triunfos?
Ésta de amor que el dilatado imperio
Con solo un ceño revolvió mil veces,
Y á la par fue el desden, de sus victorias;
Ser quiso amada y despreciar amantes:
A sí no mas se amó, y en cualquier otro
Solo el efecto de sus ojos bellos;
Abandonada, y despreciada ahora
Al que vá huyendo y la desprecia, sigue;
Y adornar con el llanto el don procura
De su belleza que hora vé burlada.
Marcha: y al tierno pié no son estorbo
El hielo y nieve y piso áspero y crudo;
Sus lamentos envia por delante
Y cerca de la playa al fin le alcanza.

Como loca gritaba: «Ó tú, que llevas
Parte de mí contigo y dejas parte,
Ó toma la una, ó deja la otra; ó muerte
Á las dos dales: ay! deten el paso:
Concede oír mis postrimeras voces,
No pido el postrer beso: otra mas digna
Habrá que yo. ¿En pararte qué aventuras?
Ah! negar bien podrás pues que huir puedes.»

Dícele Ubaldo entonces: «Ya es preciso
Que á esperarla, Señor, no te rehuses:
De su hermosura armada, y llanto amargo,
Y de súplicas tiernas ahora viene.
¿Qué mayor lauro, si escuchando y viendo
Á esta Sirena resistirla sabes?
La razon de este modo se acostumbra

Á dominar tranquila las pasiones.”
 Párase el Caballero: y ella llega
 De aliento falta y anegada en llanto,
 Mas que otra alguna desolada y linda
 Al paso que doliente se miraba.

Mírale de hito en hito y nada dice;
 Ora séa pensar, temor, ó enojo:
 Él no la mira, y si á mirarla llega
 Es rara vez, de paso, y cual corrido.
 Como diestro cantor que ántes que en alto
 Suelte al canto la voz del todo clara,
 Los ánimos prepara á la armonía
 Con dulce preludiar en bajo tono:
 Así ésta en medio de su amarga pena
 Sus fraudes y artificios no olvidando,
 Hace breve preludio de suspiros,
 Para ablandar el alma donde quiere
 Sus voces imprimir y sus palabras.
 Luego empieza:

»No esperes que te ruegue,
 Cruel, como un amante hace con otro.
 Ah! lo fuimos un tiempo! y si lo niegas;
 Ó la memoria de ello te es odiosa,
 Como enemigo escúchame á lo menos,
 Que al enemigo suplicar se escucha:
 Bien que lo que yo pido es tal, que todo
 Lo puedes conceder y estar airado.
 Si me aborreces, y eso te complace,
 Yo no me opongo; de ese placer goza;
 Si así te lo parece, justo séa:

También yo un tiempo la cristiana gente
 Odiaba, no lo niego, y á tí mismo,
 Nací pagana; me valí de ardidés
 Á fin de destruir el vuestro imperio:
 Te perseguí, te aprisioné, y remoto
 De las árnas te trage á ignoto clima.
 Añade aun á esto lo que á mayor daño
 Tienes y afrenta. Yo te he seducido;
 Yo te inspiré el amor, el amor nuestro:
 Criminal seductora; de mis gracias
 Te permití coger la flor primera;
 Tirano te hice al fin de mi hermosura,
 Y la que fuera á mil negada en premio
 Vine á ofrecer en don á un nuevo amante.
 »Atribúyase todo á fraudes mias,
 Y tanto puedan para tí mis culpás,
 Que desde aquí te partas: ni te acuerdes
 De este albergue que un dia te era dulce.
 Vete: pasa la mar: lidia; trabaja
 Destruye nuestra fé, yo te doy priesa:
 ¿Mas cómo nuestra? fiel á tí tan solo
 Soy, que aun eres, cruel, ídolo mio.
 Concédeme tan solo el que te siga,
 Que entre enemigos es demanda corta:
 El robador no deja atrás la presa:
 Á dó vá el vencedor lleva al vencido.
 Véame el campo entre despojos tuyos,
 Y esta victoria añádese á tus fastos;
 La que ántes burladora, hora burlada
 Despreciada de todos séa mofa.

Doncella despreciada ¡á qué elucabello
 Conservar, ya si tú de él no haces caso?
 Le cortaré: al título de esclava
 Trage servil que le acompañe quiero.
 En el mayor ardor de los combates
 Y entre enemiga turba he de seguirte;
 Valor tengo y esfuerzo suficiente
 Para llevar tus armas y caballos.
 Tu escudero seré: seré tu escudo:
 Despreciaré mi vida en tu defensa;
 Por este pecho y mi desnudo cuello
 Ántes que á tí traspasarán las armas.
 Puede que no haya bárbaro tan crudo
 Que á costa de mi herida herirte quiera;
 Y el placer sacrifique de vengarse
 Á esta beldad que está tan abatida.
 Miserá! ¡y aun presumo; y aun me jacto
 De burlada beldad que nada alcanza?..."

Seguir queria; y la interrumpe el lloro
 Que cual fuente en los Alpes así corre.
 La diestra, ó manto asirle ella procura
 Con humilde ademan; y él se retira,
 Resiste, y vence; y puerta hallan cerrada
 El amor al entrar y al salir llanto.
 Á renovarse amor no entró en su pecho
 Que apagó la razon la antigua llama:
 Entra, sí, la piedad por compañera
 Honesta del amor; y en tanto grado
 Le llegó á enternecer, que ni podia
 Á duras penas contener el llanto:

Mas sufocó allá dentro el tierno afecto
Cuanto es posible; serenó el semblante,
Y le responde:

» Armida: mucha pena
Me das; si yo pudiese te librára
Del amor que en mal punto por mí hubiste.
No te odio yo, ni quejas de tí tengo,
Ni en la venganza pienso ni en ofensas:
Ni eres esclava, ni enemiga mia.
Errastes, es verdad, y aun te escediste
En los afectos del amor y el odio:
Mas culpas son humanas y frecuentes.
Te disculpan tu ley, tu sexo y años.
Aun yo falté contigo. ¿y si á mi mismo
Me perdono cómo he de condenarte?
Lugar tendrás en mi memoria siempre
Ora infeliz ó venturoso séa:
Seré tu amante en cuanto no se oponga
Al honor, á la fé y guerra del Asia.
Fin aquí tengan yá las faltas nuestras;
Nuestra conducta vergonzosa abjura;
Y en este inhabitado fin del mundo
Quédese su memoria sepultada.
Estos hechos no mas son de los míos
Los que ocultar quisiera á mi emisferio.
Ni este borron permitas que mancille
Tu beldad, tu valor, tu real sangre.
Me voy: quédate en paz; que no consiente
Quien me conduce el que conmigo vengas.
Quédate, ó vé feliz por otra via,

Y como sabia arregla tus acciones."

Así el Guerrero dice: y ella entanto
Está agitada, inquieta y vagarosa.

Queda al pronto suspensa; pero luego
Mirándole con ceño al fin prorrumpe:

Nó: ni Sofia te dió á luz, ni sangre

Tienes Estense tú: de la onda cruda

Del mar, ó helado Cáucaso naciste,

Y la teta mamaste á Tigre ircana.

Á qué es fingir? impio! ni una leve

Señal de ser sensible ha demostrado.

¿Mudó tal vez color? al ver mis penas

Una lágrima echó, lanzó un suspiro?

Repetir cuanto dijo no es posible.

Me ofreció ser mi amante y me abandona:

Como gran vencedor, del enemigo

Las ofensas perdona, y las olvida.

Cual austero filósofo aconseja:

¿Como habla del amor! Oh cielo! Oh Dioses!

¿Por qué impíos sufrís, y lanzais rayos

Contra las torres y los templos vuestros?

Anda vete, cruel, con la paz misma

Que á mí me dejas: vete, vete inicuo;

Pero pronto mi espíritu, mi sombra

De contino tendrás ante tus ojos.

Nueva furia con hacha, y con serpientes

Cuanto te amé, así he de perseguirte:

Y si del mar y escollos el destino

Libre te lleva de batalla al campo;

Bañado allí en tu sangre, entre los muertos

De tí me vengaré, Guerrero impío.
 A Armida por su nombre en los sollozos
 Postreros llamarás: yo espero oírte....."

Aquí á la triste le faltó el aliento;
 Ni la postrer palabra espresó toda,
 Y cayó como muerta, y sudor frío
 La cubría, y cerráronse sus ojos.
 Se cerraron, Armida; el cielo avaro,
 De tus martirios te envidió el consuelo.
 Abrelos infeliz; y el llanto mira
 De los ojos correr de tu enemigo.
 Oh! si oírle pudieses! cuál tus penas
 Su tierno suspirar minoraría!
 Ah! cuanto le es posible, (y no lo creés)

Lastimoso te mira al despedirse.
 ¿Que debe hacer? sobre la fría arena
 Así entre viva y muerta ha de dejarla?
 La piedad le detiene y cortesía;
 Pero le arrastra precision mas dura.

Parte: y en leves zéfiros fluctuante
 La cabellera está de su Guia jóven.
 Vuela tendida la dorada vela,
 Y él á la playa que se oculta, mira.

Cuando ella en sí volvió, desierto y mudo
 Cuanto la vista alcanza mira en torno.
 »Se fue, dice, por fin. ¿Él ha podido
 Casi muerta dejarme en esta arena?
 Ni se detuvo un punto? ni socorro
 Me dió el traidor en tan extremo caso?
 ¿Y puedo amarle aun? ¿y en este suelo

Sin vengarme me quejo y en la inercia?
 ¿Á qué el llanto? no tengo yo otras armas,
 Y otras artes? Siguiendo iré al impío;
 Que del abismo ni en lo mas oculto
 Asilo ha de encontrar, ni aun en los cielos.
 Ya llégo á el, le cojo y ya le arranco
 El corazon para ejemplar de impíos.
 Me enseñó á ser cruel; quiero escederle
 En su arte. Mas dó estoy? que es lo que hablo?
 Misera Armida! cuando aquí entre hierros
 Tenias al cruel, debiste entonces
 Ensangrentarte en él: pero este enojo
 Tarde en iras inútiles te inflama.

Mas si hermosura y arte nada pueden,
 No á mis deseos faltaran arbitrios:
 A mi beldad que ha sido la ofendida
 Corresponde tomar venganza cruda:
 Ella ha de ser el premio del que corte
 La execrable cabeza del Impío.
 Fuertes amantes míos: se os presenta
 Una empresa difícil pero digna;
 Yo que debo heredar riquezas grandes
 El galardón seré de una venganza.
 Si á este precio comprada ser no alcanzo,
 ¿Qué el ser bella me sirve? Por inutil
 Este don infeliz renuncio: y odio
 El ser reina; y vivir tampoco quiero,
 Ni haber nunca nacido: de vengarme
 La esperanza es tan solo quien me alienta."
 Así en voces se queja interrumpidas,

Y huyendo vá de la desierta playa
Esparcido el cabello, y con los ojos
Desencajados, y encendida en íras.
Al palacio llegada, llamó muchas
Deidades del aberno en lengua horrenda.
El cielo cubren denegridas nubes,
Y se oscurece el sol en un momento,
Y el viento silva en las fragosas cimas;
Mugir bajo los pies se oye el infierno,
Y en el palacio todo, furibundos
Aullidos se oyen, silvos y ladridos:
Sombra mas que nocturna, en que ni un rayo
De luz habia, todo le circuye;
Solo un relampaguear de tiempo en tiempo
Luce hácia el centro de la espesa niebla.
Cesa la sombra en fin, y el sol sus rayos
Pálidos tiende entre la parda nube,
Ni ya se vé el palacio, ni vestigios,
Ni se puede decir; aquí existia.
Como de inmensa mole imágen forman
Las nubes en el aire y dura poco,
Que el viento y sol la esparcen y disipan:
Cual de un febricitante se vá el sueño;
Así desapareció la estancia bella,
Breñas quedando solo y bosque umbrio.
Ella en su carro que tenia pronto
Se sienta y sube, como suele, al cielo:
Huella las nubes, sesga el aura pura,
Las playas pasa del opuesto polo
Y las tierras de ignotos habitantes,

Y de Alcides los términos; y al suelo
 No se acerca de esperios ni de moros,
 Que el curso siempre sobre el mar dirige
 Hasta que llega al suelo de la Asiria.
 Ni vá á Damasco, que ántes bien se aleja
 De su patria tan dulce en otro tiempo:
 El carro guia hácia la estéril playa
 Donde en el agua su castillo tiene.
 Llega y se oculta á sus sirvientes todos,
 Y en retirada estancia se recoge,
 Donde la agitan pensamientos varios:
 Mas presto cede á la íra la vergüenza.
 »Iré ántes, dice, que del Rey de Egipto
 El egército mueva del oriente.
 Todos medios probar, y transformarme
 Conviéneme hora en formas desusadas;
 Arco y espada manejar, y sierva
 Hacerme de un monarca y conmooverle.
 Véa yo en parte la venganza mia,
 Que esto me importa mas que honor y fama.
 No á mí me culpe; cúlpese á sí propio
 Mi Tio y mi tutor que así lo quiso.
 Él mi ánima inesperta y frágil sexo
 Á injustos ministerios me sedujo;
 Él me hizo osada, me hizo vagabunda,
 Y perder el pudor y la vergüenza.
 Cuanto hize por rencor á él se le debe,
 Y por amor, y cuanto haré indignada."
 Dijo: y sus damas y oficiales todos
 Pages y esclavos junta presnrosa;

Y en el soberbio arnes, y rico trage
El arte ostenta y la grandeza regia.
Pónese en marcha; y al nacer el día,
Al espirar, ó con la clara luna
Sin parar anda, hasta que vé las tropas
Que de Gaza cubrían la campaña.

FIN DEL CANTO DÉCIMOSEXTO.

DECIMOSEXTO.

Y en el soborio arde y tico trago
 El mte ostenta y la grandeza regia
 Honra en manchas; y al nacer el dia
 Al espirar, ó con la clara luna
 Sin parar ainda, hasta que ve las tropas
 Que de Oza cubrian la campaña.

FIN DEL CANTO DECIMOSEXTO.

El agudo...
 Tuvo...
 Con...
 A...
 Hicieron...
 Vos...
 Que...
 No...
 Si...
 El...
 A...
 El...
 Y...
 Como...
 Y...
 Dijo...
 Paga...

CANTO DÉCIMOSÉPTIMO.

Gaza es ciudad al fin de Palestina
 Hácia el camino que á Pelusio lleva;
 En la costa del mar está situada,
 Y desiertos de arena cerca tiene,
 La cual el austro, como el mar las ólas,
 Amontona soplando; y con trabajo
 Hallar reparo el pasajero puede
 En las tormentas del instable suelo.
 Del Rey de Egipto es la ciudad frontera
 Que ha largo tiempo conquistó del turco,
 Y para el alta empresa que medita
 Era muy oportuna y muy cercana.
 Dejando á Menphis su soberbia corte,
 Trasladó aquí su trono: y recogido
 Egército infinito de diversas
 Provincias de su imperio allí tenia.
 Ó musa tú, recuérdame el estado
 De las cosas aquellas de aquel tiempo:
 Qué armas el grande Emperador: qué fuerzas,
 Qué vasallos tenia y aliados,
 Cuando del mediodia armó la gente,
 Y otros reyes y pueblos de la aurora.
 Sola, las tropas puedes, tú, y caudillos

Del medio mundo armado referirme.
Despues que al griego imperio rebelado
Se sustrajo y mudó de fé el Egipto,
De Mahoma un guerrero descediente
Tirano siendo, allí sentó su silla.
Califa se llamó; y con el cetro
El nombre hereda todo el que le sigue.
Así el Nilo por dos dinástias largas
Faraones tuvo y tuvo Toloméos.
Andando el tiempo, el reino asegurado
Y aumentado fue tanto, que ocupadas
El Asia y Libia vino hasta la Asiria
De Cirene y marmáricos confines:
Y pasó tierra adentro al infinito
Curso del Nilo mas allá de Siena,
Y de allí á la campaña inhabitada
De Saba fue, y á orillas del Eufrates.
La olorosa marisma á un lado y otro
Comprende en sí y el rico mar Bermejo;
Del Eritréo mas allá se estiende
Hácia los pueblos por dó el sol asoma.

Muy fuerte es el imperio; y aguerrido
Es ahora mas con tal Rey que le manda,
Que es ilustre por sangre, y mas ilustre
Por militar esperto y mucha ciencia.
Guerras muchas con persas y con turcos
Sostuvo, y arrolló fuerzas crecidas;
Vencido fue tambien, y en la contraria
Suerte mas grande fue que victorioso.
Cuando su edad cansada no sufria

De las armas el peso, al fin las deja:
Mas de la guerra no dejó el talento,
Ni ambicion de reinar ni la de gloria.
Guerra con generales diestros hace,
Y en su mente y palabras vigor tiene.
Ni de la monarquía el grave peso
Puede abrumar sus ya cansados años;
Su nombre temen los pequeños reyes
Del Africa, y el indio le respeta;
Auxilios voluntarios le dan unos
De gente, y otros oro le tributan.
Tan grande es este Rey que junta fuerzas;
Ó bien unidas ya, partir las hace
Contra el naciente imperio y la fortuna
De los francos que le era sospechosa.
Llegó la última Armida, y á buen tiempo;
En el momento de pasar revista
El Califa: extramuros en un campo
Espacioso las tropas ante él pasan;
Y él en trono muy alto, á dó se sube
Por cien ebúrneas gradas, presidia.
De un gran cielo de plata esta á la sombra;
Púrpura y oro con sus pies hollaba,
Y en rico, si bien bárbaro ropage,
Brillaba el real manto en gran manera;
Blanco lienzo en mil vueltas enroscado
Sobre el cabello la diadema forma:
Su diestra el cetro empuña; y con la caña
Barba se muestra venerable y grave;
Y sus ojos por dó años no pasaron

Vigor respiran y su ardor primero,
Y en cada movimiento demostraba
Aquella magestad de imperio y años.
Tal vez Fidias ó Apeles en tal guisa
Pintarían á Júpiter Tonante.

Á la derecha el uno, otro á la izquierda
Dos sátrapas están: aquel alzando
De la justicia la desnuda espada,
Y el otro, que es su oficio, el real sello.
Secretario del Rey, despacha el uno
En lo civil asuntos de importancia;
Cabeza del egército es el otro
Pudiendo premios dar y dar castigos.
De lanza armados circasianos le hacen
En gran número guardia al pié del trono,
Y corazas amás tienen; y alfanges
Corvos pendientes á su lado llevan.

Sentado así el tirano estaba viendo
Los pueblos juntos de elevada parte.
Á sus pies todas al pasar las tropas
Acátanle rindiendo armas y enseñas.
Formados los egipcios, los primeros
Pasan en muestra; y cuatro son sus gefes,
Dos del alto pais, y dos del bajo,
Presente y obra del celeste Nilo,
Que usurpó al mar su lecho y limo fértil,
Y endurecido cultivarse puede:
Así creció el Egipto, y tierra adentro
Lejos está del mar lo que fue playa.
El escuadron primero gente forma

De Alejandría y su campiña rica,
 Que la playa habitó del occidente,
 Y á unirse llega á la africana costa.
 Su general Araspe es muy temible
 Por su ingenio mas bien que por su diestra:
 Mucho de ardidés sabe, y en todo arte
 De la morisca guerra es el primero.
 Vienen en pos los pueblos de la aurora
 Que allá en la costa asiática habitaban:
 Arontéo los manda; al cual tan solo
 Su nacimiento ilustra y no sus hechos,
 Ni sudó, bajo el yelmo, afeminado
 Ni el sueño le privó guerrera trompa,
 Que del regalo y sombra, á dura vida
 La ambicion desmedida le arrastraba.

La que viene tercera mas parece
 Ejército que un cuerpo: el campo inunda.
 Ni es creible que Egipto áre sus tierras
 Con mas gente; y la dá tan solo un pueblo:
 Ciudad es que compite con provincias,
 Y monta tanto como mil ciudades.
 Hablo del Cayro, desde el cual conduce
 Campson inmenso pueblo muy visoño.
 Siguen bajo Gazel los que segaron
 La mies del campo fértil y vecino,
 Y mas abajo donde el rio forma
 La famosa segunda catarata.
 La turba Egipcia solo espada y arco
 Puede llevar; que de coraza é yelmo
 El peso grande sostener no puede.

Su rica ropa mueve al enemigo
 Mas la ambicion que el miedo de sus armas;
 Viene despues de Barca el pueblo inerme
 Que comanda Alarcon, casi desnudo;
 Su hambrienta vida en los incultos llanos
 Largo tiempo con presas sustentára.

Con gente menos mala pero inepta
 Para tropa de linea, despues siguen
 De Trípoli y Zumara los dos Reyes;
 Buena es empero para armar guerrillas.

Los que cultivan la feliz Arabia
 Y la Petréa en pos luego aparecen:
 El hielo aquellos, ni el calor estivo
 Sienten jamas segun la fama cuenta:
 Allí el incienso nace y mil olores;
 Y renace tambien inmortal Fenix
 Entre fragrantas flores que reune,
 Y su sepulcro son, y cuna á una un tiempo.
 Con menos lujo que el egipcio visten,
 Pero armados se ven del mismo modo.

Otros árabes siguen que no tienen
 Su domicilio fijo, y siempre errantes
 Llevan consigo casas y poblados:
 Su estatura y su voz son femeniles:
 Largo cabello negro y negro rostro.
 De puntas férreas arman largas cañas
 Y si correr los vieras á caballo
 Que un torbellino viene juzgarias,
 Si tan veloz un torbellino hubiera.
 Los primeros mandábalos Sifacio,

Los segundos Aldino, y los terceros
Albiazar que es vandolero infame,
Y es mas bien que guerrero un asesino.

Cerca estaba la tropa de las islas
Que las óndas arábigas circuyen,
Y ántes pescando recogian siempre
Conchas que encierran las preciosas perlas.
Detras los negros vienen que la costa
Ocupan del mar Rojo al lado opuesto.
Manda aquella Agricalte, estos Osmida
Despreciador de religion y leyes.

De Méroe los etíopes siguieron;
Provincia de que el Nilo hizo una isla
Y el Astrabota cuyo largo giro
Dos ó tres reinos contener pudiera.
Canario y Asimiro los conducen;
Son mahometanos ambos á dos Reyes
Y tributarios del Califa: y otro
Rey que no viene, á Jesu-Cristo adora.
Vienen despues dos reyes tributarios
Con sus tropas armadas de arco y flecha:
De Ormus Soldan es uno, y del gran seno
Pérsico está su bello pais rodeado.
De Boecan el otro; y es una isla
Su reino en plena mar, mas cuando baja
En el reflujo á pié se pasa enjuto.

Ni á tí Altamoro en lecho casto y dulce
La cara esposa pudo detenerte:
Lloró; y la rubia y larga cabellera
Se mesaba, y heria el albo pecho

Para impedirte la fatal partida.

»¿Y qué te agrada, ingrato! así le dice;
 Del mar la hórrida faz mas que mis ojos?
 ¿El peso de las armas en tus brazos
 Mas grato te ha de ser que el tierno hijo?"
 De Sarcamenta es Rey: y lo que en menos
 Estima en él se tiene, es la diadema;
 Tan diestro es en las armas, y tan fuerte
 Denuedo allega á su gallardo talle.
 Bien lo sabrá algun dia el pueblo franco
 Y aun es razon le tema ya desde hora.
 Coraza llevan los guerreros suyos,
 Espada al lado y al arzon la maza.

Llega despues de la India, y de los pueblos
 De la aurora salido el fiero Adrasto;
 De una piel de Serpiente el coselete
 Dado de negro por la espalda lleva;
 De un disforme Elefante las espaldas
 Oprime y le gobierna cual caballo.
 Manda esta gente que entre el Indo y Ganges
 En el mar á bañarse van contino.

El escuadron que sigue es lo selecto
 De la real milicia; y estos todos
 Están premiados por acciones dignas,
 Y haberse distinguido en las batallas,
 Que en corredores bravos y muy diestros
 Van tan armados que terror infunden;
 Y de purpúreos mántos, y del oro
 Y de acero el fulgor al cielo llega.
 Van allí el crudo Alarco, y Odemaro

Escuadronista grande, é Idroate,
 Y Rimedon famoso por su audacia,
 Que á la muerte y mortales menosprecia;
 Y Tigrane, y Rapoldo el gran corsario
 Que fue dueño del mar, y el fuerte Ormundo,
 Y Marlabusto Arábigo, así dicho
 Por que domó los árabes rebeldes.
 Van Orindo, Arimon, Pirga, Brimarte
 Destructor de ciudades; vá Sifanto
 Domador de caballos, y vá entre ellos
 Aridamante el luchador famoso,
 Y Tisafernes rayo de Mavorte
 Á quien nadie jamas pudo igualarse,
 Ora lidie montado, ora á pié séa,
 Ora la espada empuñe, ora la lanza.
 Un armenio los manda que de Cristo
 Negó en su edad primera la fe diva
 Y se llamó Clemente, Emireno hora;
 Es fiel al Rey de Egipto, y de él amado
 Mas que cuantos guerreros allí habia:
 Es buen soldado y general á un tiempo
 Por su valor, talento, y su pujanza.
 Nadie quedaba ya, cuando de pronto
 Ármida llega, y desplegó su tropa.
 Alta venia en gran carro sentada
 Con el trage cojido aljaba y arco,
 El nuevo enojo á la dulzura unido
 De su faz bella la realza mucho;
 Exasperada amenazaba y cruda,
 Y amenazando, á todos atraia.

Al de Febo su carro se parece
Entre preciosas piedras fulgurando;
Y el diestro Auriga con jaez brillante
Cuatro Unicornios rige en dos parejas;
Cien doncellas en torno y pages ciento
De goldre y arco armados la circuyen
Sobre blancos caballos bien montados,
Á la rienda obedientes y veloces.
Siguen sus tropas, y las que Idroate
Reclutó en Siria y Aradin las manda.

Como cuando renace la única ave
Y vuela á visitar á sus etiofes,
La pluma en mil cambiantes, y corona
Aurea la adorna y un collar precioso:
Los mortales se pasman, y en su obsequio
Sigue egército alado que la admira:
No menos admirable Armida pasa
En su porte, actitud y en el semblante.
Ni hay corazon tan inhumano y duro
Á quien no inspire amor en el momento.
¿Si con enojo vista, gentes tantas
Su hermosura severa arrastrar pudo;
Qué fuera, pues, si con semblante afable
Jugára ella su risa y bellos ojos?

Despues que ésta pasó; el Rey de Reyes
Á Emireno venir ante sí manda,
Que á tanto egregio gefe preferirle
Quiere, y el mando universal donarle,
Y él presagiando el merecido premio
Con frente viene digna de aquel grado:

La circasiana guardia calle forma,
 Le abre paso, y al solio, airoso asciende.
 Llega: y la testa y la rodilla inclina;
 Al pecho une la diestra; y el Rey dice:
 «Toma este cetro: á tí encargo, Emireno,
 La gente; mi poder te substituyo:
 Lleva, salvando al Rey mi tributario,
 Sobre los francos mi ira vengadora.
 Llega, vé y vence; y no dejes residuo,
 Y al que no muera prisionero trée.»

Así dijo el Tirano; y del supremo
 Imperio el Caballero el cetro toma:
 »Tómole, dice, de tu invicta mano,
 Y al alta empresa voy con tus auspicios;
 En tu nombre, Señor, súbdito tuyo
 Vengar del Asia espero las ofensas.
 Ni volveré, si vencedor no vengo;
 Y con gloria ha de ser si pereciere.
 Al cielo pido que si desde lo alto
 Nos ha de enviar desgracias, que no créo,
 Todas juntas reunidas en mi daño
 Pléguele descargar sobre mi testa;
 Que salvo el campo torne, y en triunfante
 Pompa y no fúnebre el Caudillo yaga.»

Calló: y al son de música guerrera
 Acompañaba el militar aplauso;
 Entre el rumor, y gritos, y entre noble
 Turba espesa bajaba el Rey de Reyes.
 Á su gran tienda llega, donde junta
 Á los príncipes todos en su mesa;

Él aparte sentado, ya manjares,
Ya dichos, ya palabras les dirige,
Y atiende á todos sin que olvide á nadie.

Lugar Armida en tan alegre holganza
Halla para egercer sus artificios.

Quitadas ya las mesas; advertia,

Fija en ella tener la vista todos,

Y por señales claras reconoce

Que en todos ellos su veneno obraba:

Alzase de su asiento; al Rey se torna

Con aire altivo á un tiempo y reverente,

Y feroz y magnánima procura

Parecer cuanto puede en voz y aspecto.

»Supremo Rey: tambien yo vengo, dice,

Por la fé á hacer la guerra y por la patria.

Soy muger, es verdad; pero soy reyna

Y de una reina el pelear es digno:

Mano que el cetro empuña, empuñe el hierro;

La mia, que ni es torpe ni muy floja,

Herir sabrá y enrojecer la espada.

Ni crées que este séa el primer dia

Que á este alto ministerio me dedico:

En pró de nuestra ley, y de tu imperio

Tiempo ha que en militar soy veterana.

Bien si esto es cierto recordar pudieras,

Pues sabedor de alguna hazaña has sido;

Y de los enemigos campeones

Sabes que aprisioné los mas valientes;

Que en magnífico don te los enviaba,

Y en oscura mazmorra gemirian

Por tí encerrados; y seguro ahora
Mucho mas estarias, si así fuese,
De tus contiendas terminar venciendo,
Si aquel feroz Reynaldo no matára
Mis guerreros y libres los hiciera.
Quien es Reynaldo es público; y la historia
Muy larga aquí se cuenta de sus hechos.
De este cruel he sido gravemente
Ofendida despues, y sin venganza.
Júntase á la razon mi fiero enojo,
Y mas me anima á armar mi airada diestra:
Pero sabrás mi injuria mas despacio;
Sabe por ahora que venganza quiero,
Y la procuraré; que en vano siempre
No lleva el viento las saetas todas;
Y la mano del cielo, en la del justo
Contra el malo tal vez el arma asesta.

»Si, empero, alguno al bárbaro inhumano
La cabeza cortáre y me la ofrece,
Tambien me será grata esta venganza;
Aunque mas noble por mi mano fuera.
Tan grata me será, que de ella en premio
Cuanto puedo daréle, y cuanto valgo:
De un tesoro dotada, si le place,
Podra obtener mi mano; y desde ahora
La ofrezco aquí, y así cumplirlo juro.
Si hay alguno que juzgue el premio digno
Del peligro; que hable y se presente.»

Mientras que Armida hablaba de este modo,
Ojos devoradores tiene Adrasto

En ella hijos; y despues le dice.

»El cielo no permita que una flecha
 Contra ese infame bárbaro despidas;
 Que un corazon villano nunca es digno,
 Hermosa Sagitaria, de tus golpes:
 Ministro seré yo de la íra tuya,
 Y el presente te haré de su cabeza;
 Traeréte el corazon y daré en pasto
 Sus lacerados miembros á los Buitres.»

Así el indiano Adrasto fulminaba;
 Ni sufrirlo podia Tisafernes.

»¿Y tú quien eres, dice, que orgulloso
 Tanto ante el Rey te muestras, y dó hay tantos?
 Habrá aquí quien con hechos, tus jactancias
 Escederá tal vez, y nada dice.»

El Indiano feroz respondió entonces:
 »Son mucho mas mis hechos que mis dichos;
 Y si osáras hablar en otra parte
 Lo que aquí; nunca mas á hablar volvieras.»
 Continuado hubieran: mas lo impide
 Estendiendo su diestra el Rey Supremo,
 Y á Armida dijo: »Á tí gallarda Jóven,
 Que un corazon magnánimo te adorna;
 Y bien mereces que su enojo y íra
 Esos dos te dediquen y consagren,
 Toca el que á tu placer despues los guies
 Contra el malvado aquel que te ha ofendido.
 Allí es donde podrán ambos su esfuerzo
 Á porfia mostrar y hacer patente.»

Dijo y calló: y aquellos le ofrecieron

Nuevamente vengarla á toda costa.
Ni estos son solos; que los mas famosos
Con lengua larga mucho le prometen.
Todos se le ofrecieron; y juraron
Gran venganza tomar en la execrable
Cabeza. ¡Tantas armas, la que un tiempo
Tanto al Guerrero amó, ahora concita
Contra él, y despierta enojos tantos!

Pero él despues que abandonó la playa
Veloz la nave corre viento en popa
Por aquel derrotero que ántes trajo,
Y el viento que al venir hinchió las velas
No es favorable menos cuando vuelve.
El Polo en tanto y la Osa el Jóven mira,
Y en tanto las estrellas rutilantes
Que son guia en la noche; y vé los rios
Y promontorios que hácia el mar se abanzan.
Ya del campo se informa y de su estado,
Ya de las gentes del pais que avista.
Despues que andaban por salada espuma
Salido el sol habia cuatro veces;
Y cuando ya la cuarta iba á ocultarse
Finalmente la nave en tierra surge.
Dijo la que los guia: »Ya las playas
Se ven de Palestina: el viage es hecho.»
Á los tres Caballeros puso en tierra
Y en un volver los ojos desaparece.
Iba entrando la noche, los colores
Diversos confundia en uno solo;
Y en la arenosa solitaria playa

Ni pared ni techado descubrian,
Ni de hombre huella alguna ni caballo,
Ni de quien del camino informar pueda.
Despues que algo suspensos estuvieron,
Mueven por fin, al mar dando la espalda;
Cuando de pronto muéstrase á sus ojos
Una cosa que alumbra y no conocen;
Que con dorados y argentinos rayos
La noche aclara y son menos sus sombras.
Dirígense á la luz; y mas de cerca
Pueden ya distinguir qué es lo que luce.
Vén unas armas nuevas en un grueso
Troncò colgadas que la luna hiere
Con sus rayos, y mas que las estrellas
En el cielo, brillaba en el dorado
Yelmo y arnes preciosa pedrería.
Descubren luego imágenes hermosas
Con órden puestas en el grande escudo.
Un Anciano sentado las guardaba
Que hácia ellos viene así que los divisa,
Y los guerreros luego reconocen
Del sabio amigo el venerable aspecto.
Despues que alegres estos le saludan,
Y él los recibe afable y cortesmente;
Al Jóven que le mira taciturno
La palabra dirige en esta forma:
»Á tí no mas, Señor, aquí yo solo
Con ansia en este punto te aguardaba;
Que aunque tú no lo sabes soy tu amigo:
Pregunta si en tus cosas me intereso

A estos dos que enseñé á vencer encantos
Que en miserable vida te tenían.

Oyeme con paciencia, aunque no sean
De la Sirena el canto mis palabras:
Grávalas en tu idéa hasta que llegue
Mas santa y sabia lengua á iluminarte.

»No á la sombra, Señor, ni en fresca yerba
Ni entre flores y fuentes, ni entre ninfas,
Sino en la cima del fragoso monte
De la virtud está nuestro bien puesto.
Quien no tiritita, y suda y no se aparta
Del placer y el deleite allá no llega.
¿Querrás pues, lejos tú del alta cumbre
Abatido yacer en hondo valle?

Natura al cielo alzó tu erguida frente
Y te dió un alma excelsa y generosa
Para que arriba mires, y en hazañas
Ilustres cojas de laurel los premios,
Y te dió la ira á mas veloz y pronta
No para que úses de ella con tu gente,
Ni para que á deséos ambiciosos,
Ni sinrazones la dirijas nunca;
Si á fin que de ella tu valor armado
Mas fiero ataque al enemigo eterno,
Y sean con mas fuerza reprimidas
Tus pasiones, que aun son mayor contrario,
Y al servicio de aquel que darla quiso
Emplearla á su arbitrio el gefe pueda.”

Así decia: y estos dichos suyos
Que son de gran cordura, atento el otro

Gravaba en su memoria; y muy humilde
Sus vergonzosos ojos fijó en tierra.

Leyóle el interior el sabio Anciano

Y prosiguió diciéndole:

»Hijo mio,

Alza la vista, y mira en ese escudo

De tus progenitores las hazañas;

Veras allí su fama esclarecida

A todas las demas preceder mucho.

Tú estás aun muy distante; andas despacio

Por el camino ilustre de la gloria:

Animo pues; que tu valor aguijen

Las pinturas que están ante tus ojos.»

Dijo: y mientras decía; el Caballero

La vista fija en el escudo tiene.

El artífice diestro en campo corto

Supo allegar figuras infinitas.

De Accio glorioso augusto se vé el orden

No interrumpido nunca de su sangre;

Se veia del prístino venero

Romano irse formando puros rios

De príncipes ceñidos de laureles.

Sus guerras el anciano y fastos muestra:

Hácele ver á Cayo en el momento

Que su imperio iba á ser presa de estraños;

De un pueblo que le aclama el freno toma,

Y es de Estenses el príncipe primero.

Los endebles vecinos á él se acogen

Que de su amparo están necesitados,

Cuando á instancias de Honorio, el fiero godo

A andar volvió el camino conocido.
Y cuando en guerras arde Italia toda
Y daños mas el Bárbaro fulmina:
Cuando ya Roma esclava y prisionera
Teme asolada ser enteramente,
Aurelio en libertad la gente suya
Muéstrale que conserva; y á Foresto
Le hace ver que se opone de los Unnos
Al Rey que allá en el norte gobernaba.
Conócese en el rostro al crudo Atila
Que un Dragon fiero en el mirar parece,
Con semblante de Can; y siempre al verlo
Que gruñe creerias ó que ladra.
En singular batalla fue vencido,
Y acogerse se mira entre su gente.
Tambien se vé á Foresto, de Aquileya
La defensa tomar á cargo suyo.
Mas allá está su muerte; y su destino
Destino es de la patria. El heredero
De su valor, su hijo Acarino sigue.
Su hermano Altino al hado infausto cede,
No á los Unnos; y á un valle se retira
Cerca del Pó, donde una ciudad funda
De muchos aducares que allí habia.
Contra el gran rio caudaloso mucho
Se vió fortificada; y fué la cuna
Donde despues en los futuros siglos
Los preclaros Estenses gobernaban.
Arrollar los alanos se veia;
Y desgraciado ser contra Odoarco,

Y morir por la Italia: Oh noble muerte!
Que igual fue con su padre en gloria tanta.
Con él muere Alforisio; y desterrado
Con su hermano salir Azo se mira;
Y volver por industria, y con las armas
Cuando Érulo el tirano fue vencido.
De una saeta traspasado el ojo
Junto el Estense Epaminondas yace:
Y ledo muere, que venció á Totila
El feroz, y salvó su escudo caro.
Hablo de Bonifacio; y sigue el niño
Valeriano los pasos de su padre.
Ya con diestra y con pecho varoniles
Cien escuadrones góticos ahuyenta;
Y no muy lejos el feroz Ernesto
Con su aspecto terrible al esclavonio:
Pero mas cerca el valeroso Aldoardo
Al Rey Lombardo de Monscelso echaba.
Tambien estaban Berenguer y Enrique
El primero aquel fue bajo banderas
De Carlo-Magno augustas gran soldado,
Y general preclaro en mil acciones.
Ludovico le sigue y le concita
Contra su Yerno que era rey de Italia.
Y en batalla le vence y le aprisiona.
Despues Oton estaba y sus cinco hijos
Y Almerico se vé, que marques era
De la ciudad sobre el gran Pó erigida.
Devotamente al cielo mira en santa
Contemplacion el fundador de iglesias.

Azo Segundo estaba en otro lado
Con Berenguer en competencias fuertes,
Que al fin de un curso de fortuna instable
Vencía y en la Italia gobernaba.
Vése ir á su hijo Alberto á los germanos,
Y tanto hacer su esfuerzo allí notorio
Contra el danes en justas y en la guerra,
Que fue yerno de Oton con larga dote.
Se vé á su espalda Ugon, que holló brioso
Á los romanos la cerviz altiva,
Y de Italia marques fue intitulado;
Y de Toscana toda el mando tuvo.
Teobaldo sigue; y Bonifacio cerca.
Que junto estaba de Beatriz su esposa.
Ni varon se veia, que debiese
De tan gran padre ser el heredero.
Matilde está despues: y bien llenaba
Aquel lugar á falta de varones,
Que aunque muger es valerosa y sabia,
Y es superior á cetros y coronas.
Su noble rostro ardor marcial respira,
Y en su mirar descúbrese el denuedo.
Acá al normando arrolla; y pone en fuga
Á Güiscardo que nunca era vencido:
Á Enrique cuarto allá le rompe, y toma
Su estandarte imperial que al templo ofrece:
Allí al Sumo Pontífice repone
En la suprema silla de San Pedro.
Vése en forma tambien de su valido
Azo el quinto á su lado ó en pos de ella.

De Azo el cuarto florece en mas felices
Ramas fecunda mucho el alma prole.
Vá á donde la Germania le reclama
Hijo de Cunigunda el jóven Güelfo;
Y este romano venturoso tallo
Por los campos se estiende de Babiera,
Dó su renuevo Estense á ingerir viene
En el rancio de suyo árbol de Güelfo:
Y renovar en él los Güelfos vieras,
Mas que nunca brillantes, las coronas;
Y que al favor de los celestes rayos
Enhiesta mas y mas su erguida frente.
Ya con el cielo linda, y de Alemania
La mitad cubre, y hace á toda sombra;
Cuando en Italia florecer no ménos
De esta planta real se ven las ramas.
De Güelfo aqui á la par sale Bertoldo,
Y Azo sexto renueva sus mayores,
Tal es la serie de estos héroes grandes
Que respirar sobre el metal parece,
Y en Reynaldos enciende al contemplarla
Mil centellas de honor su activo fuego.
De un émulo valor su ánimo altivo
En tal manera se miró inflamado
Que cuanto imaginaba allá en su idéa;
Tomada la ciudad, muerta la gente
Realidad juzgaba, y ya creia
Presente ante sus ojos verlo todo.
Ármase presuroso, y de antemano
De la victoria que le aguarda goza.

Pero Carlos que ya del heredero
Del Rey danes la muerte le contára,
El destinado acero dióle entonces.

»Tómale, dijo, y ten suerte felice,
Y en pro tan solo de la fé de Cristo
Esgrímele tan pío como fuerte:
Venga con él al que ántes fue su dueño
Y que tanto te amó; que así esperamos.»

Responde él al Guerrero: »El cielo quiera
Que la mano que toma hora esta espada
Al que amo de ella fue con ella vengue,
Y así su precio inestimable pague.»
Carlos vuelto á él entonces, gracias muchas
Le tributó en poquísimas palabras.

Hora de partir era; y al viage
Nocturno el noble Sabio les dá prisa.

»Tiempo es, decia, de ir á dó te esperan
Bullon y el campo; y llegas á buen tiempo.
Vamos que aunque está oscuro á las cristianas
Tiendas sabré guiaros sin perderme.»

Así dice: y ligero, al carro sube,
Y en él sin mas tardanza los recibe,
Y la rienda alargando á sus fogosos
Los castiga y dirige hácia el oriente.
Callados discurrían por las sombras,
Cuando al Jóven se vuelve y dice el viejo:

»Ya has visto bien de tu preclara estirpe
Las altas ramas, y raiz antigua:
Y aunque ella ha sido de la edad primera
De tantos héroes madre tan fecunda;

De dar de estos á luz no está cansada;
Ni por su edad tan larga es aun estéril.

»Ah! si como he sacado del oscuro
Seno de antigüedad á tus mayores;
En los futuros siglos; así mismo
Tus descendientes descubrir pudiera;
Y ántes que á la luz pura ábran los ojos
Darlos á conocer al mundo entero:
¡Qué sucesion tan larga no verias
De héroes futuros, de preclaros fastos!
Pero lo por venir mi arte no alcanza
Á descubrir, que está muy mas oculto,
Sino en confuso, oscuro, y entre dudas,
Cual entre niebla incierta luz remota:
Y si descubro alguna cosa cierta,
No del todo me atrevo á asegurarla,
Aunque tal vez la oí de quien muy claros
Los arcanos celestes averigua;
Y á predecirte voy lo que luz diva
Á él le reveló, y á mi me dijo.

»Jamás latina ó bárbara progenie
En los tiempos modernos ni en lo antiguo
Hubo mas rica de héroes, que la que hora
Para tus descendientes guarda el cielo,
Y han de igualar á aquellos mas preclaros
De Esparta, de Cartago, ó bien de Roma;
Pero entre otros, me dijo, véo á Alfonso
Primero en la virtud, segundo en nombre
Que ha de nacer cuando cansado el mundo
Ya esclarecidos hombres no produzca.

Tal ha de ser, que no habrá quien la espada
Mas bien empuñe y cetro, ó que el enorme
Peso sostenga de armas y diadema:
De tu sangre será la gloria suma.

»Desde niño en sus juegos dará indicios
De su valor sublime en crudas guerras:
Terror será de fieras en los bosques
Y el premio en justas obtendrá primero;
Conseguirá despues en guerras vivas
Victorias y despojos abundantes,
Y ceñiran sus sienes de continuo
Verde Laurel, y Encina, y fresca Grama.
En la madura edad, no menos digna
Gloria en la paz condecorarle debe:
Quieto y tranquilo entre el estruendo de armas
De los vecinos mantener su pueblo:
Premiar ingenios, fomentar las artes;
Juegos ilustres celebrar con pompa,
Premiar y castigar con grande acierto,
Y precaver los venideros males.

»Oh! ¡si en contra de infieles algun dia
Que infestarán la mar y tierra toda,
Y en los tiempos aquellos sin ventura
Que á los mejores pueblos darán leyes;
Fuera mandando en gefe á vengar templos
Destruídos y altares profanados:
Qué venganza tan justa no tomára
En el Tirano y en su inicua secta!
Con escuadrones mil el turco y moro
En vano acá y allá se le opondrían,

Que él mas allá llevara del Eufrates
 Y del nevado Tauro, y de los reinos
 Donde el estío sempiterno reina
 La Cruz, y Águila blanca, y lises de oro,
 Y bautizando frentes átezadas
 Viera del Nilo el ignorado origen."

Asi el Anciano hablaba; y estos dichos
 Ledo escuchaba el generoso Joven,
 Que de futura prole aquel anuncio
 Su pecho de un placer tácito henchia:

Rayaba entanto el alva anunciadora
 Del sol que sonroseaba ya el oriente;
 Y en lo alto de las tiendas ver podian
 Aunque á lo lejos tremolar banderas.
 A hablarles tornó el Sabio, y así dice:

»Ya veis el sol de frente que os alumbra,
 Y os hace descubrir su rayo amigo
 Tiendas, y el llano, y la ciudad y el monte:
 Libres de todo obstáculo é insulto
 Os hé traído por ocultas sendas;
 Ya podeis solos ir sin llevar guia;
 Ni á mí me es permitido ir adelante.
 Así se despidió, y atras volvióse;
 Dejando allí, y á pié los caballeros,
 Que con la direccion al sol naciente
 Livianos hácia el campo caminaban,
 Cuando la fama esparce todo en torno,
 De los tres que esperaban la venida;
 Y ántes que ellos, llegó hasta Godofredo,
 El cual su asiento al recibirlos deja.

CANTO DÉCIMOCTAVO.

Llegó Reynaldo á dó salió el Rey Pío
 Á recibirle; y «Ó Señor, le dice,
 De aquel Guerrero muerto á la venganza
 Me obligó del honor un celo ardiente;
 Y si en ello falté, pena muy grande
 Tuve despues y de ello arrepentime.
 Venir me mandas, y obedezco pronto
 Á dar satisfaccion, y complacerte.
 Iba humilde á postrarse, y Godofredo
 Le echó al cuello los brazos, y le dijo:
 «Olvidemos por fin recuerdos tristes,
 Y mas no se hable de pasadas cosas:
 Yo solo que hagas para enmienda quiero
 Las hazañas famosas que acostumbras;
 Y lo que ahora importa es que los monstruos
 De esa vecina selva á vencer pases.
 Esa selva antiquísima, que daba
 Para hacer nuestras máquinas maderas,
 Séase lo que fuere, hora de encantos
 Es secreto aposento y formidable:
 Ni cortar osa un palo alli ninguno,
 Ni es justo que los muros asaltemos
 Sin tales instrumentos: Vé á donde otros

Se atemorizan, á probar tus fuerzas."

Dijo: y el Caballero en pocas voces
 Se ofrece al riesgo grande y la fatiga,
 Y en su actitud magnánima se advierte
 Queha de hacer mucho aunque él mui poco ofrezca.
 La diestra y rostro á los demas festivo
 Tornó para obsequiarlos: allí Güelfo
 Allí Tancredo, y todos allí estaban
 Los príncipes del campo congregados.
 Estas demostraciones concluidas
 De su íntima amistad con todos ellos;
 Plácido y popular afablemente
 Á toda la otra gente saludaba,
 No mas alegre el militar aplauso
 Ni el concurso del pueblo le siguiera,
 Si vencedor de oriente y mediodia
 En carroza triunfal su entrada hiciese.
 Fuese así hasta su tienda; y entre todos
 Sus mas caros amigos tomó asiento.
 Contestó mucho; pero mas pregunta
 Él de la guerra, y del silvestre encanto.
 Cuando unos despues de otros se habian ido;
 El Ermitaño Santo así le habla:
 »Cosas grandes, Señor, y estrañas tierras
 Has visto peregrino y vagaroso.
 ¡De cuánto eres deudor al Rey del mundo!
 Él te ha sacado de encantado suelo:
 Á tí, cual descarriado corderillo
 Á su redil te guia, en él te acoge;
 Y por voz de Bullon á tí te elige

Segundo egecutor de sus designios.
No empero te conviene, que profano
Para tan alto fin ármes tu diestra,
Que de la carne y mundanales hezes
En tal manera te hallas mancillado,
Que el Nilo, el Ganges, ni el Océano inmenso
Cándido y limpio hacerte no podrian:
Solo gracia del cielo esas tus manchas
Puede purificar: á él te convierte;
Reverente, perdon pide, y descubre
Tus culpas en secreto y ruega y llora."

Así dijo: y primero él en sí mismo
Su amor loco lloró, y soberbio enojo.
Luego humilde á sus pies triste postrado
Las juveniles culpas le confiesa.
El Ministro de Dios le absuelve y dice:
»Á orar irás de aquel monte á la cima
Que el matutino rayo dá de frente,
Y en seguida vé al bosque donde hay tantos
Engañosos vestiglos y fantasmas.
Esos gigantes vencerás y monstruos,
Si un nuevo engaño, débil no te hiciere:
Que dulce voz ya llore, ó bien que cante
Ni beldad que atractiva ria ó mire
Con tiernos ademanes te doblegue."

Así le aconsejó: y el Caballero
Esperando se apresta al alta empresa.
Dia y noche pasó muy pensativo;
Y ántes que el cielo iluminase el alva
Sus armas ciñe su loriga viste

Que es toda nueva y de color extraño;
 Y solo, á pié, y con sigilo grande
 Sus compañeros y su tienda deja.

Era el punto en que libre de las sombras
 El dia no dejaba al horizonte,
 Mas ya al oriente rosas adornaban
 Aunque en el cielo habia alguna estrella;
 Cuando al monte Olivete él se dirige
 Con la vista elevada, contemplando
 Ya las nocturnas ya las matutinas
 Divas é incorruptibles hermosuras.
 Pensaba entre sí mismo: »Oh! cuántas bellas
 Luces el templo celestial reúne!

El dia su gran carro; estrellas de oro
 La noche tiene y la argentada luna:
 Mas no hay quien de una de estas se enamore,
 Cuando miramos luz parda y oscura
 Que un mirar de ojos, ó sonrisa breye
 El corto espacio de una faz despliega.»

Así pensando á la elevada cima
 Llegó; y allí postrado y reverente
 Alzó su mente al mas sublime cielo;
 Fijó al orto sus ojos y así dijo:

»La primer vida, y mis primeras culpas
 Con ojos de piedad mira y clemencia,
 Padre y Señor: en mí llueva tu gracia,
 Y hasta de Adan la culpa otra vez lavè."
 Así rogaba: y en su faz heria
 Hecha ya de oro la rosada aurora,
 Que el yelino y ármes, y en su torno al monte

Dora la verde cima y la ilumina:
Y soplar en su faz y pecho siente
Del aura blanda el delicado aliento;
Y de su seno con rocío dulce
El alba su cabeza le bañaba,
Y el armadura cenicienta toda
Que iba tornando, cándida y brillante.
Así la flor marchita reverdece
Con el blando llorar de aurora fresca,
Y así de alegre juventud se adorna
La Serpiente reptil con sayo nuevo.
El albo hermoso de su arnes mudado
Él propio admira cuando así le observa.
Luego hácia el bosque umbrío se dirige
Con confianza y gallardía grande.

Llegado era al lugar dó al menos bravo
Pára el terror de su horrorosa vista;
Mas pavuroso á él, ni displicente
Le parece, si umbroso y agradable.
Pasa mas adelante, y un son oye
Que dulcísicamente se esparcía.
De un arroyuelo el ronco llanto escucha,
Y el suspirar del aura entre las hojas,
Y de un músico Cisne el triste canto,
Y el Ruisenñor que llora; y le acompaña
Orquesta grande, y voz humana en verso.
¡Tantos sonos espresa un ruido solo!
El Guerrero tormentas espantosas,
Cual sucedió á los otros, aguardaba,
Y oye en vez de ello Ninfas y Sirenas,

Zéfiros, pajarillos, y arroyuelos,
Y así el paso detiene sorprendido:
Luego suspenso y lento continúa
Sin que obstáculo mas ó estorbo encuentre,
Que el de un río que corre manso y claro.

Las plácidas riveras de este río
Mil bellezas y olores adornaban,
Y el curso circular estiende tanto
Que el grande bosque en su área circunscribe;
Ni le sirve tan solo de guirnalda,
Pues atraviesa un gran canal el bosque
Que le riega, y el bosque le hace sombra
En cambio de sus líquidos cristales.

Mientras vado el Guerrero está buscando,
Se le presenta un admirable puente
De oro mazizo, que espaciosa vía
Sobre arcos robustísimos presenta:
Huella el dorado suelo; y se derroca
La puente así que él llega al otro lado,
Y la arrebatada el agua, que de río
En rápido torrente se trocára.
Mira hácia atrás, y véle tan crecido
Cual si de nieve se licuascn montes,
Que voluble parece hácia su origen
Con muy veloces giros remontarse.
Muévele al fin de novedad el ansia
Y entre copadas plantas ver que habia;
Y en aquellas silvestres soledades
Maravillas vá hallando siempre nuevas
Que bajo de sus pies manar parecen.

Abre aquí un Lirio, brota allí una Rosa,
Nace una fuente acá, y allá un arroyo
Corre; y la antigua selva en lo alto y bajo
Sus hojas renovar toda creyeras,
La corteza se ablanda, y reverdece
Todo el follage, y mil delicias causa:
Rociada estaba de maná cada hoja,
Y destilaban rica miel los troncos,
Y se oía de nuevo aquella dulce
Armonía de canto y de lamento:
Pero el humano coro que á los Cisnes
Y al aura y á las óndas acompaña
Dónde se oculta descubrir no puede.
Mientras mira, y creer nada queria
De cuanto estaba viendo ante sus ojos;
Un Mirto á un lado vé, y á él se dirige,
Donde al fin de una senda hay una plaza.
El Mirto extraño estiende su ramage
Alto mas que el cipres y la palmera,
Y sobre toda planta alza su copa
Tánto que el rey parece de aquel bosque.
Fijó el Guerrero en medio de la plaza
Á tanta novedad la vista atento;
Cuando una Encina hendida por sí sola
Abre su vientre cóncavo y fecundo,
Y de él en trage sale extraño y bello
Una ninfa gallarda, oh maravilla!
Y vió despues á un tiempo otras cien plantas
Cien ninfas dar de sus preñados senos.
Cual se ven en la escena, ó en pinturas

Vémos tal vez deidades de las selvas;
 Desnudo el brazo, y recogido el trage,
 Destrenzado el cabello, y buen coturno,
 De este modo salieron las fingidas
 Hijas de las selváticas cortezas,
 Y en vez de arco y aljaba, algunas tienen
 Cítaras y violas, y laúdes,
 Y al son de coros, danzas comenzaron;
 Y una rueda formaron entre todas
 Que al Guerrero cercaba, como queda
 Dentro siempre del círculo su centro:
 Ciñen también la planta; y él oía
 Estas palabras en sus cantos dulces:

»Llega en buen hora, amado, á esta floresta
 Ó tú de nuestra Reina amor y amparo:
 Llega, anhelado, y dá salú á una triste
 Que es llagada de amor, y amor la abrasa.
 Esta selva que hasta hora era tan negra,
 Estancia propia á la doliente vida,
 Mira como se alegra á tu llegada
 Y en mas lozanas formas se reviste.»

Así era el canto: y un son muy mas dulce
 Oíase del Mirto que se abría:
 Nunca al nacer un rústico Sileno
 La edad antigua vió mayor prodigio.
 Ábrese aquel gran Mirto y de su vientre
 Á luz salió la mas rara hermosura
 Cuyo rostro aparente era de un ángel.

Mira atento Reynaldo, y reconoce
 Las facciones de Armida y su faz bella.

Con dulce languidez ella le mira;
 Juntos vense en sus ojos mil afectos;
 Despues dice:

»Por fin que llego á verte!

¡Á mí, de quien huiste, á la fin tornas!

¿Vienes á consolar mis tristes dias

Y solitarias noches; ó bien vienes

Á perseguirme? á qué tu bello rostro

Me ocultas, y haces ver solo las armas?

Vienes de paz ó guerra? El rico puente

Yo no le preparaba á un enemigo,

Ni las fuentes, arroyos, ni las flores,

Espinales quitando y malos pasos.

Aparta el yelmo ya: tu faz descubre,

Y á los míos tus ojos, si en paz vienes:

Tu seno y labios á los míos junta;

Ó á la mia tu diestra allega al ménos.”

Así dice: y miradas las mas tiernas,

Y quebrado el color, y hondos suspiros

Aunque falsos, y lágrimas hermosas,

Y sollozos, sus dichos acompañan;

Tal que incauta piedad á sus martirios

Ablandára diamantes los mas duros.

Pero el Héroe mas cuerdo que insensible

No le atiende y desnuda el limpio acero:

Vá al Arrayan; y abrázase ella entonces

Al caro tronco, y se interpone y clama:

»Ah! ¡ no suceda que tamaño ultrage

Me hagas, cortando el árbol donde vivo!

Deja, impío, ese acero, ó en las venas

Mancíllale ántes de la triste Armida:
 Tu espada solo por el pecho mio
 Al bello Mirto abrir camino puede.
 Alza él la espada, y su rogar desprecia;
 Pero ella en nuevos monstruos se transforma
 Como en sueños sucede de improviso
 De unas figuras á otras ír pasando,
 Así engrosó los miembros, y su rostro
 Tornó escuro, y dejó marfil y grana:
 Creció en gigante altísimo y tan féo
 Como Egeon con cien brazos armados;
 Cincuenta espadas con cincuenta escudos
 Amenazando resonar hacia.
 Toda otra ninfa, á mas, de ármaz se cubre
 Hecha un Cíclope horrendo; y él no teme,
 Ántes redobla gólpes en la planta
 Que cual si alma tuviera gime y llora.
 La atmósfera parece campo Estigio,
 ¡Tánton crecen y aumentanse los monstruos!
 El torbo cielo truena fulminando
 Rayos contra la tierra que retiembla.
 Crugen los vientos en tormenta horrible,
 Y le hieren el rostro al Caballero,
 Que en medio de ello nunca yerra golpe
 Ni tal furor un punto le detiene.

Corta el Nogal que Mirto parecia:
 El encanto dá fin; ya no hay espectros,
 El cielo se serena, el viento calla,
 Y á su ser natural el bosque vuelve,
 De horror lleno, es verdad, mas no de encantos

Horror que innato en él puso natura.
Procura el vencedor asegurarse,
Y vé que no hay encantos ya en el bosque.
Sonrióse despues, y entre sí dice:
«Oh! vanas apariencias! quien os teme?»
Y se dirige luego hácia las tiendas
Donde esclamaba Pedro el Ermitaño:
»Venció el encanto ya del bosque horrendo
El Caballero, y vencedor se vuelve:
Vedle;» Y de lejos él con su arnés blanco
Marcial aparecia y satisfecho;
Y las plumas de su Águila argentinas
Con fulgor desusado al sol brillaban.
Del campo alegre gritería mucha
Entre festivos vivas le saluda;
Y del Pío Bullon con ledo aplauso
Es recibido; y nadie hay que le envidie.
Dijo al Gefe el Guerrero: »Al tan temido
Bosque, cual me mandaste, fuí y lo vide:
Llegué y vencí su encanto: que hora vayan
Allá las gentes sin recelo alguno.»
Van á la antigua selva y allí cortan
Á su placer, y la madera eligen:
Y aunque un corto maestro con poco arte
Las máquinas primeras construyera;
Un artífice diestro en las de ahora
Con firmeza mayor unió las vigas.
Guillermo el duque de Liguria, que ántes
Todas las vastas mares señoreaba,
Tuvo al fin que ceder este dominio

Á las grandes escuadras sarracenas;
Y hora al campo traia de sus naves
Las armas de marina, y marineros.
Entre estos un artífice venia
De ingenio tal que á cualquier otro excede.
Cien maestros consigo á mas llevaba
Meros egecutores de sus planes;
El cual no solo fabricó al momento
Arietes, catapultas y balistas,
Que impedir puedan defender la plaza,
Y quebrantar los fuertes altos muros;
Sino que hizo una torre portentosa
De Abeto y Pino en lo interior tegida,
Y en lo exterior forrada bien de cuero,
Para de armas que incendian libertarse.

Ésta gran mole se arma y se desarma
Con sutiles encages que la unen.
En la parte inferior hay un ariete
Y en su mitad un puente levadizo
Para pasar al enemigo muro;
Y fuera de ella sale en lo mas alto
Otra torre menor que al punto crece.
Tan bien proporcionadas son sus partes
Que en cien volubles ruedas apoyada,
Cargada de armas, y de armada gente
Sin un trabajo grande andar se le hace.

El egército estaba todo absorto
Al ver tal prontitud y ártes no vistas;
Cuando al instante mismo otras dos torres,
Como aquella, se ven, bien acabadas.

Ni se ocultó del todo al sarraceno
 Las máquinas que estaban fabricando,
 Por que en los mas cercanos y altos muros
 Puesto habian escuchas y atalayas,
 Que Pinos y Olmos conducir veian
 Desde el vecino bosque al campamento
 Y máquinas formar: mas no del todo
 Reconocer podian su figura.
 Sus máquinas tambien ellos fabrican,
 Y sus torres refuerzan y murallas,
 Elevándolas mas por aquel lado
 Que menos fuertes ser les parecian;
 De suerte que á su ver no habia esfuerzo
 Capaz de combatir sus fuertes muros.

Ismeno sobre toda otra defensa
 Copia de mixtos grande preparaba.
 Mezcla el Mago traidor betun y azufre
 Que recogió en el lago de Sodoma;
 Y fue, creo, al infierno; y en el rio
 Que le dá nueve vueltas, tomó alguno.
 Hizo, así, un fuego hediondo de humo grande
 Y que en el rostro hiriera con sus llamas;
 Que con tal medio vindicar queria
 De su estimada selva los agravios.

Mientras que el campo y la ciudad se aprontan
 De este modo al asalto y la defensa,
 Una Paloma por aéreo rumbo
 Vióse pasar por sobre el campo franco,
 Que sin batir de sus livianas plumas
 Con el ála tendida sesgó el viento;

Y ya la mensagera peregrina
De lo mas alto á la ciudad bajaba,
Cuando un Alcon sali6, no sé de donde,
De corbo pico armado y largas uñas
Que entre el campo y los muros la acomete;
Y ella no aguarda tan sangriento choque,
Ántes huye veloz á refugiarse
Á la tienda mayor, y ya muy cerca
De la tierna cabeza está la garra,
Cuando se acoge de Bullon al seno.
Recíbela Gofredo y la defiende,
Y una cosa bien rara advierte en ella:
Vé penderle del cuello con un hilo
Un villete que oculta bajo el ala.
Le desata y le abre, y vé que habia
Muy poco escrito, y dice de este modo:
»Al Rey de Palestina y de Judéa
Salud desea el General de Egipto:
No desmayes, Señor, mantente firme
Por tres ó cuatro dias, que al fin de ellos
Llegaré á libertar aquestos muros
Y á tu enemigo mirarás vencido.»
Este el secreto fué que aquel villete
En caracteres bárbaros habia
Al portador volatil confiado,
Cosa que usaron en oriente mucho.
Dá libertad á la Paloma; y ella
Que ya el secreto revelado habia
Por rebelde teniéndose á su dueño,
Á él mas tornar no osó la infeliz nuncia.

Junta Bullon sus generales todos;
La carta les enseña y así dice:
»Ved cómo nos previene nuestros males
La providencia del Señor del cielo.
Precipitar el sitio es ya preciso;
Un nuevo asalto comenzarse debe,
Dó fatiga y sudor no se perdona
Para vencer del Sur el escarpado:
Ardua es la empresa; pero al fin posible.
El sitio y pasos observé yo mismo;
Y al ser mas fuerte por natura y arte,
Méno armas pondrán y menos gente.
Quiero que tú Reimundo, de ese lado
El muro con tus máquinas combatas:
Yo con mis armas y la grande torre
La puerta atacaré que está hácia el noto,
Para que al verla el enemigo, espere
Nuestra fuerza mayor por esa parte;
Que mi torre despues, que á poca costa
Se mueve, irá á batir por otro lado.
Tu llevarás, Camilo al mismo tiempo
No distante de mí la tercer torre.”

Calló: y Reimundo que junto á él estaba
Mientras que hablaba, reflexivo mucho,
Dijo; »Al plan que ha dispuesto Godofredo
Nada quitarse ni añadirse puede:
Quisiera solo, que se enviase alguno
Á aspirar del egipcio los arcanos,
Y nos contase el número y los planes
De quanto mas de cierto saber pueda.”

Dijo entonces Tancredo: »Un escudero
Tengo para este fin que es muy del caso,
Vivo, sagaz, y corredor muy grande,
Es arrojado mucho, y cauteloso,
Que habla diversas lenguas, y varía,
El metal de la voz y sus maneras.»

Vino llamado: y luego que hubo oído
Lo que Bullon y su Señor querían
Alzó los ojos, sonriose, y dijo:
»Voy á ponerme en marcha en este instante:
Presto estaré donde el egipcio tiene
Sus tiendas puestas confundido entre ellos.
Llegaré al campo en la mitad del día,
Y contaré los hombres y caballos;
Cuales sus fuerzas son, y aun lo que piense
Su General, prometo yo deciros.
De descubrir me jacto sus idéas
Y de dentro arrancárselas del pecho.»

Así dice Vafrino: y sin tardanza
Por un largo ropage el jubon trueca,
Muestra el desnudo cuello, y ciñe en torno
De la cabeza el enroscado lienzo;
Á lo asirio se armó de arco y aljaba,
Y en su aire todo bárbaro parece:
Cuantos hablar le oyeron, se pasmaron,
Tan sueltamente diferentes lenguas,
Que egipcio en Menphis, ó fenicio en Tira
Le creerian uno y otro pueblo.
Sobre un fogoso marcha que imprimia
Su planta apénas en la blanda arena.

Antes del tercer dia los latinos
Del camino las quiebras allanaron,
Y eficacia pusieron tanta en ello,
Que nunca fue el trabajo interrumpido
Sin reposar de noche ni de dia,
Ni hay cosa alguna que impedirles pueda
Hacer cuanto es posible hasta el estremo.

Del dia precedente al del asalto
Gran parte orando el Pío Bullon pasa,
Y tambien manda, que del pan celeste
Habiendo confesado coman todos.
Las máquinas despues á donde ménos
Piensa emplearlas junta en grande copia;
Y el pagano engañado se gozaba
Viéndolos ir á la invencible puerta:
Despues en medio de la noche oscura
La gran máquina mudan á la parte
Donde es mas recto el muro, y es mas débil
Cuanto ángulos salientes tiene ménos:
Y sobre el monte á la ciudad se acerca
Reymundo con su torre; y con la suya
Camilo hácia el noroeste se arrimaba.

Apénas, pues, del sol los matutinos
Mensageros se ven en el oriente,
Los turbados paganos advirtieron
Que la torre no está donde solia;
Y á un lado y otro vieron elevarse,
Otras dos torres mas que no habian visto;
Y en número infinito divisaban
Catapultas, arietes y balistas:

La turba de Solima diligente
Muda sus muchas máquinas de donde
Primero presentó Bullón las suyas,
Y hácia dó hora amenaza las conduce.

El General no olvida que á su espalda
La hueste egipcia está: y el paso ocupa;
Á Güelfo llama y á los dos Robertos,
Y les dice: »Á caballo de continuo
Y alerta estad, entanto que yo subo
Donde el muro parece menos fuerte
Por si llega el egército; no cargue
De los que baten la ciudad la espalda.»

Dijo: y ya por tres partes crudo asalto
Las tres colunas daban valerosas;
Y opone el Rey su gente en las tres partes,
Y ármase él mismo, lo que nunca hacia,
Él á su cuerpo trémulo y pesado
Con los años, las armas que no usaba
Despues de mucho tiempo ciñe; y mueve
Contra Reymundo: á Soliman envia
Contra Gofredo; y al feroz Argante
Contra Camilo, que de Boemundo
Le acompaña el sobrino, dirigido
Por la suerte á matar á su contrario.

A disparar comienzan los flecheros
De veneno mortal infectas saetas,
Y el entoldado cielo se oscurece
Bajo la nube inmensa de los dardos.
Mas con fuerza mayor, golpes mas crudos
Despedian las máquinas murales

En gruesas y pesadas grandes piedras,
Y con puntas de acero herradas vigas:
Un rayo es cada piedra que quebranta
La armadura y los miembros de tal modo
Que hace perder no solo el alma y vida,
Sino del cuerpo y cara la figura.
Ni en la herida la lanza se detiene
Que mas allá del golpe pasa mucho;
Por un lado entra y por el otro sale
Huyendo; y muerte deja cuando huye.

No empero tal furor, de la defensa
La sarracena gente apartar puede:
Tendido habian contra aquellos golpes
Telas flexibles y otras cosas blandas,
Y el arma que allí llega se contiene
Y se embota no hallando resistencia:
Ellos responden con volantes armas
A donde mas espesas ven las tropas.
A pesar de todo esto, el asaltante
El triple ataque no alrojaba un punto.
Unos bajo las máquinas se cubren
Contra el diluvio inutil de saetas,
Y otros llevan al muro alto las torres
Que con toda su fuerza ellos apartan.
Bajar los puentes procuraban todos,
Y el muro bate en tanto el duro ariete.

Reynaldo iba vagando irresoluto,
Que aquellos riesgos de él aun no eran dignos,
Y por honor juzgaba adozenado
Ir confundido entre la grande turba.

Los ojos gira en torno, y el camino
Solo quiere probar que á otros no es fácil:
Por donde el muro es mas inaccesible
Y está tranquilo, quiere dar asalto;
Y tornándose á aquellos valerosos
Guerreros que Dudon mandaba un tiempo:
»¡Qué vergüenza, les dice, que aquel muro
Paz y reposo entre armas tantas goze!
Huyen los riesgos del valor y audacia:
Todo camino al animoso es llano.
Vamos allá: para frustrar sus tiros
Nuestros escudos la tortuga formen.»
Dijo: y todos al punto se le unieron
Y alzaron sus escudos de manera
Que un férreo techado impenetrable
Contra la horrible tempestad hacian,
Y á su favor cubiertos los briosos
Van de carrera, y nada los detiene;
Por que resiste la tortuga gruesa
Cuanto ruinoso desde lo alto arrojan.
Llegan al pié del muro: allí Reynaldos
Una escala endereza de cien gradas,
Y con brazo tan firme la maneja
Como delgada caña mueve el viento.
Lanzas, columnas, parapetos, vigas
Le arrojaban, y á él nada le detiene;
Que intrépido é invicto despreciára
Si el Osa le cayera, ó el Olimpo.
Una selva de dardos y ruinas
Con su espalda sostiene y con su escudo;

El muro hace temblar con la una mano,
La otra elevada su cabeza cubre.

Mueve el egeemplo de tan raros hechos
Á los demas; y ya no sube él solo,
Que muchos trepan por escalas áltas;
Mas la suerte y valor no son iguales.

Mueren unos, caen otros; y él sublime
Á estos ánima, y amenaza aquellos.

Tan alto está que á las almenas mismas
Puede alcanzar en estendiendo el brazo.

Acude gente mucha á rechazarle;
Precipitarle intentan y no pueden.

Cosa ádmirable! á una muchedumbre
Uno solo en el aire resistia!

Y con la oposicion sus fuerzas crecen,
Como la palma á quien oprime un peso,

Con tanta mayor fuerza se levanta.

Vence á la fin los enemigos todos;
Todo obstáculo aparta que le impide,

Y al muro salta, y le domina; y abre
Seguro paso á los que en pos subian.

Y al hermano menor de Godófredo,
Que cayéndose estaba; la una mano

Victoriosa le dá y le sube arriba.

En tanto el General en la otra parte
Corre fortuna varia y peligrosa;

Que allí no solo entre hombres se peléa,
Si es que tambien las máquinas trabajan.

Los paganos un tronco alzado habian
Que un tiempo mastil fue de un gran navío;

Sobre él con la cabeza bien herrada
Una gran viga hay al traves suspensa
Que retirada atras por gruesos cables
Despues vuelve adelante impetuosa:
Escóndese otras veces en su hueco
Y el cuello entonces la tortuga saca.
De este modo la dura viga inmensa
Sus golpes redoblaba en la gran torre,
Y sus junturas aunque bien unidas
Le aflojaba, la abria y quebrantaba.
Tenia ya la torre ármes seguras
Para este caso, y dos guadañas eran,
Que hácia el leño alargadas con gran arte
Las cuerdas con que pende le cortaban.
Como un peñasco grande á quien los años
De un monte arrancan, ó el furor del viento;
Se despeña ruinoso, y arrebatá
Las selvas los apriscos y aduares:
Así arrastraba de la altura enorme
La horrible viga el muro, ármes, y gente;
Crugir se oyó la torre, tembló el muro,
Y todos los collados resonaban.
Victorioso Bullon pasa adelante,
Y ya los muros ocupar creia;
Mas llama entonces fétida y humosa
Lanzar se vió contra él en aquel punto:
Ni del sulfúreo seno fuego tanto
Al Mongibelo vióse arrojar nunca;
Ni en el estivo ardor jamas el cielo
Indio lluvió vapores tan calientes:

Vasos y astas se ven ardiendo, y globos
Dó luce negra y sanguinosa llama;
Un hedor pestilente vá exhalando,
Y ensorda cual un trueno el gran ruido:
El humo ciega, prende el fuego, y arde;
El cuero aunque mojado, al fin seria
Reparo corto á la indefensa torre;
Ya suda, ya se arruga, y si mas tarda
El socorro del cielo ardiera acaso.
Delante está de todos el gran Gefe
Sin que mude el color ni dege el sitio;
Y está animando á los que al cuero enjuto
Agua echaban que el fuego inutilice.
Á tal estado estaban reducidos;
Y ya á faltarles empezaba el agua,
Cuando un viento se mueve de repente,
Que contra sus autores vuelve el fuego,
Y los lienzos que alzaron los paganos,
Por ser materia blanda y combustible,
Arde, y los deja sin reparo alguno.
Oh General glorioso! Oh del Dios grande
Protegido, y amado de Dios mucho!
Por tí el cielo peléa: y obediente
Viene llamado á son de trompa el viento.
Mas Ismeno el impío, que sus mixtos
Vió contra sí que el Boreas convertia
Quiere uso hacer de sus falaces ártés,
Y hacer cambiar aquel viento contrario;
Y entre dos magas que eran de él secuaces
Á cuerpo descubierto sube al muro;

Y torbo, y negro, y pálido, y barboso
Es Caronte ó Pluton con las dos Furias.
Ya el murmurar se oía de palabras
Con que el Cocito y Flegetonte tiemblan:
Ya se turba la atmósfera; ya ciñe
El sol su frente de enlutadas nubes;
Cuando del alta mole fué lanzada
Peña que hizo de un monte una gran parte,
Y á los tres dió tan bien, que un golpe solo
Su sangre y miembros esparció en un punto,
Y en tan pequeñas partes los divide,
Como bajo la rueda áspera y ruda
Suele quedar molido el tierno grano.
Los tres malos espíritus el cielo
Con horribles gemidos claro dejan,
Y á las sombras huyeron infernales.
¡Escarmentad, mortales, en su egemplo!
En este tiempo á la ciudad la torre
Á favor del incendio de la plaza
Tanto se acerca, que bajar podia
Y sobre el muro asegurar el puente:
Mas Soliman intrépido allí corre
Y el paso angosto aquel cortar procura
Á golpes redoblados; y lo hiciera
Si de pronto otra torre no se alzára
Al mas alto edificio dominando.
Atónitos quedaron los infieles
Viendo estar la ciudad mas baja mucho:
Pero el Turco feroz, aunque le inunda
De piedras un diluvio guarda el sitio;

Ni desconfía de cortar el puente;
Y ánima á los demas que huyen de miedo.

Á Godofredo se aparece entonces
Miguel Arcangel, á él solo visible:
De celestiales armas vá ceñido;
Muy mas que el sol brillante en claro dia.

»La hora llegó, le dice, Godofredo,
De que salga Sion del crudo yugo:
No bajas, nó los asombrados ojos;
Con qué fuerzas te auxilia el cielo mira:
Esa vista levanta, y vé el inmenso
Egército inmortal que hay en los aires.
Ya he disipado en tí la densa nube
De vuestra humanidad, que á los sentidos

De los mortales es como una venda.
Los espíritus puros ya ver puedes,
Y sostener por un espacio corto
De las formas angélicas los rayos.
Mira: de los que fueron campeones
De Cristo ya sus almas celestiales
Que aquí peléan, y en la gran conquista
Partir quieren contigo el alta gloria.

Allá dó ves turbiones de humo y polvo,
Y ruinas de casas y edificios;
Entre esa niebla densa Hugon combate,
Y los cimientos rompe de las torres.

Acá mira á Dudon que la gran puerta
Aquilonar ataca á sangre y fuego,
Ármas dá á los guerreros, los concita,
Y él endereza y tiene las escalas.

El que en la cima ves de sacras ropas
 Y la corona clerical abierta,
 Es el alma beata de Ademaro:
 Mírale; señas te hace y te bendice.
 La vista eleva mas, y vé reunido
 Todo el divino egército celeste."

Alzó los ojos él, y vió formando
 Una milicia alada innumerable
 Tres círculos concéntricos; y de ellos
 Mayór el mas escéntrico, y los otros
 En razon de sus radios son menores.
 Bajó en esto los ojos deslumbrado,
 Y al volverlos á alzar ya no vió nada:
 Pero al mirar su gente en todas partes
 Vé que á ellos todos la Victoria rie.
 Que en pos del hijo de Bertoldo, muchos
 Héroes saltan, y que él mataba infieles.

Pícase el General con su demora:
 La enseña arranca al fiel alferez bravo;
 Vá el primero á pasar el puente, y halla
 Que al medio á detenerle el Soldan sale.
 Un corto paso es campo de infinito
 Valor que allí se muestra en pocos golpes.

Grita el fiero Soldan: »Por daros vida
 La mia os sacrificio: por mi espalda
 Cortad el puente, amigos, al momento,
 Que aqui perezco, y caro ha de costarles;
 Pero venir de lejos vé á Reinaldos
 Con faz horrenda, y todos de él huian.
 »¿Qué haré yo ahora? si la vida pierdo;

La pierdo, dice, y la malogro en vano.
Pero él al ir á la defensa nueva
El paso libre á Godofredo cede,
Que le amenaza y sigue; y de la santa
Cruz el pendon arbola sobre el muro.
La vencedora insignia con mil vueltas
Altiua gira enderredor y ufana,
Y el zéfiro parece reverente
Que la tremola, y brilla el sol mas claro.
Todo dardo ó saeta que le tiran
Ir sin fuerzas, ó atras volver creyeras.
Y que Jerusalem y todo el monte
Con sumision la acatan ledamente.
Victoria en voz altísima y festiva
Por todas partes el cristiano aclama:
Los montes resonaron repitiendo
Los últimos acentos; y en tal punto
Venció todo reparo el buen Tancredo
Que contra él oponia el fiero Argante,
Y su puente bajando tambien pasa
Veloz al muro y arboló la enseña.

Empero al mediódia, dó el canoso
Reymundo ataca al Palestin Tirano,
Los gascuños guerreros todavia
Juntar la torre á la ciudad no pueden,
Que la tropa escogida el Rey mandaba,
Y obstinados están en la defensa;
Y aunque algo mas endeble era allí el muro
Mayor defensa en máquinas tenia:
Y mas que hácia otro lado en esta parte

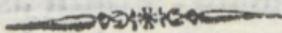
Aspero es el acceso á la gran mole;
Ni arte alguna impedir pudo, que un tanto
La natural defensa la atrasára.

Oyen cantar victoria en este tiempo
Los defensores y gascuños todos;
Ven el Tirano, y conde de Tolosa
Que la ciudad tomada está en lo llano;
Y Reymundo á los suyos así grita:
»La ciudad se ha tomado camaradas,
Y aun vencida resiste! ¿y quedaremos
Solos sin tener parte en la alta empresa?»
Pero el Rey cede al fin y se retira
Desesperada la defensa viendo,
Y á un castillo se acogen alto y fuerte,
Donde otro asalto sostener aguardan.

Entra entonces triunfante el campo todo
Por sobre las murallas y las puertas,
Que está ya abierto todo y destruído
Cuanto pudiera detener el paso.
Entran á fuego y sangre y van los duelos
Con el horror unidos y la muerte.
Forma lagos la sangre, y ríos corren
Llenos de cuerpos muertos y mal vivos,

FIN DEL CANTO DÉCIMOCTAVO.

CANTO DÉCIMONONO.



La muerte, la pavora, ó la prudencia,
 Ya los paganos retirado habia;
 Solo quedaba en los vencidos muros
 El pertinaz y furibundo Argante
 Con faz terrible intrépida y segura,
 De enemigos cargado peleando;
 Mas que morir temiendo el retirarse,
 Y aun muriendo vencido ser no quiere:
 Pero á la multitud que le cargaba
 Tancredo se allegó, y tiróle un golpe.
 Al punto reconoce el Circasiano
 En el aire, y acciones y las armas
 Al que lidió con él, y al sexto dia
 Volver le prometió mas no lo hizo;
 Y hora le grita: »¿Así la fé, Tancredo
 Me guardas tú? vienes así á buscarme?
 Vuelves tarde, y no solo: mas no importa,
 Contigo reñiré de todos modos:
 Bien que no un gran guerrero me pareces;
 De máquinas autor mas bien dirémos.
 Desfiéndate tu gente: qué en tu auxilio
 Nuevo guerrear y nuevas armas traigas,
 Nada podrá librarte de mis manos,

Terrible matador del sexo débil."

Contesta de desprecio con sonrisa
El buen Tancredo; y luego altivo dice:
»Tarde es mi vuelta; y aun así estoy viendo
Que te ha de parecer sobrado pronto:
Entre tú y yo desearás que hubiera
Todo un Alpe, ó el mar profundo y vasto:
Y que el temor no pudo detenerme
Ni vileza, dirántelo mis obras.
Ven á solas conmigo tú homicida
De gigantes no mas y hombres famosos,
Que un matador te reta de mugeres."

Así le dice: y vuélvese á los suyos;
Los manda retirar, y así les dice:
»Dejad ya de ofenderle, que es mas mio
Que enemigo comun este; y me aguija
Antigua obligacion á combatirle."

»Vamos abajo acompañado ó solo,
Como tú quieras, dijo el Circasiano,
Á un solitario ó público parage,
Que aunque ventajas tengas no te dejo."
Hecho así y aceptado el desafio,
El paso á la gran lid mueven acordes;
Los acompaña el odio; y de enemigo
Su defensor ahora el rencor le hace.
¡Tal es de honor el celo de Tancredo,
Y el ansia por la sangre del Pagano!
Ni apagar la sed crée de sus íras
Si otra mano una gota le usurpára:
Con su escudo le cubre, y muy de lejos

À cuantos halla intima no le hieran.
 Así libre sacó á su enemigo
 De las airadas armas vencedoras.

Salen de la ciudad; y dan la espalda
 Al campamento de la franca gente,
 Y siguen una senda que los lleva
 Por ocultos redéos hasta un valle
 Muy sombrío y angosto que demora
 Entre varios cabezos que le cierran,
 Y para lides hecho parecia.

Ambos aqui se paran; y suspenso
 La afligida ciudad miraba Argante.
 Vé Tancredo al Pagano sin escudo,
 Lejos el suyo arroja, y despues dice:
 »¿Qué idéas son las que hora te detienen?
 ¿Piensas que ya llegó tu postrer hora?
 Si este recelo acaso te intimida
 Tarde es ya ese temor inoportuno.»

»Pienso, responde, en la ciudad, del reino
 De Judéa señora tan antigua,
 Que ya es vencida; y libertarla en vano
 De su fatal ruína procuraba;
 Y que es corta venganza á mi despecho
 Tu cabeza que el cielo me ha entregado

Calla: y con gran cautela se acometen
 Que el valor del contrario ambos conocen.
 És Tancredo de cuerpo muy ligero
 Y de pies velocísimos y manos:
 Mas alto es que él de toda la cabeza
 El fiero Argante, y mucho mas membrudo.

Agachado girar se vé á Tancredo
Y arrojarse y meterse por debajo;
Él con su espada encuentra la enemiga
Y la recibe, y diestro la rechaza;
Pero derecho y firme el bravo Argante
Con arte igual otra actitud presenta:
Tiende adelante el brazo cuanto puede,
Del otro el cuerpo y no el hierro buscando;
Por sus flancos aquel quiere atacarle;
Siempre éste al rostro le presenta el hierro,
Le amenaza y le frustra cuidadoso
Su furtivo atacar, y prontos pasos.
Así naval combate, en mar tranquilo
Donde no sopla el africano ó noto,
Igual se vé de desiguales naves,
La una mayor, y la otra mas ligera.
Con vueltas vivas acomete la una,
Y luego vira: la otra se está inmobil;
Y cuando se aproxima la liviana,
Destruirla amenaza de alto bordo.
Mientras por bajo el franco le acomete
El hierro que le opone desviando,
Vibra Argante la espada, y le presenta
La punta al rostro y él acude al quite;
Pero el Pagano con presteza tanta
La dirige al costado, que le hiere,
Y esclama en vista de ello: »¡El gran maestro
Del arte de esgrimir está ya herido!
Tancredo entre vergüenza y el enojo
Se carcome, y no cura de cubrirse,

Y en tal manera la venganza anhela
Que perder le parece el vencer tarde,
Con la espada al ultrage le responde;
Al yelmo la dirige abriendo el paso;
Rebate Argante el golpe, y con denuedo
Adelanta Tancredo á media espada
Con el izquierdo pié pasando entonces;
Ase el brazo derecho con la izquierda
Y con la diestra entanto en el costado
Mortales estocadas le redobla:

»Esta respuesta al vencedor maestro
Le dá el espadachin vencido:» dice.

Brama y se agita enfurecido Argante,
Mas no puede librar el brazo asido.
Deja la espada al fin de la cadena
Pendiente, y al Latino se abalanza;
Lo mismo hizo Tancredo, y con gran furia
Ambos se unen, se estrechan y comprimen.
Ni de la enjuta arena con mas brío
Suspendió Alcides y oprimió al gigante,
Que la que empléan los nerviosos brazos
Para formar el nudo indisoluble;
Y al fin de una terrible y fiera lucha
Los dos sobre el costado al suelo fueron;
Argante por mas diestro ó mejor suerte
Libre hácia arriba tiene su derecha;
Pero la mano para herir mas apta
Queda debajo al Campeon Latino,
Que su peligro y desventaja viendo,
Despréndese y ligero en pié se pone.

Mas tardo el Sarraceno se levanta,
 Y un gran tajo recibe ántes encima:
 Y como al euro la frondosa copa
 Dobla, y al punto vuelve á alzarla el pino;
 Así, casi al caer, su valor propio
 Sostiene á estotro firme, y le levanta.

Tíranse golpes mil en mil maneras,
 Y horrenda es mas sin arte ya la pugna.
 Por varias partes sangre echa Tancredo;
 Mas cual torrentes la derrama el otro;
 Sus fuerzas menguan, su furor decáe
 Como al faltarle pávulo á la llama.
 Tancredo que le vé con brazo exagüe
 Tirar golpes mas flojos por momentos
 Su corazon magnánimo sin íra
 Retírase hácia atras, y dice afable:

»Ríndete hombre valiente; ó bien confiesa
 Que te vencí ó almenos la fortuna:
 Ni exijo triunfos ni despojos tuyos,
 Ni sobre tí derecho alguno quiero.»

Furibundo el pagano mas que nunca,
 Y en cólera montado le responde:
 »¿De vencedor presumes y te jactas
 Y propones á Argante una bageza?
 Aprovecha tu suerte que no temo,
 Ni he de dejar impune tu osadia.»

Como antorcha que aumenta al estinguirse
 La llama, y luminosa al fin se apaga;
 Tal de íra hinchiendo su menguada sangre,
 Vigor tomó su desmayado esfuerzo,

Y la hora ya cercana de su muerte
Con generoso fin ilustrar quiso.
Á la otra mano la siniestra junta,
El hierro empuña con las dos unidas,
Tírale un tajo, y aunque encuentra opuesta
La espada del contrario, no es bastante:
Llega á la espalda, y desde arriba abajo
Heridas muchas le hizo en solo un golpe.

Si no temió Tancredo, es que audaz pecho
De temor incapaz le dió natura.

Redobla el fiero golpe aquel; y en vano
Su fuerza y su furor al viento esparce;
Por que le vé tirar el buen Tancredo,
Y el cuerpo hurtó, librándose hácia un lado.

Tú por tu peso, Argante, con la barba
Diste en el suelo sin poder valerte:
Por tí caiste, y venturoso en ello,
Que de hacerte caer nadie se alabe.
Sus heridas con esto se dilatan,
Y á raudales la sangre se difunde.
Su izquierda apoya en tierra, y se endereza
Sobre la una rodilla, y aun se cubre.

Ríndete, grita, y nueva oferta le hace
Sin enojarle el vencedor urbano.

El otro entanto tírale de pronto,
Y en un talon le hiere y le amenaza.
Tancredo entonces se enfurece y dice:
»¿Así, traidor, de mi piedad abusas?»
Y la espada introduce varias veces
Por la visera sin errar el golpe.

Argante muere, y muere cual vivia,
 Al morir amenaza y no decáe:
 Soberbios, formidables y feroces
 Fueron al fin sus postrimeros dichos.
 Tancredo el arma victoriosa envaina,
 Y el honor de este triunfo á Dios ofrece:
 Mas lánguido y sin fuerzas ha dejado
 La sangrienta victoria al victorioso;
 Y que el camino resistir no pueda
 Su caido valor recela mucho.
 Encamínase al fin; y poco á poco
 Por dó vino corriendo el paso mueve.
 Ni arrastrar casi puede el débil cuerpo
 Y mas se cansa cuanto mas se esfuerza:
 Siéntase, pues, en tierra, y la megilla
 Sobre la mano trémula apoyaba;
 Dar vueltas cuanto mira le parece,
 Y la luz de sus ojos le abandona.
 Desmáyase por fin; y del vencido
 El vencedor apenas se distingue.
 Durante el tiempo de esta lid privada
 Que suscitó el ardor de dos guerreros,
 Llenaban de Sion los vencedores
 El pueblo criminal, de horror y muertes.
 ¿Quien de aquella ciudad jamas podria
 Pintar la imágen dolorosa y triste,
 Ni con palabras esplicar el fiero
 Espectáculo atroz y miserando?
 Lleno de estragos ya se mira todo:
 De hacinados cadáveres hay montes;

Heridos sobre muertos; y yacian
Bajo de muertos, vivos sepultados:
Destrenzado el cabello tristes madres
Huyen llorando con el hijo al pecho;
Y del cabello arrastra las doncellas
De gran botin el triunfador cargado.
Por el camino entanto que al poniente
Vá del gran templo santo hácia la cima,
De polvo mancillado y sangre agena
Corre Reinaldo al pueblo infiel siguiendo;
La fiera espada el generoso esgrime,
Y en cabezas armadas hace estragos,
Yelmos y escudos son reparo débil,
Y es armado no estar mayor defensa;
Que contra el hierro solo úsa del hierro,
Y al inerme ofender á mengua tiene,
Y con la vista, y con la voz terrible
Ahuyenta al pueblo tímido y cobarde.
De valor maravillas obrando iba:
Ya ofende, ya desprecia, ya amenaza.
Con riesgo desigual iguales corren
Los inermes huyendo y los armados;
Y con el pueblo débil se retiran
Guerreros muchos de los mas valientes
Al Templo, que aunque ha sido veces muchas
Destruído y despues reedificado,
Del fundador primero guarda el nombre
De Salomon, que le hizo en otro tiempo
De cedro, marmol, y alabastro, y oro:
No ya tan rico, pero sí mas fuerte

Puertas de hierro tiene y altas torres.

Llegó el gran Caballero á dó acogida
En el alto lugar la turba estaba;

Las puertas vió cerradas, y vió muchas
Defensas preparadas en lo alto.

Alzó su hórrida vista; y por dos veces
Todo lo miró bien de arriba abajo

Paso ángosto buscando, y otras tantas
Con las veloces plantas lo rodéa:

Cual carnicero Lobo en noche oscura
El cerrado redil recorre ansioso,

Seca el ávida fauce, y con el hambre
Y el odio natural la íra exaltada;

Tal él entorno busca si hay alguna

Entrada, ó bien por donde abrirla pueda.

Párase en fin, y los que arriba estaban
Afligidos esperan el asalto.

Á un lado encuentra una disforme viga

Que no sé con que objeto estaba en tierra;

Ni tan alto jamas ni tan robusto

Mástil se ha visto en liguriana nave;

Y con mano á que es leve el mayor peso

La lleva el Caballero hácia la puerta;

Pónela en ristre cual si fuera lanza,

Y en ella choca impetuoso y firme:

Ni el marmol ni el metal resistir pueden

Al golpe duro; y mas al repetirlo;

De la piedra arrancó los duros goznes,

Rompió cerrojos, y abatió las puertas:

Ni estrago mas hacer puede el ariete

Ni mortal rayo que lanzó bombarda.
 Por aquel paso franco gente mucha
 En pos del vencedor vá cual diluvio,
 Y en el lugar que fue mansion de Cristo
 Hace mísero estrago infausto y triste.
 Oh justicia del cielo! cuanto tarda
 Tanto mas grande sobre el pueblo inicuo!
 Por tus designios despertastes altos
 Crudo furor en los piadosos pechos.
 Lavó el pagano impío con su sangre
 El templo aquel que ha tiempo profanaba.
 Entanto Soliman á la gran torre
 Llamada de David se dirigia;
 Hace allí entrar el resto de sus tropas,
 Y luego corta los caminos todos:
 Aladin el tirano tambien llega,
 Y al verle Soliman así le dice:
 »Ven Rey famoso, ven; á este peñasco
 Acógete fuertísimo; y seguro
 Del furor de las armas enemigas
 Puedes estar, y tu salud, y el reino."

»Ay de mí! le responde: que hoy acaba
 Con toda la ciudad bárbaro encono!
 Ya fué mi vida, fue el imperio nuestro!
 Viví y reiné: ni reino ya ni vivo!
 No somos ya! nuestra menguada hora
 Llegó y último fin inevitable!"

»¿Qué es ya, Señor, de tu valor antiguo?
 Enternecido el Gran Soldan replica,
 Qúitenos reinos la contraria suerte

Mas no nos privará de un alma grande:
Pero acá dentro ya de la fatiga
Á tus cansados miembros dá reposo.”

Así le dice: y hace se recoja
El Rey anciano en retirada estancia:
Herrada maza él toma con dos manos,
La fiel espada á su costado ciñe,
É intrépido se cruza en el camino
Que interceptado habia al franco pueblo.
Mortales eran sus horrendos golpes;
Al que no mata al suelo le derriba;
Y á dó quiera que vá con su gran maza
Huyen del sitio atrincherado todos.

De su tropa feroz acompañado
Reimundo el tolosano entonces llega:
Se arroja osado al paso peligroso
Despreciando el Anciano aquellos golpes:
Tiróle este primero inutilmente;
Y el otro con un golpe le contesta
Que dió en su frente, y derribóle el peso
Estendido en el polvo boca abajo.
Recobran con tal hecho los vencidos
Aquel valor que el miedo les quitaba,
Y los francos rechazan vencedores,
Ó muertos en la entrada los aterran.

Mas el Soldan al ver que á sus pies yace
El semivivo Gefe entre los muertos:
»Dentro llevad, á sus guerreros grita,
Ese enemigo, y aherrojadle al punto.”
Pronto ellos van á egecutar la órden;

Pero la empresa es dura y fatigosa,
Por que á Reimundo mucho ama su gente,
Y á defenderle todos se apresuran.
En unos el furor, piedad en otros
Concita á pelear y es digno objeto;
Que de hombre tal la libertad y vida
Querer robar, y conservar es justo.

Vencido Soliman por fin hubiera,
Que estaba obstinadísimo en vengarse,
Y á su pesada maza no resisten
Ni el doble escudo ni el templado yelmo;
Cuando un socorro grande á sus contrarios
Con priesa mucha vé que les llegaba.
De opuestos lados júntanse en un punto
El Guerrero terrible y Godofredo.
Como el pastor del viento á los crugidos,
Y el trueno al retumbar relampagueando
Vé con mil nubes entoldarse el dia;
Del campo raso su rebaño aparta,
Y solícito algun abrigo busca
Contra las íras que descargue el cielo;
Con su cayado y voces le dirige
Á la majada, y el postrero él entra:
Así el Pagano, que venir sentia
Aquel turbion y tempestad furiosa,
Cuyo horrendo rumor llegaba al cielo,
Llenando todo de latinas armas:
Hace primero retirar su gente
Á la gran torre, el último se queda,
Y audaz se muestra y cuerdo á un tiempo mismo.

Apenas con trabajo hubo cerrado
Las puertas todas y quedado dentro,
Cuando Reinaldo las barreras rompe,
Á los umbrales llega, y no se pára,
Que le concitan de ambicion la gloria
Y el juramento que prestado habia
De la muerte vengar del brabo Esveno;
Y bien hubiera su invencible mano
Batido el fuerte inespugnable muro;
Y el Soldan dentro de él, de su enemigo
Fatal no bien seguro se encontrára:
Pero Bullon la retirada toca
Viendo que el orizonte se oscurece.
En la ciudad se alojan, y á otro dia
Por fin resuelve dar el nuevo ataque,
Y con ledo semblante así les dice:

»Ya lo mas está hecho; poco falta
Para llegar al fin: ya no hay temores.
Esa torre mañana tomaremos
Que hoy es de infieles miserable asilo.
Muévaos piedad entanto á dar socorro
Con solícito amor á los llagados;
Id á curar los que esta patria nueva
Nos han comprado á costa de su sangre;
Y á los cristianos mas esto conviene
Que de venganza el ánsia, ó de riquezas:
¡Bien se han visto hoy estragos demasiados!
Cese ya el sacó, la matanza cese,
Y esta mi voluntad la trompa anuncie.”
Calló: y despues se fué á dó está el Conde

Mal recobrado aun del golpe fiero.

Con muy erguida frente el Soldan habla

A los suyos y oculta sus pesares:

»Sed invencibles, compañeros, mientras

Hay esperanza: y pese á la fortuna;

Que el daño tanto no es como parece.

Solo muros y techos han tomado

Los enemigos, y el humilde vulgo:

En cabeza del Rey, en vuestros pechos,

Y en vuestras manos la ciudad existe.

Véo al Rey salvo y sus mejores tropas;

De alta defensa estamos circuidos.

En vano un suelo abandonado gozen,

Que al fin la guerra les será funesta:

Bien cierto estoy que así ha de sucederles.

Con la fortuna próspera entregados

Con insolencia al homicidio y robo,

Y á las injurias del carnal abuso;

Facilmente serán entre ruínas

Y estupro, y pillage sorprendidos,

Si en abandono tal de Egipto llega

La hueste que no puede estar ya lejos:

De la ciudad los edificios altos

Desde aqui dominamos; y las calles

Que al sepulcro dirigen, con las piedras

De las máquinas nuestras cortarémos.”

Así en los corazones ya caidos,

Que animaba, nacia la esperanza.

Mientras aquí todo esto sucedia

Vafrino andaba entre enemiga gente;

Que cuando por espía fué elegido,
Declinando ya el sol salió del campo.
Camino oscuro y solitario lleva
El peregrino incógnito y nocturno.
Pasó por Ascalona, y no salía
Aun por oriente el astro matutino;
Y cuando el sol brillaba en lo mas alto
El poderoso egército descubre.
Vé tiendas infinitas, y sobre ellas
Banderas tremolar de mil colores:
Tan gran rumor oyó de idiomas varios,
Y tímpanos, cornetas, y metales,
Y de Elefantes voces y Camellos
Entre relinchos de caballos nobles;
Que entre sí dijo: »¡Aquí el África toda
Se ha trasladado con el Asia entera!»

Antes de entrar observa si es muy fuerte
El campamento, y si le cerca un foso;
Y sin buscar caminos escusados,
Ni del mayor concurso retirarse
Por la entrada mas ancha vía recta
Pasa; y vá preguntando y respondiendo;
Y en las preguntas y respuestas prontas
Audaz serenidad manifestaba.
Todo lo anda solícito, y recorre
Todas las tiendas, plazas, y las calles:
Los guerreros, caballos y armas mira;
Su disciplina vé, sabe sus nombres,
Y con esto tampoco se contenta,
Que secretos árcanos vá indagando.

Tal maña al fin se dá, que hallar entrada
Del Soberano á la gran tienda sabe.

Rasgado observa estar un poco el lienzo,

Y oye por allí hablar, y aun se vé algo

De lo mas retirado de la tienda

Real que justamente allí caia,

Y los secretos por de fuera todos

Se entendian fijando allí el oido.

Vafrino observa la deshecha haciendo,

Y componer la tienda aparentaba.

Con su testa desnuda estaba el Gefe,

El cuerpo armado y con purpureo manto,

Lejos dos pages con su escudo y yelmo,

Y él empuña una lanza en que se apoya.

Mirando á un hombre está de aspecto torbo,

Membrudo y alto que á su lado estaba.

Vafrino escucha, y de Gofredo el nombre

Habiendo oido pone mas cuidado.

Á aquel dice Emireno: »¿Con que cierto

Estas de dar á Godofredo muerte!»

»Lo estoy, responde, y mas no tornar juro

Si vencedor no vuelvo á tu presencia:

Yo he de ser el primero que le ataque;

Y en recompensa premio mas no exijo

Si es que en troféo yo sus ármass cuelgue

Con la inscripcion siguiente allá en el Cairo:

»Al general frances destructor de Asia

Quitó Ormundo estas ármass en la guerra

Cuando le arrancó el alma; y las suspende

Para memoria eterna á los futuros.»

»El Rey no dejará, le dice el otro,
Tan generosa accion sin recompensa;
Y eso que pides concederte debe
De otra merced muy grande acompañado:
Apresta pues esas fingidas armas
Que está de la batalla cerca el dia.»

»Prontas están.» responde: y esto dicho
El General calló, y calló el otro.

Quedó Vafirino oyendo cosas tales
Atónito y dudoso, discurriendo,
Qué conjuracion fuese, y qué fingidas
Armas, que comprender él no ha podido.

Fuese de allí; y aquella noche toda
Dormir no quiere y la pasó despierto:
Y cuando ya de nuevo las banderas
El Aura matutina tremolaba,
Marchó en la formacion con la otra gente,
Parándose él tambien donde hacen alto;
Y allí volvió otra vez de tienda en tienda
Por ver si así salir de dudas puede.
Buscando, encuentra en alto asiento y rico
Entre damas, á Armida, y caballeros
Que suspirando está y en sí metida,
Y al parecer consigo misma hablando;
Sobre la mano cándida apoyada
La megilla, y en tierra sus lumbreras.
No vé si llora ó nó: mas vé que tiene
Llenos de pérlas y húmedos los ojos.
Sentado al fiero Adrasto en frente mira
Que pestañar ni aun respirar parece.

Tan pendiente está de ella; y tan de fijo
Tiene su mente en ella y sus deséos.

Mas Tisafernes á uno y otro rostro
Mirando, ora se ensaña, ora codicia,
Y en su voluble faz se ven señales
Ora de amor, y ora de furia insana.
Luego advierte á Altamor que está en un corro
De otras damas un tanto separado:
No deja su pasion á rienda suelta,
Pero sus ojos codiciosos vagan
Ya por el alba mano y rostro hermoso,
Ya acaso acecha parte mas oculta,
Y allí se interna por dó incauto el velo
Paso á la vista entre dos globos abre.

Alza Armida sus ojos, y algun tanto
Torna serena ya la hermosa frente,
Y súbito entre nubes de su lloro
Se vé brillar una sonrisa dulce.

»Señor, decia, en vista de tu oferta
Puede aliviar la pena el alma mia,
Que verme al fin vengada en breve espero,
Y es la íra dulce al esperar venganza.»

El Indio le responde: »Ese semblante
Serena ya, Señora; el dolor deja,
Que de Reinaldos la cabeza impía
Á tus plantas cortada has de ver pronto;
Ó bien con esta vengadora mano
Á tu poder traeréle prisionero:
Esto es lo que juré.»

Óyelo el otro

Y calla aunque por dentro en iras arde.
 »Tú que dices, Señor?" pregunta Armida
 Á Tisafernes con aspecto dulce.
 Con ironía dícele él: »De lejos
 El valor seguiré tan solamente
 De ese tu Vengador fiero y terrible."
 Pícase amargamente con tal dicho
 El Índio y le replica: »Es muy bien hecho
 Que atrás se quede y compararse tema."
 Su erguida testa el otro meneando
 Dice; »Oh! si fuera de mis obras dueño!
 Si de mi espada el mando hubiera libre!
 El que es mas tardo se veria pronto,
 Ni te temo yo á tí ni á tus jactancias;
 Respeto al cielo, y á mí amor infausto,"

Dijo: y se alzaba Adrasto á acometerle:
 Mas lo previno, y se interpuso Armida.
 »Ó caballeros: díjoles ¿que causa
 Hay para que lo mio se me usurpe?
 Mis campeones sois: y esto debiera
 Ser bastante á reuniros y aquietaros,
 El que se enoja enójase conmigo,
 Y me ofenden á mí vuestras ofensas."

Así les habla: y bajo yugo férreo
 Vuelve á juntar dos ánimos discordes.
 Presente está Vafrin y lo oye todo,
 É informado bien de ello vá adelante;
 De la conjuracion solo buscando
 Noticias; y ninguna adquirir puede,
 Aunque á sorprender tira con preguntas,

Y mas su anhelo crece al ser difícil:
Allí á dejar la vida está resuelto,
Ó el gran secreto averiguar del todo.
De medios nuevos se valió y ardidés;
Todo fue en vano, que los medios y armas
De la conspiracion saber no pudo.
Mas la fortuna, todo le descubre
De lo que él no alcanzaba el grande arcano:
Supo al fin la traicion, que contra el pío
Bullon estaba armada, claramente.

Volvió al lugar donde sentada estaba
Con sus guerreros la enemiga amante,
Pues dó tanta y tan varia gente habia
Juzga oportuno hacer preguntas muchas:
A una Dama se acerca allí con aire
De franqueza cual si ántes la tratára;
Y una antigua amistad aparentando
Con semblante risueño así comienza,
Y por juguete dice: »Yo querria
Sér campeon tambien de alguna hermosa
Y en cortar pensaria con mi espada
De Bullon la cabeza ó de Reinaldos:
Pídeme tú, si acaso la apetezes,
De algun bárbaro príncipe la testa.»

Así le habla; y piensa poco á poco
El juego conducir á asuntos graves:
Mas sonriose en esto, y al reirse
Hizo aquel gesto que le dió natura,
Y otra que allí llegaba en aquel punto
Le oye, le mira, y cabe de él se pone:

» Desbancar, dijo, quiero á otra cualquiera,
Y no pienso te creas malogrado.

Mi campeon te elijo, y así á solas

Como á mi caballero quiero hablarte:

Llévóle á un lado, y díjole: »Vafrino

Te conozco y tú debes conocerme.»

Turbose al pronto el escudero astuto;

Mas recobrese, y con sonrisa dice:

» No hago memoria yo de haberte visto,

Y eres digna en verdad de ser mirada:

Lo que si sé decirte, és que mi nombre

De ese que tú me das es bien diverso.

Nací en los campos de Biserta ardientes

De Lesbin hijo; y Almanzor me llamo.»

» Te conozco, le dice, há tiempo mucho;

Mas no pienses que soy contraria tuya:

No receles de mí, que soy tu amiga,

Y expusiera mi vida por salvarte.

Erminia soy, hija del Rey, y esclava

Fuí de Tancredo, y me obsequiaste mucho

Por dos felices meses que en la dulce

Prision á tu cuidado me encargaron,

Y con esmero grande me serviste:

Mírame, que soy esa; sí esa misma.»

Segunda vez la mira el escudero,

Y el bello rostro entonces reconoce.

» Vive de mi seguro ella prosigue;

Por ese sol lo juro, y ese cielo.

Antes cuando allá vuelvas te suplico

Que á mi amada prision quieras llevarme.

Noches inquietas, tenebrosos dias,
Misera! paso en libertad amarga:
Y si de espia acaso aqui has venido
Fortuna estraordinaria has encontrado;
Una conjuracion sabrás, y cosas
Que harto dificil és que averiguases."

Asi le habla, y él la mira y calla;
De Armida falsa en el egeemplo piensa,
Y en que és toda muger engañadora,
Yndiscreta, inconstante; y que és un loco
El que se fia de ellas. Por fin dice:
»Seré tu guia, si venir te place;
Este asunto tratemos solamente,
Y á mejor ocasion otros degemos."
En montar se convienen á caballo
Sin perder tiempo ántes que el campo mueva,
De la tienda Vafirin salio, y Erminia
Vuelvé á las ótras, se detiene un poco,
Habla de buen humor del caballero
Que acababa de hallar; y afuera sale.
Llega al sitio emplazado, encuentra al otro,
Salen del Campamento á la campaña,
Y cuando estan en solitario sitio
Sin descubrir las tiendas sarracenas,
Él le dijo: »Yá puedes contar cómo
Contra la vida de Bullon conspiran."
De la conjuracion entonces ella
La inicua trama urdida le descubre.
»Ocho guerreros hay, dice, y entre ellos
Es el de mayor fama el fuerte Ormundo:

Estos movidos del enojo ú odio
Contra él en estos términos conspiran:
El día que en el campo de batalla
Se decida del Asia el grande imperio,
La cruz han de llevar sobre sus armas
Á la francesa armados , y divisa
Blanca y dorada así cual del Rey franco
La guardia lleva en su uniforme siempre;
Pero todos tendran sobre sus yelmos
De que paganos son un distintivo.
Cuando esten pues mezcladas ambas huestes
El fuerte pecho atacaran de cerca
Aparentando ser su propia guardia,
Y envenenado debe estar su acero
Para que haga mortales las heridas.
Y por haber sabido los paganos
Que vuestros trages y armas yo conozco;
Las fingidas divisas con violencia
Vime obligada á mi pesar á hacerles.
»Esta es la causa por que el campo dejo
Y huyo del despotismo y tirania,
Y me aparto , y detesto en cualquier modo
De tener parte en sus infames fraudes.
Esta la causa es : pero no es sola.....”
Aqui calló ; pintó el rubor su rostro,
Bajó los ojos , y suprimir quiso
Este dicho postrero ; y se oyó apenas.
El Escudero que sacarle quiere
Lo que ella por vergüenza no decía:
»?Por qué ocultar á tu mas fiel , le dice,

La ocasion verdadera de fugarte?"
 Del hondo pecho lanza ella un suspiro
 Y con trémula voz habla y muy ronca.
 »Mal guardada vergüenza intempestiva,
 Déjame yá, que áqui lugar no tienes.
 ?Por qué quieres severa y desdeñosa
 Con tu fuego ocultar de amor el fuego?
 Justos un tiempo tus respetos eran;
 Mas ya á Doncella errante no convienen.
 »La noche, prosiguió, para mí infausta,
 Que oprimida quedó la patria mia,
 Mas perdí que parece: y mi infortunio
 No en ella fué; si bien derivó de ella.
 Leve pérdida fué perder mi reino
 Pues me perdí á mi misma; y para nunca
 Recobrarla ya mas mi mente loca,
 Y el corazon, y los sentidos míos.
 «Vafrin tú sabes, que corrí temblando
 En medio del estrago y la matanza
 A tu Señor y mio, á quien primero
 Ví armado entrar en mi real Palacio;
 Y ante él postrada digo de esta forma:
 Excelso Vencedor, piedad, clemencia,
 No te pido la vida; el candor solo
 Virginal que me salves te suplico:
 Y él la mía tomando con su mano
 Sin dejar que mi súplica acabara:
 »Doncella hermosa, no en vano te acoges
 A mí; tu defensor he de ser." Dijo:
 Y un no sé qué de dulce y de suave

Hirió mi corazón en aquel punto,
Que al ánima después ya difundido
Llegó un incendio á ser sin saber cómo.

Visitome amenudo, y dulcemente
Él sintió mi dolor al consolarme.

Me dió la libertad, y mis preséas.

¡Dádiva pareció, pero fué robo!

Que entregándome á mí sin mí dejome:

Me dió lo que tenía en corta estima,

Y de mi alma me usurpó el dominio.

»Mal se oculta el amor: yo muchas veces

Por mi Señor te preguntaba ansiosa;

Y tú mi mal á penetrar llegando:

Tú estas enamorada me digiste;

Mas yo te lo negué; pero un suspiro

Del corazón fue testimonio cierto,

Y los ojos también en vez de lengua

El fuego en que me abraso publicaban.

¡Desgraciado silencio! ¡hubiese almenos

Un remedio pedido á mi martirio,

Si mi pasión correr á rienda suelta,

Cuando era inútil ya dejar debía!

»Partí en suma: y gran llaga acá en el pecho

Llevé oculta y pensé que me acabára.

Consuelo en fin á mi morir buscando

Todo respeto amor me hizo olvidase,

Y en busca fuí de mi adorado dueño

Que un mal me hizo, que él sanar podía;

Pero obstáculo fiero en el camino

Se atravesó de gente impía y baja,

Y á duras penas escaparme pude,
A un remoto pais é inculto huyendo,
Dó viví solitaria en una gruta
De selvas habitante pastorcilla.
Mas como despertára aquel deséo
Que amortiguó el temor por dias cortos,
Queriéndome volver al mismo sitio,
Otra desgracia igual volvió á ocurrirme:
Pero no pude huir, que cerca había
Una ligera tropa de piratas
Qué á Gaza fueron, por que egipcios eran,
Y en don me presentaron á Emireno.
Dímele á conocer, y respetada
Fuí y encargada á Armida donde he estado.
»Esta és mi triste historia: ya en dominio
Ageno, ó libre de él; y arrastro siempre
De mi prision primera las cadenas.
Ah! ¡no quiera romperlas quien el alma
Asi me aprisionó; y nunca diga:
Doncella vagabunda, en otra parte
Busca asilo, y cruel de sí me arroje!
Antes benigno mi volver le plazga
Y en mí antigua prision quiera acogerme.»
Asi decía Erminia: y los dos juntos
A la par anduvieron noche y día.
Vafrin dejó el camino mas trillado
Senda buscando ó más segura ó breve.
De la ciudad eran llegados cerca,
Cuando el sol desde ocaso el orto entolda,
Y el camino de sangre hallan manchado,

Y en la sangre despues muerto un guerrero
Que llenaba el camino, y su gran rostro
Al cielo vuelto aun muerto amenazaba:
Ser pagano en sus ármãs conocieron
Y el escudero su camino sigue:
Algo más adelante otro yacía
Que á los ojos se ofrece de Vafrino,
El cual dijo entre sí: este és cristiano,
Y se cerciora más cuanto se acerca;
Pone pié á tierra, y le descubre el rostro:
Y ay! exclama ¡ Tancredo está aquí muerto!
Al Guerrero Feroz mirando estaba
La Princesa infeliz, cuando á su oído
Llega aquel eco de la voz doliente,
Y el corazon por medio le traspasa.
Al nombre de Tancredo, veloz ella
Desatinada fuera de sí corre,
Y al mirar sin color la faz hermosa
No se apeó, tirose de la silla:
Sobre él un mar de lágrimas difunde
Y voces dá mezcladas con suspiros:
» ¡En qué mísero instante me has guiado
Fortuna! Oh! vista amarga y desgraciada!
¡ Despues de tiempo tanto así te encuentro,
Tancredo, que te véo y no soy vista!
Áh! ¡ no me ves aunque te estoy delante,
Y al hallarte te pierdo para siempre!
Mísera! no creyera que á mis ojos
Cruda pena jamas causar pudieras,
Y hora ciega valiera mas quedarme

Que verte ; y á mirarte no me atrevo.
Ay mí ! ¿ la dulce llama un día y cruda
De esos ojos dó está ? ¿ dó el mirar lindo ?
¿ Qué es de las rosas de tu rostro hermoso ?
¿ Qué de tu faz serena la alegría ?....

» Pero y qué ? yerto y pálido te adoro.
Alma bella , si moras aquí dentro
Si oyes mi llanto ; á mi querer osado
Perdona el robo y temeraria audacia.
De los labios exangües , besos fríos,
Que ardientes esperé robarte quiero,
Algo á la muerte usurparé besando
Estos labios que estan amortecidos.
Boca dulce que en vida acostumbraste
Á minorar mi mal con tus palabras ;
Antes de espirar yo , dame licencia
Para que un dulce beso me consuele :
Si entonces yo le hubiera procurado
Tú me le dieras , y ahora he de robarle.
Lícito , pues , libarle aquí me séa
Y el ánima exhalar sobre tus labios,
Acógela pues tú , ya que te sigue ;
Y á dó quiera que vayas la encamina.”
Así le habla gimiendo , y por los ojos
En un rio de llanto se deshace.
Con tal torrente vuelve en sí Tancredo
Y los lánguidos labios abre un poco ;
Cerrados aun sus ojos un suspiro
Lanza que entre los de ella se confunde :
Sin embargo , lo advierte la Doncella ,

Y un tanto cobra el ánimo perdido.

»Á las exequias últimas, los ojos
Abre, Tancredo, de mi llanto, esclama.
Mírame, que contigo el largo viage
Quiero hacer, y morir aquí á tu lado.
Mírame, guarte, no tan veloz huyas;
Última gracia que te pido es esta.”

Tancredo abre los ojos, y los baja
Débiles y cansados: y ella llora.
Pero dice Vafrin:» ¡Aun no está muerto!
Antes que el llanto debe ser curarle.”
Él le desarma; y trémula y sin fuerzas
Ella le ayuda: mira y reconoce
Y encuentra por la ciencia que posée
Que mortales no son aquellas llagas:
Vé que su mal proviene de flaqueza,
Y de haber derramado sangre mucha:
Rasga su velo y benda sus heridas,
Otra cosa no habiendo en aquel sitio,
Que amor encuentra cosas desusadas,
Y ártes estrañas de piedad le enseña.
Cortó su cabellera, y estancole
La sangre, y de atadero á mas le sirve
No siendo el velo suficiente solo,
Por ser tan grande el número de heridas.

Panacéa ni croco allí no tiene;
Pero sabe de magia unas palabras
Que del sueño letal salir le hacen,
Y girar puede ya sus bellos ojos.
Vé á su escudero, y la piadosa bella

Sobre sí mira en peregrino trage.
 »¿Cómo aquí estas, Vafrino? le pregunta,
 ¿Y tú piadosa Médica, quien eres?"
 Ella entre incierta y leda suspirando
 Del color de la rosa tiñó el rostro.
 »Todo lo sabrás, dice, hora te ordeno
 Como médico tuyo que descanses.
 Salud tendras: el premio me prepara."
 Y en su albo pecho su cabeza apoya.
 Vafrin entanto piensa en cómo al campo
 Antes de anochecer pueda llevarle,
 Cuando de tropa llega una partida,
 Y de Tancredo vé que son soldados,
 Que al tiempo de retar al fiero Argante
 Juntos estaban y lo vieron todo;
 Mas no fueron con él por que él no quiso,
 Y al ver su gran demora le buscaban.
 Otros muchos venían en pos de estos,
 Y allí todos llegaron á reunirse.
 Un asiento tegieron con sus brazos
 Donde se apoye cómodo y se siente.
 Tancredo entonces dijo: "¿y qué se queda
 A ser de cuervos pasto el bravo Argante?
 Ah! nó: no le degemos: sepultura
 Démosle, y los loores de que es digno;
 A un exangüe cadaver no bago guerra:
 Él murió como fuerte; y los honores
 Reclama con razon, único premio
 Que el mundanal terreno dá en la muerte."
 Y así en su pos entre soldados muchos

De su enemigo el cuerpo llevar hace.
Vafrino sin dejar de Erminia el lado
Le vá sirviendo de segura escolta.

»Á la ciudad real , Tancredo dice,
Y no á mí tienda que me lleven quiero:
Que allí anhelo espirar , sí son cumplidos
Los dias todos de mi humana vida ;
Pues el lugar donde murió Dios y Hombre
Podrá el camino hacer del cielo facil ;
Y moriré á lo menos mas contento
Por que al fin de mi voto habré llegado.»

Dijo : y allá llevado , sobre plumas
Le recostaron y quedó dormido.

Vafrino á la Princesa no muy lejos
Secreto y retirado le halló albergue:

Vá luego á ver á Godofredo ; y entra
Sin que obstáculo alguno se le oponga ;

Y estaba en aquel punto meditando
Lo que hacerse debiera al otro día:

Junto sentado al lecho de Reimundo
Y un cerco noble entorno le rodéa

De sus más fuertes héroes y mas sabios:
Y mientras que le habla el escudero

Nadie para otra cosa abre la boca.
»Señor ; decía , fuí cual me mandaste,

Y en el campo enemigo me introduce ;
No empero aguardes que contarte pueda

El número de tropas infinitas.
Los hondos valles ví al pasar cubiertos ,

Y llanos , y laderas , y montañas.

Que á donde llega, ví, y por dó pasa
Talar el campo, y agotar arroyos;
Pues á saciar su sed nada es bastante,
Y es tambien poco quanto Asiria siega,
Mas sus caballos casi y sus peones
Son inútiles todos en gran parte;
Gente sin disciplina y que no esgrime
El hierro, y solo desde lejos hiere.
Bien hay algunas tropas escogidas
Que siguen del gran Persa las banderas,
Y otras tropas tal vez aun son mejores
Llamadas inmortales; y al Rey siguen.
Éstas así las llaman, por que muerto
Cualquier número de ellas, al instante
Por otras nuevas remplazado se halla.
Á Emireno, que viene comandando,
Pocos en mente ni en valor le exceden,
Y que á buscarte venga el Rey le ordena
Y á batalla campal á provocarte.
Que dos dias se pasen yo no créo
Sin que aparezca la enemiga hueste.
»Bien puedes tú Renaldos tu cabeza
Guardar, que entre ellos es de gran codicia;
Y los valientes todos y famosos
Contra ella sola esgrimiran el hierro,
Por que á sí propia en recompensa Armida
A cualquier que la corte se há ofrecido.
El valiente Altamoro noble persa
Y Rey de Samarcanda es uno de ellos;
Otro és Adrasto, que su reino tiene

Hacia la Aurora y es agigantado;
 Hombre de corpulencia tan disforme
 Que un elefante por caballo monta:
 Tisafernes está, que en lo terrible
 A todos le hace superior la fama.”

Así decia: y en su faz el Joven
 Todo fulgura y fuego echan sus ojos;
 Que ya quisiera hallarse en medio de ellos,
 Y en parte alguna ni en sí mismo cabe.
 Pero á Bullon Vafrino dirigido:

»Señor, prosigue, poco he dicho hasta hora
 Lo que á referir voy es ya lo sumo:
 Contra tu pecho, infiel cuchilla se arma.”
 Y luego por estenso toda cuenta
 La gran traicion que armada le tenian.
 Las divisas, las armas, el veneno;
 La jactancia que oyó, premio, y promesas.
 Preguntáronle mucho y mucho dijo,
 Y el silencio reinó por corto tiempo.
 Despues alzando el General los ojos
 Su parecer pregunta al buen Reimundo;
 Y él dice: »Es mi dictamen que á la auro^{ra}
 Cual se ha resuelto no se dé el asalto:
 Cérquese bien la torre, y que ninguno
 De dentro de ella salga aunque quisiere;
 Nuestro egército entanto que repose
 Es preciso si entrar debe en batalla.
 Piensa tú si es mejor ír á encontrarle
 En campo raso, ó aguardar que él venga:
 Mas sobre todo que conviene pienso

Debas por tí mirar con gran cuidado.
Vence por tí el egército y prospera:
¿Quién si tú faltas gobernarle puede?
Y á fin de que al traidor no encubra el trage
Mudar los tuyos de divisa manda:
Así este dolo te se hará patente
Y el mismo que le oculta ha de mostrarle.”
Responde el General: »Como acostumbras
Tu mente sabia, y mi amistad confirmas:
Mas lo que en duda dejas resolvamos.
Saldremos á encontrar al enemigo,
Que estar tras de los muros ó trincheras
No debe el campo domador de Oriente:
Nuestro valor esos infieles prueben
En campo raso, á pecho descubierto;
De la victoria el nombre ha de aterrarlos,
Y aun mas de vencedor el fiero rostro,
Y las brillantes ármaz; y sus fuerzas
Domadas ya, seguro es nuestro imperio.
La torre ha de rendirse luego al punto
Ó ha de tomarse si otro no lo impide.
Aquí calla el magnánimo y se sale:
Que es hora ya de dar lugar al sueño.

FIN DEL CANTO DÉCIMONONO.

CANTO VIGÉSIMO.

Ya el sol á todos despertado habia
 Y andado en su carrera unas diez horas,
 Cuando del alta torre los infieles
 Niebla espesa descubren á lo lejos,
 Como la que en la tarde al mundo enluta;
 Y que es el campo amigo al fin conocen,
 Que el cielo encubre en polvorosa nube,
 Y ocupa la llanura, el monte y valle.
 De almenas elevadas alza el grito
 Hasta los cielos la sitiada gente,
 Con rumor semejante al de las grullas
 Cuando de Tracia al clima frio pasan;
 Ó hácia la ardiente playa por las nubes
 Huyen del viento frio gurureando:
 Pues la esperanza próxima los mueve
 Á ofender con denuestos y saetas.
 Bien la causa los francos conocieron
 De este nuevo insultar amenazando,
 Y descubrieron de elevada parte
 El poderoso egército enemigo.
 El generoso ardor se inflama al punto,
 Guerra pidiendo los feroces pechos:
 La juventud altíva toda junta,

»Dá, invicto Gefe, la señal" esclama.
 El Sabio, empero, dar batalla niega
 Hasta la aurora nueva, y los contiene;
 Ni con guerrillas quiere al enemigo.
 Que salga á divertir la gente suya.

»Razon es, dice, que despues de tantas
 Fatigas descansen todo este dia."

Quiza á sus enemigos inspirarles
 Una imprudente confianza quiso.
 Cada cual se aprestaba ya esperando
 De la luz nueva ansioso la venida,

Nunca se vió la atmósfera mas bella
 Como al nacer el dia memorable:

Reía el alba alegre, y toda entorno
 Tener del sol los rayos parecia:

Aumentó su brillar; y sin celages
 Mirar los grandes hechos quiso el cielo.

Apenas vé apuntar los nuevos rayos;
 Saca Bullon su hueste veterana;

Quedándose de guardia á la gran torre
 Reimundo con su gente, y muchos fieles

Que del pais aquel circunvecino
 Á sus libertadores se agregaron.

El primer Gefe marcha, y al mirarle
 Vén todos en su aspecto la victoria;

Nuevo favor del cielo en él brillaba
 Que augusto y grande le hace mas que nunca:

De honor la faz le llena; y le reviste
 De ardiente juventud la vista escelsa;

Pues al mover sus ojos, y sus miembros

Cosa mas que mortal ser parecia:
Mas no andan mucho sin hallarse al frente-
Del esperado egército pagano;
Y cuando llega, un monte tomar hace
Que á la espalda quedaba hácia su izquierda;
Y á su frente despliega la coluna
Que el flanco angosto en la llanura estiende.
En batalla formaron los peones
Y colocó en las álas los caballos.
Pone en el flanco izquierdo que se apoya
Y descansa en el pié de aquella altura
Los dos hermanos príncipes Robertos.
Del centro el mando encárgale á su hermano,
Y al costado derecho él se dirige
Que en la llanura sin apoyo estaba,
Y el contrario que en número es mas fuerte
Trataria envolverle por el flanco.
Su gente de Lorena allí coloca
Que es la mas bien armada y escogida.
Con los ginetes mezcla á mas arqueros
Que á pié lidiar entre caballos saben.
El escuadron despues junto sitúa
De Aventureros y otros escogidos;
Separados los pone á la derecha,
Y encarga el mando de ellos á Reinaldo;
Y así le dice: »En tí Señor consiste
Nuestro éxito feliz, y la victoria:
Ten tu escuadron un tanto atras distante
Hácia las tropas de esta ála derecha;
Cuando ya el enemigo esté empeñado;

Por el flanco le atacas y lo rompes:
 Él propuéstose habrá, según yo créo,
 El venir á envolver esta á la nuestra.”

Dijo: y sobre un fogoso por las filas
 Volar parece entre caballos y hombres;
 Su faz por la visera ver dejaba,
 Y su aspecto y sus ojos fulminantes:
 Al tibio alienta y asegura al fuerte,
 Sus hechos le recuerda al atrevido,
 Y al valiente su aliento; y mayor paga
 Á unos ofrece, y mas honores á otros.

Al fin paróse donde los primeros
 Escuadrones formaban y mas nobles;
 Y de una altura que domina todo
 Habla así, y arrebatá á quien le escucha:
 Como torrentes que de alpestre cima
 Al licuarse las nieves correr suelen;
 No de otro modo raudas se difunden
 Estas canoras voces de su boca:

»Ó vosotros azote de paganos,
 Hueste mia de oriente domadora;
 El dia último ved, que con tal ansia
 Deseado teneis, vedle presente:
 Ni su rebelde pueblo sin muy grande
 Causa reunido el cielo aquí permite;
 Todos vuestros contrarios ha juntado
 Por dar fin en un punto á tantas guerras
 Como contiene esta victoria sola,
 Y el riesgo no es mayor ni la fatiga.
 No á vosotros temor alguno cause

Un ejército ver tan numeroso,
Que discorde entre sí muy mal se úne,
Y él mismo al dar sus órdenes se implica,
Y útiles pocos son para batirse,
Pues el sitio y valor ha de faltarles.
Ellos están desnudos, y no tiene
Casi ninguno disciplina alguna,
Que de oficios serviles, ó del ocio
La violencia sola los aparta.
Sus espadas temblar, y sus escudos
Y enseñas todas desde aquí estoy viendo;
Y en su indecisa táctica, y sus toques
Á todas luces viendo estoy su muerte!
»Aquel de oro y de púrpura adornado
Que sus tropas formar veis tan erguido,
Venció tal vez los árabes ó moros;
Pero á nosotros resistir no puede.
¿Por mas que sepa, qué ha de hacer en tanta
Confusa multitud de varias tropas?
Ni estas á él le conocen, ni él á ellas,
Y á pocos les dirá: yo fui tu fuiste.
Yo empero mando la escogida gente
Con quien he peleado, y he vencido,
Y ha tiempo que á mi arbitrio la gobierno:
Sé de todos vosotros patria y nombre;
¿Podré desconocer espada ó flecha;
Aunque sesgando vaya el glauco viento,
Sin que si es irlandesa sepa ó franca,
Y aun de fijo la mano que la envia?
Solo os pido una cosa; que cada uno

Digno de sí cual siempre hora demuestrés,
 Y su celo recuerde acostumbrado,
 Y el honor suyo, el mio, y el de Cristo
 Id; venced los impiós, y los miembros
 Mutilados pisad, cantad victoria.
 ¿Mas á qué es deteneros? harto claro
 En vuestros ojos véo haber vencido.

Un resfleo de luz pura y brillante
 Pareció descender al decir esto,
 Como suele tal vez en noche estiva
 Fucilar un relámpago ó metéoro,
 Y pudiera creerse que de lo alto
 El sol le despidiera de su seno
 Para ornar su cabeza; y señal muchos
 Ser del reinado próximo creían.
 Tal vez, si en los árcanos celestiales
 Puede lengua mortal introducirse,
 Angel Custodio fue que de supernos
 Coros bajó á cubrirle con sus álas.

Mientras formó Bullon á sus Cristianos,
 Y á sus tropas habló de esta manera;
 No estuvo omiso el General egipcio
 Para formar las tropas y animarlas.
 Su gente ordena luego que descubre
 Venir de lejos el cristiano pueblo:
 Pone en medio tambien la infanteria
 Y en las álas coloca los caballos;
 El costado derecho por sí manda,
 Y e ála izquierda encárgale á Altamoro.
 Dá el mando á Muleasem de los peones,

Y al centro del egército está Armida.
Con el Gefe está el Rey de los indianos,
Y Tisafernes y reales tropas.
Mas en la ancha llanura donde puede
Cuanto quiera estenderse el ála izquierda,
De los persas el Rey, y el de africanos
Están con Altamoro y los etiopes.
De allí las hondas, arcos, y balistas
Jugar debian y ofender continuo.

Así formó su egército Emireno
Y de un costado al otro le recorre.
Por intérpretes habla ó por sí mismo;
Y ánima con promesas y amenazas:
Ya al uno le pregunta: «Por qué temes?
Por qué ese aspecto tienes tan humilde?
Qué es uno contra ciento? yo confío
Con nuestra sombra y voces ahuyentarlos.»
A otro dice: «Ah valiente! bien podemos
Con ese gesto recobrar la presa.»
Despierta en otros la terrible imágen
Que les figura y representa al vivo
A la infelice patria, y sus familias
Que están clamando en su desgracia infanda.

«Creéd, les dice, que la patria espresa
Por mi boca palabras semejantes:
Tú mis leyes conserva y sacros templos,
Y haz que mi sangre nunca los mancille;
Defiende nuestras vírgenes de impíos,
Y de nuestros mayores los sepulcros:
Con triste lloro sus pasados dias

Te muestra en blancas canas el anciano;
 Y la esposa doliente el albo seno,
 Y el lecho maridal, y tiernos hijos."

A muchos dice: »El Asia campeones
 Os hace de su honor; y está esperando
 Contra esos pocos bárbaros bandidos
 Una acerba y justísima venganza."

Así en diverso estilo, y varios tonos
 Animaba las tropas diferentes.
 Mas ya callan los gefes; que muy cerca
 Ambos á dos egércitos estaban.
 Espectáculo es grande y admirable
 Ver los dos campos que á envestirse vienen;
 Cómo en batalla habiendo desplegado,
 De marchar y atacarse dan la orden:
 Al viento tremolando las banderas,
 Y fluctuando los penachos grandes,
 Los arneses y adornos coloreados
 De oro y acero al sol relampagueaban.
 Alto y espeso bosque parecían
 Con tal número de ástas los dos campos:
 Ya en ristre están, y están los arcos tesos;
 Vibran los dardos y las hóndas rotan:
 Todo caballo apréstase á la guerra
 Y el odio aumenta y el furor del amo;
 Relincha, escarba y tasca y se revuelve
 Y su inchada nariz lanza humo y fuego.
 Espectáculo es bello hórrido y grande
 Dó produce placer el horror mismo;
 Y las terribles y canoras trompas

Objeto al oído son alegre y fiero.

Aunque es mucho menor el campo franco

Mas al oído y vista es admirable:

Es mas guerrero el son de sus clarines,

Y muy mas refulgentes son sus armas.

La señal de batalla dá el cristiano;

Los otros le responden y la aceptan;

Se postran acatando los latinos

Al cielo, y besan de la tierra el polvo.

De entre los dos el suelo desaparece,

Y están los dos egércitos ya unidos.

Lid cruda hay en las álas; y en batalla

Marcha el infante á paso redoblado.

¿Mas quien de los cristianos fue el primero

Que un golpe descargó y cogió laureles?

Tú fuiste la primera tú Gildipa

Que al grande Inarco rey de Ormus heriste;

Y le rompiste el pecho: ¡tánta gloria

Á mano femenil concedió el cielo!

Cáe traspasado: y al caer oía

Á los contrarios aplaudir el golpe.

Con la diestra viril Gildipa esgrime,

Despues que rompió el asta, el limpio acero:

Pica su corredor hácia los persas

Y desordena el escuadron unido.

Por la cintura aciértale á Zopiro

Y hace que casi en dos al suelo vaya:

Al crudo Alarco la garganta hiere

Y de alimento y voz le corta el paso;

Á Artagerges aterra de un gran golpe

Y de fiera estocada mató á Argéo:
 Despues los nervios que la izquierda al brazo
 Unen, á Ismael cortóle enteramente;
 Esta mano al caer suelta las riendas
 Que á dar van á la oreja del caballo,
 Y al verse libre sin gobierno alguno
 Huye al traves, y desordena á todos.

A estos pues y otros muchos que en olvido
 Yacen, quitó la vida esta Amazona.
 Los persas se unen y la cargan juntos,
 Todos ansiando tan gloriosa presa,
 Cuando el esposo fiel que estaba inquieto
 De su Consorte amada en favor corre,
 Y así unidos los dos las fuerzas doblan;
 Y desusada esgrima nunca vista
 Los amantes magnánimos usaban.
 Sus propias vidas ambos abandonan.
 Por defender cada uno la del otro:
 Pára los golpes la guerrera fuerte
 Que terribles dirigen á su amado,
 Y él el escudo á defenderla opone,
 Y si fuera preciso la cabeza.
 La defensa del otro y la venganza
 Ambos á dos miraban como propias.

Él dá muerte al audaz fiero Artabano
 Que de Boecan reinaba allá en la isla,
 Y por la misma mano Albante yace
 Que osó un golpe tirar á su adorada;
 Y ella entre ceja y ceja de Arimonte
 Que á su esposo atacó partió la frente.

Estrago tal hacían en los persas:
 Y muy mas grande el Rey de Sarmacanto
 En los francos hacia; que á dó el hierro
 Ó el corredor dirige abate ó mata;
 Y aquel que luego muere és mas dichoso,
 Que el que del bruto pisoteado gime;
 Pues le muerde y cozéa, si mal vivo
 Alguno queda de la cruda espada.
 De Altamoro al rigor ceden la vida
 El membrudo Brunelo, y grande Ardonio;
 El yelmo y la cabeza partió al uno
 Y en sus hombros cayeron ambos cascos.
 Donde la risa nace hiere al otro
 Y en extraño espectáculo y horrendo
 Se vé á reir forzado cuando muere.
 Ni solamente á estos salir hizo
 Del dulce mundo la homicida espada;
 Que tambien muertos juntamente fueron
 Gentonio, Guasco, Güido y Rosimundo.
 ¿Mas quien podrá contar los que Altamoro
 Y su fogoso hizieron mil pedazos?
 ¿Quien los nombres decir de tántos muertos?
 ¿Quien de herir y espirar los varios modos?
 No hay quien á este feroz ya le haga frente,
 Ni aun quien de lejos atacarle osase:
 Gildipa sola en él la vista pone,
 Y no duda con él medir sus fuerzas.
 Ni amazona jamás en Termedonte
 La segur manejó, ni embrazó escudo
 Con una audacia igual á la de estotra

Al dirigirse al Persa formidable.
 Dó brillaba, le hirió, de esmalte y oro
 Sobre el yelmo la bárbara diadema
 Que hizo pedazos; y la erguida y alta
 Cabeza infiel por fuerza inclinar hizo.
 De una mano robusta al Rey pagano
 El golpe le parece; y se avergüenza;
 Y en vengar no tardó la injuria suya,
 Que á un tiempo agravio y la venganza fueron,
 Descargando en la frente á ésta tal golpe,
 Que de vigor la priva y de sentido.
 Caía; mas su amado la sostiene.
 Por su fortuna, ó por valor del otro
 Satisfecho quedó; y la abandona,
 Como Leon magnánimo que deja
 Al que se abate, y mírale y se pasa.

Ormundo en tanto á cuya mano horrible
 La alta traicion se habia confiado;
 Ya con su falsa insignia entre los fieles
 Con siete compañeros se encontraba:
 Como nocturnos Lobos que de Canes
 Aspecto tienen por la oscura sombra;
 Van al redil, y en él la entrada buscan
 Con su pelosa cola al vientre unida:
 Así se acercan; y del lado lejos
 De Gofredo no estaba ya el Pagano,
 Cuando él la insignia vé dorada y blanca
 De la conjuracion, y esclama al punto:
 »Ved el traidor que con fingido trage
 Frances parecer quiere entre nosotros;

Ved contra mí los otros que allí vienen."

Así diciendo; al pérfido se arroja,
Hiérole mortalmente; y el malvado
Ni ofende, ni se cubre, ni retira,
Y cual viendo á Medusa, este valiente
Se queda helado y convertido en piedra.
Toda espada es contra ellos, y las lanzas,
Y se vacia contra ellos todo goldre.
En tan pequeños trozos los dividen,
Que ni el cadaver queda de estos muertos.

Viéndose ya cubierto de hostil sangre
Vá al ataque Gofredo, y se dirige
Donde no lejos vé, que el Gefe persa
Sus escuadrones desordena y rompe;
Y vé su tropa ya dispersa toda,
Como africano polvo que austro esparce.

Á los suyos anima y amenaza,
Y los contiene, y al audaz enviste.
Aquí emprenden las dos diestras feroces
Pugna cual nunca vió Janto ni el Ida.

Pero hay con los peones lid sangrienta
Entre Muleasem y Baldovino:

Ni la peléa es ménos de á caballo
Junto al collado en el extremo opuesto,
Donde el Caudillo bárbaro en persona
Con dos de sus mas fuertes peleaba.

Este pues y un Roberto se encontraron
Y con valor igual se estan batiendo;
El yelmo abierto ya el Indiano tiene,
Y aun las armas hendidas y abolladas.

Tisafernes no encuentra un enemigo
 Digno de sí que contrastarle pueda;
 Mas vá corriendo á donde vé la turba
 Mas espesa y allí hace gran matanza.

Así se peleaba; é indecisa
 Estaba la victoria de ambas partes;
 El campo lleno de quebradas picas
 Y de arneses y escudos á pedazos,
 Y espadas en los pechos aun clavadas
 Ó en el vientre, ó tiradas por el suelo:
 De cuerpos muchos, unos boca arriba
 Y otros mordiendo boca abajo el polvo.
 Yace el caballo cabe el amo suyo;
 Yace el amigo de su amigo al lado,
 Y el enemigo junto á su enemigo;
 Y sobre el muerto el vivo muchas veces,
 Y el vencedor sobre el vencido muerto.
 Ni hay silencio ni voz que se entendiera
 Y se oye un no se qué ronco y confuso:
 Ya voces de furor, ya rumor de íra,
 Y lamentos de heridos y espirantes,

Las armas que ántes parecian bellas
 Espectáculo son horrendo y triste;
 El acero no brilla ya ni el oro
 Con su belleza, muertos los colores.
 Cuanto era adorno, cuanto decoraba
 Las cimeras, se mira pisoteado,
 Y el polvo cubre lo que no la sangre.
 ¡Tanto mudado habian ya las huestes!
 Los árabes, etiopes, y moros

Que toda el ala izquierda componian
Ibanse desplegando, y estendiendo
Para envolver del enemigo el flanco;
Y ya con arco y flecha, y con las hondas
De lejos á los francos, molestaban,
Cuando Reinaldo y sus guerreros mueven,
Y un terremoto ó trueno parecian.

Asimir de Meroe entre la adusta
Tropa de etiopes era el mas terrible;
Reinaldos le tiró; y la atezada
Cabeza le cortó y cayó entre muertos.

Con tan feliz auspicio se embravece
El vencedor, y anhela mayor gloria.
Sigue cosas haciendo desusadas
Monstruosas horrendas é increíbles.
Mas muertes dá que golpes: y continua
La tempestad no cesa de sus golpes.
Cual de Serpiente que al vibrar contino
Una sola, trilingüe nos parece:
Tal creia esta gente temerosa
Que en rauda mano esgrime espada triple.
Esta monstruosidad la ilusa vista
Persuade, y corre, y crece la pavura.
Los tiranos de Libia y reyes negros
Su sangre al espirar mezclaron todos.

Los egregios guerreros de Reinaldos
Con émulo furor acometieron,
Y en multitud horrible cayendo iba
La plebe infiel, sin oponer defensa
Mas que las voces contra el fiel cuchillo.

Ni esto es pelea, solo es un estrago.
 Ni osaban esperarlos ya de frente
 Y á recibir los golpes dan la espalda.

Huyen: y del temor tan aguijados
 Que formacion no guardan ya ninguna.
 Sobre sus pasos mismos los persigue
 Hasta que enteramente los derrota
 El vencedor, y entonces se contiene,
 Siendo menos feroz con los fugaces:
 Cual viento á quien se opone selva ó monte
 Que hallando resistencia su ira aumenta,
 Y con mas blando soplo y más suave
 Libre por la llanura despues corre;
 Ó cual ola espumosa contra escollos
 Que en ancha mar ondéa mas tranquila;
 Y así cuanto contraste menos duro
 Halla Reinaldos, su furor menguaba.

Despreciando por fin espaldas que huyen
 Del Hijo de Bertoldo la íra noble,
 Contra la infanteria vuelve riendas,
 Que en africano y árabe apoyaba,
 Y está ya descubierta; y quien socorro
 Darle debia yace, ó está lejos.

Ataca por el flanco; y los infantes
 La gente armada impetuosa hiere.
 Rompió las ástas, y en violentos choques
 Las filas penetró desordenadas
 Dispersas y aterradas: la tormenta
 Mas tarda abate las flexibles mieses.
 De sangre el suelo está todo cubierto

Y armas, y hendidos miembros y horadados
 Todo el Caballo en la carrera pisa,
 Y vá feroz á herir en otra parte.

Llegó Reinaldo á dó en dorodo carro
 Estaba Armida cual Belona armada,
 Y noble guardia entorno de sí tiene
 De gente suya y sus amantes ciegos.

Ella le vé, conoce, y con airados
 Ojos le mira á un tiempo y tiernos casi.

Él muda de color: ella hecha un hielo

Al pronto queda, y luego se enardece.

El carro esquiva el Caballero, y pasa

Como curando de distinta cosa:

Mas pasar no le deja sin batirse

La conjurada turba de amadores.

Quien con espada vá, quien vá con lanza;

Y aun en el arco pone ella una flecha.

Vigor daba á sus manos el despecho

Pero es rémora amor que la aplacaba:

Luchan íra y amor, y ella conoce

Que el fuego vive aun, que estaba oculto.

Tres veces tiende el brazo; el arco encorba,

Y tres veces le abáte y se contiene.

Vence al fin el despecho; tiende el arco

Y de su flecha hace volar las plumas.

La saeta voló; y vá en pos de ella

Súbito el voto de que séa en vano:

Quisiera mas, que el hierro de aquel arma

Tornase atras, y el corazon le hiriese.

¡Tanto en ella el amor aunque infelice

Podia; ¿qué, pues, fuera venturoso?

Mas se arrepiente ya de ser tan débil,

Y el furor crece en su discorde pecho:

Y ora se asusta, ora que acierte quiere

De lleno el golpe, y síguenla sus ojos.

Mas no fue en vano el arma dirigida,

Que dió en el duro coselete al Héroe;

Y á femenil saeta aun es mas duro,

Pues en lugar de herir quebró su punta.

Él se aparta; pero ella despreciada

Creyendo ser, se enciende mas en íras.

Tiende el arco mas veces sin efecto;

Y cuando ella dispara amor la hiere.

«¡Si el és invulnerable, entre si dice,

Tanto que de mis tiros no hace caso;

Muy mas fuertes sus miembros son sin duda

Que el duro jaspe de que tiene el alma!

¡Ni mis ojos ni manos le hacen mella;

Tales las armas son que le defienden!

¡Yo soy vencida inerme, yo con armas;

Y me desprecia amante y enemiga!

¿Qué arte nuevo me queda, ó qué otra forma

En que mudarme todavia pueda?

Misera! ¡y esperanza ya no tengo

En mis amantes, que sus bríos todos

Débiles son, y débiles sus armas!"

Y viendo estaba ya sus campeones

Muertos yacer ó haberse ya rendido.

Sola pues, sin defensa, sin amparo,

Aherrojada ya verse le parece,

Y en sus armas no fía, ni tampoco,
De Diana en las armas ni Minerva.

Como el tímido Cisne á quien enviste
Águila impia con feroces garras,
Que al suelo aterra el vuelo remontado;
Tales de Armida son los movimientos.

Pero Altamor que procurado habia
Los persas animar hasta aquel punto,
Que replegándose iban y aun en fuga;
Mas él los contenia á duras penas:

Al ver en tal peligro á su Adorada
Á darle auxilio corre; vá volando,
Y su honor y soldados abandona,
Y por salvarla abandonára el mundo:

Vá á ser escolta al indefenso carro,
Antes camino abriendo con su espada.

Al instante Reinaldo y Godofredo
Toda su division matan y ahuyentan:
El mísero lo vé; pero se porta
Mas bien que cual guerrero, como amante.

Á Armida en salvo pone, y despues vuelve
Á dar socorro tardo á sus vencidos,

Cuando por aquel lado los paganos
Derrotados estaban y dispersos.

Pero en el ála izquierda, á los infieles
La espalda ya los nuestros vuelto habian.

Uno de los Robertos, de peligro
En el pecho y el rostro herido estaba:

Y de Adrasto era el otro prisionero,

Vacilante así andaba la victoria;

Mas Godofredo sin perder instante
Vuelve á formar sus tropas, y á la carga
Sin tardanza las lleva; y ambos cuernos
Del egército vienen á encontrarse
De sangre infiel teñido cada uno,
Y triunfales despojos adornado;
Cubiertos ambos lados de victoria,
Que dudosa tan solo está en el centro.

Mientras que de este modo en lid tan cruda
Están el fiel egército y pagano;
En lo alto de la torre á un balcon sale
Y mira el Soldan fiero, aunque de lejos
Como un teatro el campo de batalla;
Vé de ambas huestes la tragedia dura
Y la fiera matanza en los ataques,
Y de fortuna ser juguete todos.
Quedó algun tanto atónito y pasmado
Á primer vista; y luego se enardece,
Deseando encontrarse en aquel punto
En el peligro y en el alta empresa.
Sin detenerse, se caló su yelmo
Que de todo otro arnes ya armado estaba.
»Animo! esclama ¿qué aquí nos detiene?
Hoy vencer ó morir es necesario.”
Séa tal vez divina providencia
Quien le inflamó la mente furibunda,
Para que en aquel dia las reliquias
De las infieles fuerzas perecieran;
Ó bien que al ver cercana ya su muerte
Arrojado quisiera ir á buscarla:

Abre la puerta impetuoso; y raudó
Acomete la guardia de improvisó;
Ni que sus compañeros el convite
Fiero acepten espera, y sale solo;
Á mil cristianos juntos desafía,
Y entre mil, solo intrépido se arroja.
Mas como arrebatados por su audacia
Los otros siguen, y Aladin y todo.
Nada ya el cauto teme ni el cobarde,
Que obraba ya el furor, no la esperanza.
Los que el Turco feroz primero encuentra
Caen á sus duros improvisos golpes,
Y es tan veloz en darles cruda muerte,
Que no se vé matar, y se ven muertos.
De boca en boca de uno en otro pasan
El terror y lamentos avisando,
Tanto que el pueblo fiel, de los asirios
Casi en tropel huía ya corriendo.
No con tanto terror y mas en orden
La formacion y el puesto conservaban
Los gascones; mas siendo los primeros
Los batió Soliman por la sorpresa.
Ningun diente jamas, garra ninguna
De terrestre animal ó buitre alado
Se ensangrentó en cordero ó pajarillo
Como en estotros del Soldan la espada,
Que voraz parecia, y como hambrienta
De miembros, y sedienta de su sangre:
Sigue Aladin, y síguete su gente,
Y hiere y mata al sitiador cristiano.

El buen Reimundo corre á dó sus tropas
Soliman desbarata; y no le teme
Aunque la fiera diestra reconoce
Que aquel golpe cruel le habia dado:
Le hace frente de nuevo; y aun de nuevo
Vuelve á caer, herido donde ántes;
Su edad pesada resistir no puede
De tan disforme golpe el grave peso.
Cien espadas á un tiempo y cien escudos
Á defenderle en el momento acuden:
Pero el Soldan le deja, ó por creerle
Del todo muerto, ó por pequeña presa;
Sobre los otros carga haciendo estragos
Y en poco sitio cosas increíbles.
De su furor guiado despues busca
Materia á mas matanza en otra parte,
Cual hambriento que mesa pobre deja
Y al gran banquete opíparo se lanza;
Tal éste á mayor guerra vá, buscando
Dó de sangre saciar la sed furiosa.
Por la brecha del muro al campo bajan
Y á la batalla vuela en derechura:
Pero el furor que él inspiró en los suyos,
Y la pavora en los contrarios queda.
Procuran los infieles, la victoria
Completar que él dejó aun indecisa:
Los cristianos resisten, pero nunca
Dejan de dar de fuga alguna muestra;
En retirada los gascones ceden,
Pero iba en dispersion el pueblo asirio,

Y al albergue dó yace el buen Tancredo
Por junto pasan y él oye la grito:
Alza del lecho el cuerpo enfermo y débil,
Sube á la cumbre, mira todo en torno,
Y al conde de Tolosa vé tendido,
Otros vé en retirada, otros huyendo.
El valor que no falta al animoso,
Aunque esté decaído el cuerpo laso,
En sus heridos miembros hace veces
De espíritu y de sangre que le falta:
Del muy pesado escudo arma su izquierda
Y grave no parece al brazo exangüe;
Con la otra la desnuda espada toma,
Que esto le basta, y mas no se detiene.
Baja veloz y grita: »¿Á dónde huyendo
Vais, y dejais á vuestro Gefe esclavo?
¡En sus bárbaros claustros y mezquitas
Como troféo colgarán sus armas!
Cuando á Gascuña vais, direis al hijo
Que donde huisteis pereció su padre.»
Dijo: y el pecho enfermo y desarmado
Á mil fuertes y armados oponia:
Y con su escudo grave, que de siete
Duras pieles de toro era compuesto,
Cuyo dorso además, de temple fino
De una plancha de acero era forrado,
Contra todas espadas y saetas,
Y todas armas cubre al buen Reimundo;
Al enemigo aparta con su espada
Y á su sombra seguro le tenia.

Poco despues levántase el anciano,
 Que con defensa tal respirar puede,
 Y se siente abrasar de un doble fuego;
 El pecho de íra, y de vergüenza el rostro.
 Su airada vista gira á todas partes
 Buscando al que le hirió con ansia mucha;
 Pero al no verle brama; y se prepara
 Para vengarse en los secuaces suyos.

Los aquitanos vuelven; y á vengarse
 Al Gefe juntos acompañan todos.
 Temen las tropas ya que osadas eran,
 Y la osadia pasa á las que temen,
 Cede el que ataca, y carga el que cedia:
 Así las cosas mudan en un punto;
 Véngase el buen Reimundo, y por su mano
 Dá cien muertes en cambio de su ofensa.
 Mientras su agravio el Conde vindicaba,
 Vidas quitando á infieles de gran monta;
 Al Rey de Sion vé que combatía
 Entre sus nobles, y sobre él se arroja,
 Y le hiere en la testa, y muchas veces
 El golpe le redobla con viveza.

El Rey cayó: y con sollozo horrendo
 Muerde al morir la tierra en qué reinaba.
 Lejos el otro apoyo, y muerto éste
 Afectos varios vense en los que quedan:
 Unos cual fieras bravas despechados
 Por el hierro enemigo se metian;
 Otros temiendo, vuelven las espaldas
 Y á refugiarse van á la gran torre,

Donde entra el vencedor con el vencido,
Y fin glorioso pone á la conquista;
Unos abajo, otros arriba mueren,
Y de muertos se llena el alta escala.
Sube Reimundo arriba; y con su diestra
Enarbola de Cristo el pendon grande;
Y la enseña triunfal de la victoria
Tremola el viento á vista de ambos campos;
Mas no lo vé el Soldan, por que vá lejos,
Y está del campo de batalla cerca.
Pasa por la llanura enrojecida,
Dó á cada paso mas la sangre corre,
Y el reino parecia de la muerte
Donde sus triunfos ostentaba ufana.
Con rienda suelta vé que un veloz bruto
Vá sin ginete fuera de combate;
Échale mano al freno, y su ancha espalda
Montando oprime, y corre á la peléa.
Grande, mas breve auxilio les dió éste
A los infieles lasos y aterrídos;
Como rayo fugaz, que muy de pronto
Sin esperarle viene, y en el tiempo
De su veloz pasar deja vestigios,
Hasta en las piedras, de su raudó curso.
Mas de cien muertes hizo; mas tan solo
De dos conserva el tiempo la memoria.
Gildipa y Odoardo; vuestra suerte
Cruda y acerba, y las hazañas vuestras,
Si á mis toscanos versos les es dado,
Transmitiré á naciones muy remotas,

Para que en toda edad seais modelo
De ternura y valor eternamente;
Y con llanto, de amor algun esclavo
Honre la muerte vuestra y estos versos.
Revuelve la magnánima su bruto
Hacia donde el cruel estragos hace,
Y en dos terribles tajos que le tira
El escudo le parte y hiere el flanco:
Él que la reconoce por su trage,
«Mira, la amante y su querido esclama!
Mas bien la aguja y rueca te conviene
Que la espada tener en tu defensa.»
Calló: y de furia más que nunca henchido
Un temerario golpe le descarga;
Y sus armas rompiendo, hirió aquel seno
Que amor tan solo digno era de herirle.
Ella, súbito el freno abandonando,
Dá señales de estar de muerte herida.
Bien el triste Odoardo lo conoce
Defensor diligente y sin ventura.
¿Que hacer en caso tal? piedad y enojo
Aun tiempo á varias partes le movían,
Aquella á sostener su bien que cae,
Y este á tomar del matador venganza.
A los dos igualmente amor le impele;
Y á darle apoyo con su izquierda corre,
Y sus íras con la otra manifiesta:
Pero atender no puede á las dos cosas
Contra enemigo tal como el Pagano;
Pues ni su apoyo fué; ni al homicida

De la dulce alma suya dió la muerte,
Antes bien el Soldan le contó el brazo
Con que iba á sostener á su consorte,
Y la dexó caer; y con sus miembros
Cayendo tambien él la oprime á bella.

Como el olmo á quien planta pampanosa
En maridage estrecho se vá uniendo,
Si la segur ó el viento le derriban;
Á tierra en pos de sí la vid arrastra,
Y la desnuda de las hojas verdes
Que la cubren, y aplasta los racimos;
Más que de sí dolerse este se mira
De la que vé morir allí á su lado
Así cayó: sintiendo solamente.

Ver expirar su amada compañera;
Quieren hablarse; pero no pudieron,
Y exhalan solo, al pronunciar, suspiros:
Ambos se miran, y cuanto és posible
Los dos se abrazan mientras tienen vida.
Ocúltase á los dos la luz á un tiempo
Y ambas ánimas pías vuelan juntas.

La Fama entonces desplegó sus alas
Y afirmando publica el caso duro.
Ademas del rumor que oyó Reynaldos
Nuevas ciertas le lleva un mensagero.
Su enojo; su deber su afecto y pena
Le aguijan á tomar alta venganza;
Mas le sale al encuentro y se le opone
A vista del Soldan el grande Adrasto.
Gritaba el Rey feroz: »Todas las señas

Me dicen que eres tú á quien yo busco;
No hay ya escudo que yo no haya observado
Y á voces te hé llamado todo el día.

Mi voto cumpliré de la venganza,
Que ofrecí á mi Deidad, con tu cabeza:
De la furia y valor alarde hagamos,
Tú enemigo de Armida, yo su amigo."

Así le reta: y dos horrendos golpes
Le descarga en las sienes y en el cuello;
No és posible romper el yelmo firme,
Mas á él sobre el arzon le hace inclinarse:
Y Reinaldo le hiere en el costado
Sin que hubieran lugar ártes de Apolo.
Cayó el desmesurado, el Rey invicto;
Y por lauro mayor solo de un golpe.
El pasmo y el horror la sangre toda
De los presentes congeló en sus venas;
Y Soliman, al ver golpe tan raro
Pierde el color y el corazon se turba;
Y su muerte á las claras ya previendo,
Ni se resuelve ni un partido toma.
Cosa en él desusada! mas qué puede
Las leyes eludir del cielo eternas?
Como un febricitante en sus delirios
Con ansia mucha por correr se agita,
Y sus miémbros mover, y todo en vano,
Que en medio del apuro, á sus esfuerzos,
Lánguidos pie ni brazo corresponden:
De la lengua tal vez valerse quiere;
Mas le faltan la voz y las palabras:

Así el Soldan entonces, que el primero
Quiere atacar veloz, esfuerzos hace
Pero no siente en sí sus íras propias,
Y su menguado esfuerzo desconoce:
Cuantas centellas de su amor se encienden,
Un oculto terror las amortigua:
Vaga en su mente multitud de ideas,
Mas ninguna de huir ni retirarse.
El victorioso llega al indeciso;
Y le parece á éste que traía
Mayor velocidad, mas grande furia
Y un ánimo mayor que el de mortales;
Ni se bate el Soldan: pero recibe
Con pecho firme la mortal herida;
Ni huye del golpe, ni un suspiro suelta,
Ni acción hace sin ser altiva y grande.
Despues que en larga guerra muchas veces
Cayó y se levantó cual otro Antéo,
Muy mas feroz hora la tierra oprime
Para siempre yacer, y suena entorno;
Y la fortuna que vagaba incierta,
Yá más con la victoria no vacila,
Que fijó su inconstancia, y con los francos
Bajo de sus banderas peleaba.
La tropa real huye que es de Oriente
Lo mas selecto, y peleaba sola:
Llamábase inmortal, y hora moría
Con desdoro del título soberbio.
Emireno, al que lleva la bandera
La fuga corta, y dice bruscamente:

» ¡ No eres tú aquel que á sostener de mi amo
El Rey la enseña te escogí entre todos?
Ni yo en tus manos, Rimedon la puse
Para que atras con ella te volvieras.
¡ Ah cobarde ! ¡ á tu Gefe estás mirando
Batirse en cruda lid, y le abandonas?
Quieres salvarte? torna pues conmigo
Que el camino que tomas vá á la muerte:
Lidie á mi lado quien vivir déséa
Que es del honor la senda y de la vida.”

Vuelve este á la peléa ya picado,
Y el otro á los demas habla muy grave:
Amenaza á los unos, á otros hiere,
Y con el hierro encuentra el que de él huye.

Así rehacé el ala derrotada
Y á esperar vuelvé en sus mejores tropas.
Sobre todo le anima Tisafernes

Que no dió un paso atras en todo el dia,
Haciendo siempre de valor prodigios.

Él solo derrotó á los normandos,
Y en los flamencos hizo gran destrozo:

Mató á Gernier, Gerardo, y á Rugero.
Despues que se cubrió de inmortal gloria,

Ya de esta corta vida no curando
Busca de la batalla el mayor riesgo.

A Reinaldos descubre; y aunque tiene
El azul de su arnes enrogecido,

Y mancillada el águila en las garras
Y el pico con la sangre, le conoce.

» ¡ Presente tengo el riesgo mayor! dice:

Que el Cielo auxilie el ardimiento mio
Y la venganza ansiada véa Armida.
Hazme vencer, Mahoma, y te consagro
De ese inicuo las armas por troféo.
Así rogaba: y su rogar fué en balde,
Que no le oía su Mahoma sordo.
Cual Leon que la cola está batiendo
Y su ferocidad así concita;
No de otro modo se enardece estotro,
Y en vista de su amor sus íras llama.
Une todas sus fuerzas; se guarece
Con sus armas, y pica el feroz bruto:
Pica el suyo tambien el Caballero
Latino ya al ataque apercebido.
Gran plaza les hicieron, y se páran
Al feroz espectáculo las tropas,
Casi olvidadas de su furor propio
Al mirar tantos golpes y tan varios
Del Itálico héroe, y Sarraceno.
Tiran los dos pero uno solo hiere
Que armas mas fuertes tiene, y mayor fuerza.
Del Bárbaro la sangre el campo inunda,
El yelmo roto, y ya no tiene escudo.
Vé de su campeon la hermosa Maga
Roto el arnes, heridos ya sus miembros,
Y á todos los demas despavoridos,
Y que un lazo muy débil los contiene.
Ya de tanto guerrero ántes rodeada
Ora én su carro se miraba sola:
Teme la esclavitud, vivir no quiere;

De vencer y vengarse desespera,
 Y entre furiosa casi y desmayada,
 Salta del carro y un fogoso monta.
 Huye: y lleva consigo amor y enojo
 Que cual lebreles cánes la seguían.

Así Cleopatra allá en el tiempo antiguo
 Del combate cruel se la vió huyendo
 Con Augusto dejando el venturoso
 En marítimos riesgos á su amado,
 El cual, fiel á su amor, consigo injusto
 Pronto siguió la solitaria vela.

Así de estotra la secreta fuga
 Aquel siguiera; mas lo impide el otro.

Cuando al Pagano Armida desaparece,
 Creyó la luz del dia haber perdido,
 Y al pertinaz que le detiene terco
 Torna furioso y hiere su cabeza.
 Al fabricar el rayo fulminante
 De Bretéo el martillo és muy mas leve.
 Tanto le oprime el mal pesado tajo,
 Que al pecho la cabeza inclinar le haze.
 Presto Reinaldo erguido se endereza:
 Esgrime el hierro y roto el coselete
 Le abre el costado, y el acero esconde
 Allá en el corazon, dó está la vida,
 Y tanto pasa que hace herida doble
 Ya en el pecho al Pagano, ya en la espalda;
 Y al ánima fugaz muy latamente
 Abrió mas de un camino á su salida.

Párase entónces á mirar Reinaldos

A quien acometer ó dar auxilio;
Y apenas vé pagano que haga frente,
Y por el suelo vé sus estandartes.
La matanza suspende; y aquel fuego
Marcial que le animaba se mitiga,
Y plácido se queda, y ya se acuerda
De Armida que huye sola y muy doliente.
Bien vió su fuga, y la piedad ahora
Su atencion le reclama y su cuidado;
Y le recuerda haberla él ofrecido
De ser su amante al tiempo que partía.
Dirígese á donde huye, y vá siguiendo
Del palafren las huellas: y ella entanto
A un sitio espeso y muy sombrío llega
Que á muerte solitaria convidaba.
Mucho le plugo, que á ese umbroso valle
El acaso la hubiera conducido.
Allí apeó; y allí sus armas deja,
Y las saetas todas y arco y goldre.
»Armas, dijo, infelices, vergonzosas;
Que salis de la guerra sin mancilla;
Aquí os dejo: quedad ahí sepultadas,
Pues mi injuria vengar tan mal supisteis.
Ah! ¿no ha de haber en todas mis saetas
Almenos una que hoy se bañe en sangre?
Bien osareis herir femenil seno
Si otro pecho os parece diamantino;
Este mío que veis aquí desnudo
Os dé victoria, y de trofeo os sirva;
Él es muy tierno: bien Amor lo sabe

Que sin herir, jamas me tiró flecha.
 Sed pues conmigo agudas y esforzadas;
 Y haber sido cobardes os perdono.
 Desventurada Armida! infausta suerte,
 Si el bien que esperar puedo és de vosotras!
 ¡Remedio triste; pues en mi no hay otro
 Más que el de herir un pecho que está herido!
 Ah! dulce me será la llaga vuestra
 Si al corazon la muerte es medicina:
 Feliz seré, si al espirar no llevo
 Al reyno de los muertos esta peste.
 Quédese amor: mis furias acompañen
 Eternamente mi mezquina sombra:
 Ó bien que vuelva del oscuro reyno
 En contra del cruel que me ha burlado,
 Y que se le aparezca; y el reposo
 Le interrumpa contino en crudas noches."

Calló: y resuelta saca un fuerte dardo
 El que aguzada más la punta tiene:
 Cuando llega y la mira el Caballero
 Próxima tanto á su postrer instante,
 Ya en actitud feroz, alzado el brazo,
 La faz teñida en palidez de muerte.
 Se arroja él por la espalda, el brazo le ase
 Que ya la aguda punta lleva al pecho.
 Vuelve Armida, y le mira de improviso,
 Por que de su venir no hubo noticia;
 Un grito lanza, y del amado rostro
 Huye airada la vista, y se desmaya.

Cual flor medio cortada ella caía

Doblando el débil cuello: él la sostiene;
 Es coluna su brazo al lado bello,
 Y el cinturillo le aflojaba en tanto;
 Y á la cuitada el albo seno y rostro
 Con lágrimas bañábale piadosas,
 Cual la rosa marchita se embellece
 Con rocío argentino en la mañana;
 Tal ella torna en sí, la faz alzando
 Por donde ajenas lágrimas corrían.
 Tres veces alza sus hermosos ojos,
 Y los quita tres veces de su amado
 Objeto que mirarle no quería;
 Y con lánguida mano el brazo fuerte
 Que es su apoyo, rehuye desdañosa:
 Mas no se libertó del nudo estrecho
 Que más y más el otro lo ceñía.
 Prendida pues en el amable lazo,
 Que en medio de su enojo aun le era dulce,
 Un torrente de lágrimas derrama,
 Y sin mirarle mas, así le dice:
 «Oh! cuando partes siempre, y cuando tornas
 Igualmente cruel! quien te ha traído?
 ¿Qué maravilla que una muerte evite
 El que es tan homicida, y vivir haga?
 ¿Tú salvarme procuras? á qué afrentas
 Ó penas guardas á la triste Ármida?
 Mas yo sé ártes que el traidor ignora.....
 ¿Y qué podrá la que aun morir no puede?
 Cierto: tu gloria es corta si no llevas
 Encadenada al carro de tus triunfos

Una muger cautiva y engañada:
 Este és tu mayor timbre, el mayor lauro,
 La paz y vida yo te pedí un tiempo,
 Y hora la muerte fin pusiera al llanto:
 Mas de tí no la quiero; que no hay cosa
 Que no aborrezca si és dádiva tuya.
 Por mí misma cruel he de librarme
 Por algun medio de ésa tu fiereza:
 Y sí aherrojada, un tósigo, ó un arma
 Me faltan, ó un cordel, ó un precipicio;
 No has de poder caminos mas seguros
 Privarme de morir; gracias al Cielo.
 No mas caricias tuyas: ¡cómo fingel!
 Ah! ¡cual quiere engañar mis esperanzas!"
 Así se queja: y al copioso llanto
 Que el amor, el enojo y el despecho
 Por sus hermosos ojos destilaban,
 Él un llanto mezclaba afectuoso
 De una compasion tierna y amor puro,
 Y con tono dulcísimo responde:
 Sosiega, Armida, el corazon turbado;
 No á ofensas te reserva, sí á que reines,
 Tu campeon, tu esclavo aunque enemigo.
 Mira en mis ojos, si á estas mis razones
 Fé no les dás, la mas ardiente llama.
 Restituírte al solio de tus padres
 Te juro: ¡y si pluguiese, ojala, al Cielo
 Que alguno de sus rayos en tu mente
 Del paganismo el velo disipara,
 Yo hiciera que en Oriente otra ninguna

En fortuna real te se igualase!,,
Así ruega: y sus lágrimas y ruegos
Acompaña tambien de sus suspiros.
Y así cual suele la nevada falda
Dó el sol calienta y corre un aire blando;
Tál en ésta las íras se disuelven
Y la tierna pasion le queda solo.
» Tu esclava soy, le dice, y á tu arbitrio
Dispon de mí, que obedecerte intento.”
En éste tiempo el General de Egipto
Su estandarte real vé ya por tierra;
Y vé de Godofredo invicto al golpe
El fiero Rimedon ser derribado,
Y sus guerreros muertos ó rendidos:
Ni en tal fin quiere parecer cobarde;
Antes buscando vá, y al fin la encuentra,
Ilustre muerte por gloriosa mano.
Contra el mayor Bullon el bruto pica,
Que de su esfuerzo otro no vé mas digno,
Y por dó pasa, y á dó llega muestra
Su postrimer valor desesperado:
Y ántes que llegue á él, grita de lejos:
» Á tus manos resuelto á morir corro;
Pero yo haré que mi postrer caída
En pos de mí te arrastre y te destruya.”
Así le dijo: y ambos en un punto
Uno contra otro para herir se arrojan.
Roto el escudo, y desarmado, herido
En el izquierdo brazo fué Gofredo;
Y éste al otro descarga tan gran golpe

Cerca del fin de la megilla izquierda,
 Que aturdido en la silla se trastorna,
 Y ántes de alzarse cáe pasado el vientre.
 Emireno ya muerto, solo queda
 Del egército grande un corto resto.

Persigue á los vencidos el Caudillo,
 Pero se pára al ver teñido en sangre
 Al valiente Altamor, á pie y con media
 Espada, y medio yelmo en la cabeza
 De cien lanzas rodeado defenderse.

» Cesad, grita á los suyos, y tú invicto
 Ríndete á mí, que soy yo Godofredo.»

Él que hasta entonces su ánimo preclaro
 Á ningun acto vil nunca abatiera;
 Al oír aquel nombre que se estiende
 Con claro son de la osa hasta el etiope;
 Le responde: »Yo haré cuanto me pidas,
 Que eres muy digno» Y le rindió su espada.
 »Pero sobre Altamor ésta victoria
 Tu gloria ha de aumentar y tu fortuna;
 Rescatarame de mi reino el oro,
 Y de mi tierna Esposa las preséas.»

Le responde Bullon: »No me dió el cielo
 Anima tal que el oro la fascine.
 Quanto pueda venir de las orillas.
 Del Indo guarda, y quanto tiene persia,
 Que á humana vida precio yo no pongo;
 Ni al Asia á comerciar; á guerrear vine.»

Dijo: y en guardia le entregó á los suyos^{os}
 Y el alcance siguió de los que huían,

Que ni tras de trincheras hallar pueden
A sus mezquinas vidas un efugio;
Pues con estrago grande son tomadas.
Corre en ríos la sangre por las tiendas;
Mancilla el gran botin, é inunda y tala
Los bárbaros adornos y las pompas.
Así venció Gofredo: y aun le alumbra
La luz del dia hasta llegar triunfante
A la santa ciudad ya restaurada,
El vencedor egército guiando.
El manto ensangrentado allí depuso,
Y con los demas gefes sube al templo
Dó las armas suspende; y reverente
El gran sepulcro adora, y cumplió el voto.

FIN DEL VIGÉSIMO Y ÚLTIMO CANTO.



